

# ESQUILO: TRAGEDIAS

## LOS PERSAS

*El enfrentamiento vivido por el propio poeta entre Grecia y Persia y la victoria de aquélla fue vista como algo divino; de ahí que pudiera elevarse a la categoría de leyenda. La obra forma parte de una trilogía de la que se han perdido las otras obras. Esta es la pieza más antigua conservada de Esquilo. En ella se glorifica a Grecia y a Atenas en particular como artífices de la gran victoria. En el siguiente fragmento un mensajero anuncia la derrota persa.*

**Mensajero.-** ¡Ciudades todas de la tierra de Asia, oh pueblo persa, puerto de riqueza! De un solo golpe ha sido destruida nuestra prosperidad. ¡La flor de Persia aniquilada! ¡Oh dios, es cosa mala antes que nada anunciar desgracias! Pero es fuerza explicar todo el suceso, Persas: ¡Todo el ejército se ha hundido!

*En el siguiente fragmento aparece el tema del Ubi sunt?*

**Coro.-** ¡Ay! ¿Dónde está tu buen Farnuco, dónde Ariomardo, noble guerrero? ¿Dónde Sevalces, aquel señor? ¿Dónde Lileo, de noble estirpe, Mendis, Tarubis, ¿dónde Masistres, dónde Artembares, e Histacmas, dónde? He aquí mi ruego.

## LOS SIETE CONTRA TEBAS

*Perteneciente también a una trilogía con Edipo y Layo, el tema que se aborda es la trágica historia de la familia de los Labdácidas. Formaba la última parte de la trilogía, terminando con la muerte de Eteocles y Polinices. Aquí un explorador cuenta a Eteocles la disposición de los caudillos contrarios.*

**Explorador.-** Noble señor de Tebas, Eteocles, vengo del campamento con noticias fidedignas: yo mismo he contemplado lo que está sucediendo: siete jefes, valerosos caudillos de la hueste, han degollado un toro sobre un negro escudo y han tocado con sus manos la sangre de aquel toro, han jurado... que, una de dos: o aniquilaban nuestra ciudad y, luego, por la fuerza, saqueaban la ciudad de los Cadmeos, o morían, con su sangre empapando esta tierra. Como recuerdo suyo que enviar al hogar, junto a sus padres, con sus manos guirnalda en el carro de Adrasto colocaban, sollozando, pero sin que saliera de sus labios ni una queja. Su corazón de hierro exhalaba un espíritu fogoso, cual leones con Ares en los ojos. No ha de tardar la prueba de mi informe: los dejé echando suertes a qué puerta cada cual apostarse debería, según el orden del sorteo. Aposta, por tanto, a los guerreros más estrenuos, de la ciudad la flor y nata, frente las bocas de las puertas. Que, muy cerca, la hueste argiva, totalmente armada, avanza ya, levanta el polvo y cubre el llano todo con la blanca espuma que segrega el pulmón de los corceles. Tú, pues, cual buen piloto de una nave, la ciudad fortifica, antes de que de Ares lleguen los embates. Porque ruge la ola terrestre de la hueste. Toma la precaución más rápida que puedas; yo, mientras tanto, mi ojo bien abierto, vigía fiel, tendré, así, sabiendo lo que ocurre allí fuera exactamente, te podrás mantener sin riesgo alguno.

*En el siguiente fragmento Eteocles le dice al coro femenino que dejen la blandura y den paso a la bravura.*

**Eteocles.-** A vosotras pregunto, insoportables criaturas: ¿Es ese el mejor modo de salvar la ciudad e infundir ánimos a este pueblo, encerrado entre sus muros, caer ante la imagen de los dioses que esta ciudad custodian, y dar gritos y voces, actitud que execra el sabio? ¡Jamás, ni en la desgracia ni en la dulce bonanza, con el sexo femenino, deba yo convivir! Cuando triunfa, muestra una audacia insoportable, y cuando le asalta algún cuidado, es una peste mayor para su casa y para el pueblo. Ahora mismo, al correr por las calles, en confusa espantada, habéis sembrado la ignava cobardía en las entrañas de nuestros ciudadanos. De esta forma, prestáis un gran servicio a los de fuera y, dentro, nos labramos la ruina contra nosotros mismos. ¡He aquí el precio por haberte tratado con mujeres! Si alguien no se somete a mi mandato, hombre o mujer, o un intermedio de ambos, voto de muerte sobre su cabeza, se habrá de decretar... Y no hay cuidado de que evite una muerte lapidaria a manos de la turba. Es cosa de hombres, no intervengan mujeres, lo de fuera. ¡Quieta en tu casa y no me causes daño! ¿Oíste o no me oíste? ¿Hablo a una sorda?

*Eteocles decide ponerse en la puerta donde el mensajero dice que está su hermano Polinices.*

**Mensajero.-** Paso al séptimo ahora, al que en la séptima puerta se aposta ya, tu propio hermano. ¡Qué maldiciones, qué destino imprecia contra nuestra ciudad! Escalado el muro y proclamado ya rey de esta tierra, tras entonar el grito de victoria, enfrentarse contigo, darte muerte y morir a tu lado. Y si permite la vida conservar a quien privó de sus derechos, con igual castigo, con un exilio que le lleve lejos, jura vengarse. Así son sus bravatas; y a los dioses nativos de la tierra patria implora que vuelvan su mirada a sus preces y les den cumplimiento, el fuerte Polinices. Un redondo, recién forjado escudo porta, y doble emblema en el grabado: puede verse a un hombre armado, cincelado en oro, al que, serena, una mujer conduce. Que es Justicia pretende, como indica la divisa: «Reintegraré este hombre a su ciudad, para que recupere su patria, y a su hogar volver consigna.»

Tales son sus ardidés. (Tú decide a quién vas a enviar). Contra este hombre no podrás dirigir nunca reproches por sus mensajes. Y, ahora, tú decide cómo hay que pilotar a nuestra patria.

**Eteocles.-** ¡Raza de Edipo mía, lamentable, enfurecida por los dioses, y odio eterno de los dioses! Hoy se cumple la maldición paterna. Pero ¡fuera lamentos y gemidos! que podrían engendrar llantos aún más lamentables. Pero pronto sabremos de qué forma va a cumplirse el emblema de un guerrero con un nombre tan justo, si esas letras de oro, y cinceladas, que en su escudo, entre espasmos de loco, borbotean, van a traerlo a casa. Si Justicia, hija de Zeus, acompañara siempre sus actos y su espíritu, es posible. Pero jamás, ni cuando dejó el seno materno, ni en la infancia, ni de joven, ni al crecerle ya el bozo en la mejilla a hablar con él dignóse la Justicia. Tampoco ahora, creo, en el momento en que devasta el suelo patrio, que ella quiera estar a su lado, o llevaría en verdad un falso nombre la Justicia si se uniera con quien tiene un talante que se ha atrevido a todo. Y confiado en cuanto he dicho voy a hacerle frente yo mismo. ¿Puede haber alguien, acaso, con más razón que yo? Rey contra rey, hermano contra hermano, y enemigo contra enemigo yo voy a enfrentarme.

*El coro hace un repaso a la maldición de Edipo.*

**Coro.-** Yo temo con espanto que la diosa que arruina las familias, tan poco semejante a las deidades, la veraz profetisa de desgracias, la Erinia invocada por un padre, pueda hacer que se cumpla la maldición airada que, en su ciego arrebató, lanzara un día Edipo. La azuza esta discordia tan funesta a sus hijos. Un extranjero les reparte el lote, Cálipo, un emigrado de la Escitia, amargo tasador de las

herencias, el Acero y su entraña desalmada, al decidir, por medio de unas suertes, que ocupen un pedazo de tierra que puedan conservar después de muertos, sin tener parte en los inmensos llanos. Cuando hayan muerto, destrozados ambos por mutua mano, y haya el polvo de la tierra bebido ya la negra, cuajada sangre de esos homicidios, ¿quién podría traernos lustraciones? ¿Quién podría lavarlos? ¡Oh nuevos infortunios de esta casa, mezclados con los males del pasado! Me refiero a la antigua transgresión, muy pronto castigada, pero que en la tercera generación aguarda todavía, cuando desoyó Layo al propio Apolo que le había augurado por tres veces, en el délfico oráculo ombbligo de la tierra, que, muriendo sin hijos, salvaría a su patria. Mas él, cediendo a dulces extravíos, la vida dio al parricida Edipo, que fue su propia muerte, el que al sembrar el sacro terruno de su madre, que le había nutrido, hizo brotar una raíz de sangre: ¡Delirio fue lo que, en su furia insana, juntó a los dos esposos! Y ahora, cual piélagos de males, las olas van empujando: cuando una cae, otra se levanta, de triple garra, y hierve ante la proa de esta nuestra ciudad. Y en medio, a corto trecho, nuestra sola defensa, ¡el espesor de un muro! Temo que con mis reyes nuestra ciudad sucumba.

Se cumple ya de antiguas maldiciones del todo, el desenlace. Pasa el desastre ante los infelices. A echar la mercancía por la borda obliga la ventura en exceso engordada del hombre diligente. Pues, ¿a qué mortal tanto ensalzaron los dioses de esta tierra y la copiosa población de Tebas, como honraron a Edipo al extirpar del pueblo la fiera que sus hombres le robaba?

Pero cuando, ya, el mísero, se hizo consciente de su infausta boda, por la pena azuzado, y con el corazón enloquecido, dio cumplimiento a dos gemelos males: con aquella su mano parricida los ojos se arrancó más caros que sus hijos; luego contra sus hijos, por su escaso sustento enfurecido, ¡ay, ay!, lanzó una maldición de lengua amarga: que con su mano, armada con el hierro, la herencia partirían. Y ahora estoy temblando que le dé cumplimiento la Erinia de pies raudos.

*Lamentos del coro ante los hermanos muertos.*

**Coro.**- De una misma semilla, sí, en verdad, y del todo abatidos bajo golpes no amigos, en su loca porfía, al final de la lucha. Cesó el odio, y ahora, sus vidas han unido sobre una misma tierra ensangrentada. ¡Ahora sí, que, en verdad, son consanguíneos! Amargo, el juez de su disputa, el extranjero que en el Ponto vive el afilado Acero surgido de la llama; y amargo el mal repartidor de bienes, Ares, que hizo verdad la maldición paterna.

Tienen su parte ya los infelices en los males que Zeus les concediera. Tendrán, bajo su cuerpo, ¡una insondable cantidad de tierra! ¡Ay, ay! ¡Qué ramo de desdichas hicisteis florecer para los vuestros! Al fin, las Maldiciones su alarido final han pregonado, eliminando sin remedio alguno vuestro linaje ya. Ahora se yergue de Ate el trofeo frente a aquellas puertas en donde se han herido, y vencedor ya de los dos el demon, punto final ha puesto a sus ataques.

*El final de esta tragedia en sí la tragedia completa que escribiera Sófocles: Antígona decide enterrar a su hermano Polinices a pesar de la prohibición.*

**Antígona.**- Pues yo, a los gobernantes de esta tierra, les digo que si nadie va a ayudarme a enterrar a mi hermano, yo en persona pienso enterrarlo y me hago responsable por el entierro de un hermano, sin rubor alguno por no someterme a lo que ordena la ciudad. Terrible es la entrana común de que nacimos, la de mi pobre madre, y la del padre.

De todo corazón, pues, alma mía, participa en el mal de quien no tiene ya voluntad, viviendo para un muerto. Ni tampoco los lobos, con su vientre flácido probarán sus carnes. Nadie vaya a creerlo. Exequias y una fosa yo, aunque sea mujer, pienso ofrecerle, mal sea entre los pliegues de mis ropas, y yo en persona tenga que enterrarlo. Y que nadie imagine lo contrario, que mi audacia hallará un medio efectivo.

## LAS SUPLICANTES

*La tragedia trata a las hijas de Dánao, descendientes de Io, que huyen de Egipto para evitar la boda con sus primos, tragedia que como las anteriores pertenece a una trilogía. Aquí el coro nos cuenta el tema central de la tragedia.*

**Coro.**- Que Zeus Suplicante benévolo mire nuestra naval hueste que un día zarpara de la fina arena del delta del Nilo. Tras haber dejado de Zeus la provincia, vecina de Siria, al exilio huimos; no es que, condenadas por popular voto, en pago de un crimen, la patria dejemos; es que nuestro pecho, por naturaleza, al macho aborrece, y así ha rechazado bodas con los hijos de Egipto, y su insania. Dánao, mi padre y mi consejero, autor de mi intriga, sopesando todas las suertes del juego, esto ha decidido, que mi honor protege: huir velozmente por la ola marina, y arribar a Argólida, de donde procede toda nuestra estirpe, que, un día, se jacta, nació de la vaca que un tábano pica, al tacto y al hálito de Zeus, nuestro Padre. ¿A qué territorio llegar, pues, podemos más benigno que éste, con el brazo armado de arma suplicante, la rama ceñida de albísima lana?

¡Que esta ciudadela, que este territorio, que sus aguas puras, que los altos dioses - los subterráneos que ocupan sus tumbas, que Zeus salvador, en lugar tercero, que el hogar protege de los hombres puros, acojan benévolos a este equipo nuestro hecho de mujeres, con el aire suave propio de esta tierra; mas que el macho enjambre lleno de insolencia, nacido de Egipto, antes de que ponga su pie en esta tierra, fangosa, en su carro, tirado por remos, mandad mar adentro. Y entonces, en medio de cruel tormenta, al rayo y al trueno, y a los tormentosos vientos, que perezcan, en mar agitado, antes que los lechos que el Cielo les niega, asalten, impuros, contra su deseo.

Ahora invocando al novillo de Zeus, mi defensor ultramarino, al hijo de mi antecesora, la vaca de flores nutrida, por obra del soplo de Zeus: y el tiempo fatal dio cumplimiento en buena razón a aquel toque que le diera el nombre, y a Epafo dio a luz. Llamándole, pues, por su nombre, en las mismas praderas do paciera mi antigua antecesora, y recordando sus antiguas penas, pregonaré unos signos que no mienten a quienes viven en estas regiones, y que, aunque inesperadas, a la luz saltarán: ya se sabrá a lo largo de mis cantos.

Y si aquí cerca se halla un habitante de esta tierra, y que entiende la lengua de las aves, al oír mis lamentos creará estar oyendo la voz de la esposa de Tereo en sus tan lastimosos pensamientos o la del ruiseñor que un gavilán persigue; expulsado de sus campos y sus ríos, llora por su morada, y compone el lamento por su hijo contando cómo aquél pereciera por su mano, víctima de una furia impropia de una madre.

Así también, yo misma que amo las gemebundas tonadas de la Jonia, desgarró mi mejilla tierna, quemada al sol del Nilo, y mi alma en

los pesares inexperta. De lamentos recojo un ramillete, por mis amigos temo, preguntándome si acaso de mi exilio de la Brumosa Tierra hay alguien que se ocupe.

Mas, ea, dioses de esta tierra, escuchad mis plegarias: pues veis muy bien lo justo. Y si acaso no podéis concederme entero mi deseo por ir contra el destino, al menos, vosotros que odiáis toda violencia sed justos con mis bodas. Que incluso para aquél que, agobiado escapa del combate, es el altar refugio en la desgracia, la preza de las deidades.

*El rey, ante el compromiso de recibir a las suplicantes o enfrentarse en una guerra a los egipcios, decide lo primero.*

**Rey.-**¿A qué darte mi nombre? Con el tiempo has de saberlo y quienes te acompañan. A estas mujeres, si están bien dispuestas, puedes llevarte, y las has convencido. Que el unánime voto de este pueblo ha decidido no entregar por fuerza al femenino corro. Y este clavo se ha clavado muy bien: fijo ha quedado. No es un decreto escrito en una tabla, ni en pliegues de papiro se ha grabado: lo oyes bien claramente de unos labios que aman la libertad. ¡Vete enseguida!

**Heraldo.-** Sabe que has elegido guerra incierta. ¡que sea la victoria para el macho!

## LA ORESTÍA: AGAMENÓN

*Ésta es la única trilogía conservada, Agamenón, Los Coéforos y Las euménides. Su temática era el asesinato de Agamenón a manos de Clitemnestra, el castigo de ésta a manos de Orestes, hijo de ambos, y la purificación del parricida. Aquí aparece Helena de ejemplo como responsable del dolor de los hombres.*

**Coro.-** Cual Paris, que penetró en el palacio Átrida, y deshonró su mesa hospitalaria a una esposa raptando. Y ella, entonces, dejando, a su patria tumultos de escudos, arneses de la hueste, y armamentos de naves, y trayendo a Ilión la ruina, en vez de dote, la puerta de su hogar cruzó con diligencia, repleta de criminal audacia. Gimen agudamente los profetas del palacio, exclamando: «¡Ay, ay; ay casa y príncipes! ¡Ay, pasos presurosos tras el amor de un hombre! En su amor creará que el espectro de la que está allende los mares reina en la casa. La gracia de las bellas estatuas se hace odiosa al esposo; de aquellos ojos que no despiden luz ha huido todo encanto. En sueños se le muestran atractivas quimeras, que traen gozo, y que, al final, resulta un gozo vano. Porque, cuando contempla lo que cree su bien, la aparición se esfuma, de entre sus brazos, vana, para nunca volver siguiendo los alados caminos de los sueños.»

Tal es el duelo en el palacio, y otros que lo esperan aún; y reinan en el hogar de cada cual pesares que el alma afligen por los que partieron de esta tierra de Helen. Porque son muchas las cuitas que el corazón han lacerado. Cada cual sabe a quiénes despidiera, pero, en vez de guerreros, son urnas y cenizas lo que al hogar regresa.

Ares, cambista de oro, y de cadáveres, y que sostiene el fiel en la refriega, desde Ilión devuelve un puñado de polvo calcinado, amargo y triste a sus deudos, y rellena las urnas de ceniza en vez de devolver a unos guerreros. Todos vierten sus lágrimas mientras hacen elogios de los suyos. De uno dicese que era «sabedor de batallas», de otro que «cayó dignamente en la refriega», por la mujer de otro. Tal es lo que en silencio se murmura, y sordamente va avanzando contra los Átridas, brazo de la Justicia, un oleaje de rencor punzante. Mas otros allí mismo, junto al muro con sus formas intactas, por tumba tienen un pedazo de la tierra de Troya.

Pesado fardo, una nación airada; la maldición de un pueblo, se cobra, finalmente, la factura. Yo, en mis ansias, espero, una noticia oculta entre tinieblas. Los dioses siempre acechan a los que han provocado tantas muertes, y la lúgubre Erinia, con el tiempo, a aquel que, injustamente la dicha haya alcanzado, lo cubrirá de noche, transformando en ruinas su existencia. Y cuando ya ha llegado entre los muertos, no hay remedio. Terrible cosa es la gloria con exceso, pues de Zeus el rayo sobre su hogar se abate.

La dicha yo prefiero que no despierte envidia. No sea yo jamás un destructor de pueblos ni, vencido a mi vez, tenga que ver mi vida sometida al arbitrio de terceros.

*Falsedad e hipocresía de Clitemnestra.*

**Clitemnestra.-**Y ahora, yo me dispongo a ofrecer a mi marido la más digna bienvenida, porque, al fin, ha regresado. ¿Hay acaso luz más dulce para una esposa que abrir las puertas de su morada al esposo, a su regreso de la guerra, cuando un dios la vida le ha conservado? ¡Y que llegue cuanto antes, rodeado del afecto de su patria! Que a su esposa, a su regreso, tan fiel, hállela cual la dejara al partir, tal como un perro guardián de la morada, tierna con él, mas hostil con los extraños, y siempre conservándose la misma; que después de tanto tiempo, ningún sello ha traicionado. Pues del amor de otros hombres y de cualquier reprehensible murmuración, no sé más que de trabajar el bronce. Y si altivo es mi lenguaje es que rebosa verdad, a tal punto que no puede sonar impropio en los labios de una mujer de prosapia.

*El coro normalmente manifiesta sentimientos de temor, prelujiando la tragedia.*

**Coro.-** ¿Por qué, ahora, mi canto vaticina, sin recibir la orden, sin cobrar su soldada? ¿Por qué no me es posible ahora escupir, como ocurre ante absurdas pesadillas, sin que una persuasiva confianza se aposente en tomo de mi alma? ¿¡cuánto tiempo desde el momento aquel en que, al soltar amarras, la arena iba volando cuando zarzó hacia Troya la expedición naval! El regreso contemplo con mis ojos, sí, soy testigo de ello y, con todo, en mi pecho, espontáneo, el corazón entona sin acentos de lira, la lúgubre canción de las Erinias sin conservar intacto aquel valor que la esperanza otorga. Pero no en vano me urgen las entrañas: danza dentro del pecho, amante de justicia, mi corazón, envuelto en vórtices que anuncian cumplimientos.

*Cassandra descubre la trampa.*

**Cassandra.-** ¡Ay, ay! A una casa odiada por los dioses, y cómplice de un crimen fraticida, de cabezas cortadas... A un matadero humano, cuyo suelo de sangre está empapado.

**Corifeo.-** ¡Buen olfato posee la extranjera, como una perra! Ya las huellas sigue de una muerte que al fin ya descubrió.

**Cassandra.-** En estos testimonios yo me apoyo: estos niños que lloran su propio asesinato; han asado sus carnes y han sido devorados por sus padres.

**Corifeo.**- Conocía tu fama de adivina: pero ahora a un profeta no queremos.

**Cassandra.**- ¡Dioses! ¿Qué crimen se prepara? ¿Qué es este nuevo daño, horrendo crimen insoportable para los amigos, difícil de evitar, que en el palacio se trama? ¡más la ayuda está muy lejos!

**Corifeo.**- No entiendo tus augurios, pero el resto lo sé: la ciudad toda lo pregona.

**Cassandra.**- ¿En verdad vas a hacerlo, desgraciada? ¿A tu propio marido, al que comparte contigo el lecho, lavas en el baño, para después... ¿cómo diré el final?... Al punto va a ocurrir: que ella ya avanza a su encuentro, los brazos extendidos.

**Corifeo.**- Nada comprendo aún. Tras este enigma, no sé qué hacer ante este oscuro oráculo.

**Cassandra.**- ¡Ay, ay, horror!, ¿Que es lo que veo? ¿No es una red del Hades? ¡Y la trampa es la esposa! La Discordia implacable de esta casa lance el grito ritual por este sacrificio tan infame.

**Corifeo.**- ¿Qué Erinia vengadora tú me invitas a evocar? ¡Tus voces no me aclaran! Gotas de bilis fluyen en mi pecho como a aquel que sucumbe ante la pica cuando el rayo postrer de una existencia se agosta y sobreviene el desenlace.

**Cassandra.**- ¡Ay! ¡Mira! ¡Aparta el toro de la vaca! Lo ha envuelto entre los pliegues de su manto lo abate con su negra cornamenta, y cae en la bañera. La tragedia de bañera sangrienta te relato.

...

Y el jefe de las naves, el que un día, Troya arrasara, ignora las maldades que ha tramado esa lengua tan odiosa de perra que, hace un rato le lamía y le irguió, afectuosa, las orejas. A tal se atreve: la hembra es la asesina del macho. Es... ¿qué monstruo repugnante para acertar podría yo llamarla? Una Escila que mora en los escollos, perdición de marinos, una madre infernal, y rabiosa que respira un odio sin cuartel contra su estirpe. ¡Qué grito de triunfo y de victoria, como tras la victoria en el combate, ha proferido esa mujer audaz sobre toda medida! Que se alegra, da la impresión, del próspero regreso. Me es igual que no logre persuadirte. El futuro vendrá; pronto tú mismo, lleno de compasión, has de llamarme profetisa verídica en exceso.

*Clitemnestra cuenta cómo ha asesinado a Agamenón.*

**Clitemnestra.**- Si antes dije palabras que exigía este trance y ahora lo contrario proclamo, no voy a sentir rubor. Pues, ¿cómo en otro caso el que se apresta a descargar su bilis contra aquél que le odia a su vez, fingiendo ser amigo suyo, podría una trampa insalvable de muerte levantar? Ha tiempo que tenía preparado este proyecto. Y ya llegó la hora del triunfo final, ¡tras tanto tiempo! Aquí me yergo, do descargo el golpe ante mi víctima; y obré de tal manera, no os lo voy a negar, que no ha podido ni huir ni defenderse. Una red sin salida, cual la trampa para peces, eché en torno a su cuerpo, la pérdida riqueza de un ropaje. Lo golpeo dos veces, y, allí mismo, entre un grito y un grito, se desploma. Cuando está ya en el suelo, un tercer golpe le doy, ofrenda al Zeus de bajo tierra, protector de los muertos. Ya caído, su espíritu vomita; exhala, entonces, un gran chorro de sangre, y me salpica con negras gotas de sangrante escarcha. Y yo me regocijo cual las mieses ante el agua de Zeus, cuando está grávida la espiga. Y eso es todo. Alegraos por ello, argivos, si es que os causa gozo.

*Clitemnestra justifica su crimen: Agamenón sacrificó a su propia hija.*

**Clitemnestra.**- ¿Ahora decretas para mí el destierro y soportar el odio de mis gentes, y las imprecaciones de mi pueblo? Pero entonces no hiciste nada en contra de este varón, que, sin darle importancia, como si se tratara del destino de una res, cuando sobran las ovejas en el rebaño, osó sacrificar, el parto más querido de mi vientre, a su hija para hechizar los vientos de Tracia. ¿No era éste a quien debías de esta tierra expulsar, así lavando sus crímenes? Acabas de escucharme, ¡y te eriges ya en juez de mi conducta! Lanza tus amenazas a sabiendas de que estoy igualmente preparada. Y si tú me doblegas con tu brazo, podrás ser mi señor, mas si los dioses deciden lo contrario he de enseñarte a saber, aunque tarde, qué es prudencia.

...

**Clitemnestra.**- No creo que tuviera innoble muerte. ¿No fue él, acaso, quien trajo la desgracia a mi familia? Por el dolor que causó injustamente al ser que de él brotara, la llorada mil veces Ifigenia, ¡que sufra justamente! Que en Hades no presuma con exceso con su muerte: por obra de una espada ha pagado sus actos.

## LA ORESTÍA: LOS COÉFOROS

*Orestes deja un rizo de su pelo en la tumba de su padre.*

**Orestes.**- ¡Oh Hermes subterráneo, considera todo el poder que tenía mi padre, y sé mi salvador, sé mi aliado! Yo te lo imploro, pues llego a esta tierra regreso de mi exilio... De pie junto a esta tumba, yo a mi padre suplico que me atienda, queme escuche... A Ínaco este bucle, por haberme criado, yo le ofrendo, y este otro como ofrenda de duelo, pues no estuve a tu lado, para llorarle, padre, en tu muerte, ni levanté los brazos al enterrar tus despojos mortales.

*Electra encuentra el bucle.*

**Electra.**- También a mí una marea de bilis el corazón me ha inundado, y como herida por un atinado dardo aquí en el pecho me siento. Incontenibles y ardientes de mis ojos brotan gotas de inundación tempestuosa al contemplar este bucle. Pues, ¿cómo esperar que sea de un ciudadano ese bucle? Pero tampoco ha podido ser mi madre, la asesina, cortárselo, pues su nombre desmienten los sentimientos que ha mostrado con sus hijos. Y afirmar sin más ambages que es una ofrenda de Orestes, al ser que es más querido... Mas me halaga la esperanza. ¡Ojalá tuviera lengua, una lengua inteligible cual es la de un mensajero y así no me sentiría entre dos afirmaciones conmovida! ¡Si dijera claramente o bien que debo rechazar esas ofrendas, si proceden de verdad de una persona enemiga, o bien que muy ciertamente es de mi hermano, y que debo asociarla a mis sollozos como un don y un homenaje a la tumba de mi padre.

*Orestes explica el oráculo de Apolo.*

**Orestes.**- ¡Oh, no, no va a traicionarme el poderoso Loxias, que me ordenó que este peligro afrontara, urgiéndome con voz imperiosa, y desgracias anunciando, y que helaron mi ardiente corazón, si no persigo yo a los responsables de la muerte de padre, de igual modo, así me lo decía, dando muerte por muerte, colérico como un toro por ese mal que no sana el dinero. Y si no, proclamaba que yo mismo, y con mi propia vida, pagaría entre terribles, múltiples fatigas. Y mostrando a los hombres, de la tierra las furias vengativas, me iba hablando, en su amenaza, de dolencias que a la carne se agarran, y de lepras que con fuertes mandíbulas devoran el cuerpo, y de las canas que, por culpa de ese mal aparecen. Y aún otros ataques de las Furias, provocados por la sangre de un padre, proclamaba, mientras brillaban en la noche sus ojos y colérico las cejas iba moviendo; que el dardo invisible de los poderes de la tierra (cuando claman venganza, de la misma estirpe las inocentes víctimas) locura y vano horror surgido de la noche persigue, ataca, expulsa de la patria con bronco aguijón que el cuerpo ultraja. Que un hombre tal no puede tener parte en la cratera, ni de los amigos unirse a libación; y la invisible ira del padre impide que se acerque a los altares; nadie le da asilo, nadie con él se aloja; sin derecho alguno, sin amigos, muere al cabo de un tiempo, cruelmente reseca por una enfermedad que lo consume. ¿No debo prestar fe a estos oráculos? Y aunque yo no lo hiciera, ha de cumplirse esta acción: pues confluyen en el mismo punto unos estímulos diversos: las palabras del dios, y por mi padre este dolor inmenso, y la indigencia, y mi deseo de que unos ilustres ciudadanos, de Troya destructores, con su gloria, no sean los esclavos de dos simples mujeres; pues su espíritu es de mujer, y, si lo ignora, pronto va a saberlo muy bien, te lo aseguro.

*Orestes planea el matricidio.*

**Orestes.**- El asunto es muy sencillo: tú entrarás en el palacio.

*(A Electra.)*

Y a vosotras recomiendo que mantengáis nuestro pacto porque quienes, con engaños, a aquel varón dieron muerte, con nuestro engaño también sean al fin sorprendidos, en igual trampa muriendo tal como el príncipe Apolo, Loxias, proclamara un día, profeta que hasta este instante nunca me ha mentido. Y, yo, cargado con mi bagaje, me acercaré de la entrada a la puerta, acompañado de Pílates, huésped nuevo el uno, y antiguo huésped el otro de este palacio. Y hablaremos en la lengua del Parnaso, los acentos del fócido remedando. Y es posible que ningún portero con rostro alegre nos reciba, que esta casa es hoy presa de desgracias. Allí vamos a quedarnos sin movernos, hasta que alguien ante la puerta pasando, se dirija mil preguntas y así diga: «¿Cómo, pues? ¿Por qué Egisto de su casa a un suplicante rechaza si está en Argos y conoce el asunto en cuestión?» Pues bien, si yo entonces llego a traspasar el dintel de la puerta y me lo encuentro sentado en el trono augusto de mi padre, o si más tarde llega y me habla cara a cara, que no dudo que el habrá de reclamar mi presencia, antes de decir: «¿De dónde ha venido el forastero?», cadáver lo dejaré después que yo con mi bronce su cuerpo haya traspasado. Y la Erinia, que de muerte no va ya escasa, esta sangre cual tercera libación, habrá de apurar entonces. Tú, pues, atenta, vigila lo que ocurre en esta casa, y que todo vaya bien. Y a vosotras un discreto lenguaje os pido: a callar cuando convenga y a hablar las palabras adecuadas. Y por lo que al resto atañe, que Él su mirada dirija hacia aquí, y que me asegure la victoria en esta lucha.

*Parlamento final de Orestes: la metáfora de la red simboliza un destino del que los hombres no pueden escapar.*

**Orestes.**- Y vosotros, que de oídas tan sólo conocéis nuestro infortunio, la trampa contemplad y los grilletes que echaron sobre el cuerpo de mi padre, pobre infeliz, el cepo de sus manos, los lazos de sus pies. Desenrollado y un círculo formando, desde cerca mostrad la red tendida contra un hombre, y que así el Padre, mas no el mío, sino el astro sol que todo lo contempla, pueda ver con sus ojos las acciones de mi madre, y que pueda un día, acaso, servirme en el proceso de testigo de que en justicia ejecute a mi madre. A Egisto ni lo miento; ya ha tenido el premio que merece un adulterio de acuerdo con las leyes. Sin embargo, la mujer que tramó contra su esposo tanto horror, y de quien llevó en el seno el peso de los hijos, peso ayer querido, y hoy, al parecer, odiado, ¿qué te parece?, ¿qué es? Una morena, una víbora, acaso, que inficiona tan sólo, sin morder, por los efectos de su audacia y su espíritu perverso? ¿Qué nombre debo darle, aunque me exprese con benigno lenguaje? ¿De alimañas trampa? ¿Sudario de un cadáver que enteramente un ataúd recubre? Red llámala mejor; o bien, un pepló que aprisiona los pies, cual para sí un bandido quisiera que se gana el sustento a los otros engañando y hurtando su dinero: con un lazo así, ¿cómo gozara, provocando la muerte a tantos seres! ¡Ah! Que nunca en vida tenga en mi morada yo una esposa cual ella: antes los dioses me hagan morir privado de los hijos.

## LA ORESTÍA: LAS EUMÉNIDES

*Orestes suplica su salvación a Atenea.*

**Orestes.**- Diosa Atenea. Heme aquí por las órdenes de Loxias. Acoge con piedad a este maldito, que no es un ser manchado, ni es impuro: quebrantado y gastado a fuerza de pisar la casa ajena y recorrer, cruzando mar y tierra, mil caminos, a tu templo he llegado, obedeciendo los preceptos proféticos de Loxias. Aquí, a tu imagen abrazado, diosa, espero el resultado de este pleito.

*Apolo suplica su salvación a Atenea.*

**Apolo.**- He venido a prestar mi testimonio. Según las leyes, es mi suplicante, y a mí ha acudido en busca de socorro. Yo soy quien de su crimen lo ha lavado. Pero aquí estoy también para apoyarlo, que el responsable soy del matricidio. Abre, pues, el juicio (*a Atenea*) y hasta el fin condúcelo como mejor entiendas.

*Resolución de la diosa Atenea.*

**Atenea.**- Oíd lo que dispongo, oh habitantes del Ática, que hoy, por vez primera en un pleito juzgáis de asesinato. Desde ahora en adelante y para siempre, tendrá como tribunal augusto, de Egeo el pueblo, esta corte. Y en esta colina de Ares, asiento y campo de aquellas Amazonas que marcharon contra la ciudad, un día, por su odio hacia Teseo, y que en aquella ocasión edificaron las altas torres de esta ciudadela, donde a Ares sus sacrificios ofrecían, y por ello roca y monte recibieron el nombre que llevan, digo, pues, que en esta roca el Miedo y el respeto, hermano suyo, lejos del crimen habrán de mantener, noche y día, al ciudadano, entre tanto no subvertan estas leyes. Si en su caudal viertes lodo y turbias corrientes, y ensucias el agua clara, no tendrás agua potable. Ni indisciplina excesiva, pues, ni gobierno despótico, que tales son los principios que aconsejo respetar sin, empero, eliminar de la ciudad para siempre todo temor. Pues si nada teme, ¿qué hombre va a seguir el recto camino? Si sentís justa reverencia hacia este tribunal, en él habréis de encontrar un protector baluarte de esta tierra, de este estado, cual no ha conocido nadie ni en Escitia ni de Pélope en la tierra. Y será virgen de corrupción, y severo, venerable, en vela siempre por proteger al dormido: tal es el consejo que yo instituyo, protección eterna

de esta ciudad. He aquí el largo discurso que dirijo, sobre el futuro, a mis conciudadanos. Pero ahora el momento ya es llegado de ponerlos de pie, y vuestro voto depositar, y emitir la sentencia manteniéndolos fieles al juramento. He dicho.

*Absolución de Orestes.*

**Atenea.**- Este hombre queda absuelto del delito de sangre; en un empate se ha resuelto la cuenta de los votos.

*Atenea convierte a las Erinias en Euménides.*

Atenea.- Tu indignación y soportar, puesto que tienes más años. Mas si en ciencia me superas, también Zeus me ha concedido a mí la sabia prudencia. Si hacia otro país extraño os marcháis, ahora, un día de menos la habréis de echar. Escuchad el vaticinio que os ofrezco ahora: el tiempo, en su incesante fluir, a estos ciudadanos dará; y tú, en tu gloriosa mansión, junto al Erecteo, de los hombres y mujeres las honras alcanzarás que nunca recibirías de otras manos. Mas no lances contra esta tierra que es mía tus agujones sangrientos, tortura de entraña joven, de furor enloquecidos no causado por el vino. Tampoco cual si irritaras el corazón de unos gallos, instaures entre mí gente algún Ares intestino que la audacia de los grupos haga revivir. La guerra venga contra el extranjero; que se apresta fácilmente cuando existe un ansia viva por conseguir un renombre. Mas yo no quiero el combate de ave de corral causar. Tales dones de mis manos tú podrías recibir, ya causando beneficios, o recibiendo tú, y, bendita y adorada, participar en la vida de esta tierra, que los dioses para sí un día escogieron.

## PROMETEO ENCADENADO

*Algunos piensan que esta obra no pertenece a Esquilo. Prometeo por haber robado el fuego de Zeus, quien lo había ocultado a los hombres, es condenado a ser clavado en una roca del Cáucaso, donde cada día un águila irá a roerle el hígado. Nunca será liberado a no ser que revele a Zeus la profecía relativa a un matrimonio que hará caer a Zeus de su trono. Aquí Prometeo es encadenado a la roca.*

**Hefesto.**- Bizarro hijo de Temis consejera, contra mi voluntad, contra la tuya, te he de clavar a ese asolado risco con grilletes de bronce indisolubles, do no oírás ni voz ni rostro humano. Aquí, abrasado por la ardiente llama del sol, has de cambiar tu tez rosada. A calmar tu dolor vendrá la noche con su estrellado peplo. Y el rocío que pariera la aurora ha de fundirlo el sol con su calor. Mas para siempre habrá de torturarte el dolor rudo de tu desgracia. ¡Pues aún no ha nacido el que ha sido llamado a liberarte! Con tu amor al mortal, eso ganaste. Tú, un dios, sin arredrarte hacia las iras de los dioses, honraste a los mortales más de lo justo. A cambio, en esta roca, guardia habrás de montar, siempre, en insomnio, de pie, sin doblar la rodilla. En vano te desharás en llantos y gemidos, pues el pecho de Zeus es inflexible. ¡Que todo nuevo rey reina en tirano!

*Prometeo explica por qué lo ha castigado Zeus.*

**Prometeo.**- Tal es la servidumbre del tirano: no fiarse jamás de sus amigos. Bien, pues, vuestra pregunta, por qué causa me está ultrajando, paso a contestaros. Cuando el trono del padre hubo ocupado repartió entre los dioses sus prebendas, a cada cual lo suyo, organizando su imperio así. Mas de los pobres hombres en nada se ocupaba, pues quería aniquilar toda la raza humana y crear una nueva. A estos deseos nadie supo oponerse; yo tan sólo tuve el valor de hacerlo, así salvando a los hombres de verse destruidos y de bajar al Hades. Y por ello me veo sometido a estas injurias que si causan dolor al soportarlas provocan compasión al contemplarlas. Y yo que me ablandé por los mortales compasión no logré para mí mismo. Y ahora me somete a este tormento, para Zeus espectáculo infamante.

*Prometeo relata su linaje y los beneficios que ha proporcionado a los hombres.*

**Prometeo.**- No penséis que es desdén o que es orgullo lo que cierra mi boca. Es que se angustia mi alma al verme atado de esta guisa. Y, con todo, a ese nuevo soberano, ¿quién, sino yo, facilitó el trono? Mas me callo: sabéis lo que diría. Y ahora oíd las penas de los hombres; cómo les convertí, de tiernos niños que eran, en unos seres racionales. Y en mis palabras no tendrá cabida el reproche a los hombres; lo que intento es mostrar la bondad de mis favores: Ante todo, veían, sin ver nada, y oían sin oír; cual vanos sueños, gozaban de una vida dilatada, donde todo ocurría a la ventura: ignoraban las casas de ladrillos, al sol cocidos, la carpintería. Vivían bajo tierra en unas grutas sin sol, como las pródidas hormigas. Ignoraban los signos que revelan cuándo vendrá el invierno y la florida primavera y los frutos del estío. Todo lo hacían sin criterio alguno hasta que, finalmente, de los astros les enseñé a auspiciar orto y ocaso. Y el número, el invento mas rentable, les descubrí, y la ley de la escritura, recuerdo de las cosas, e instrumento que a las Musas dio origen. Fui el primero que sometió las bestias bajo el yugo, y al arnés; y al jinete esclavizadas, las más duras fatigas soportaron en lugar de los hombres. Bajo el carro yo sometí el caballo, humilde al freno, y vana ostentación de la riqueza. Nadie más sino yo el marino buque de alas hechas de lino, descubrió, y que errático el ponto va surcando. Y pese a los inventos que a los hombres un día enseñé yo, infeliz, no tengo medio de sustraerme a mi desgracia.

*Historia de Ío.*

**Prometeo.**- Tan pronto a la llanura de Molosia y al empinado lomo de Dodona llegaste, do se encuentra el santuario profetas de Zeus, en la Tesprótide, y al prodigio increíble, a las encinas parlantes, que, en voz clara y sin enigmas, te han saludado como a la futura de Zeus esposa ilustre (¿no te halaga?), desde aquí, por el tábano azuzada, te lanzaste al camino de la costa, en dirección al gran golfo de Rea; de allí te devolvió al lugar de origen, en vagabundo curso, la tormenta. Debes saber que, en un tiempo futuro, este golfo marino ha de llamarse Jonio, en recuerdo de tu paso, para los hombres todos. Hete aquí la prueba de que mi mente puede ver más lejos de lo aparente. El resto os lo relato al mismo tiempo a ésta y a vosotras, volviendo al punto do dejé mi historia. Al otro extremo del país se encuentra la ciudad de Canobo, en los alfaques y en la boca del Nilo. Es allí donde Zeus la razón ha de tomarte, sólo con el toque sereno de su mano, con un simple contacto. Y, en recuerdo por el modo en que Zeus le dio la vida, darás a luz a un hijo, al bruno Epafo, que habrá de cultivar toda la tierra que riega el ancho Nilo. Y la quinta generación, formada por cincuenta hijas, tras él, aun sin quererlo, un día, a Argos regresará, una consanguínea boda evitando con sus primos. Y ellos, el alma enfebrecida, cual halcones de unas palomas a no gran distancia, vendrán también para dar caza a unas que les están vedadas. Mas sus cuerpos un dios les negará, y ha de acogerlas la tierra de Pelasgo, después que les diera muerte un Ares femenino con audacia que vela en la tiniebla. Pues cada novia ha de dar muerte a un novio una espada tiñendo, en cada muerte, de doble filo. ¡Que así caiga Cipris sobre mis enemigos! Solo a una el hambre de hijos habrá de inducir a no quitar la vida a su marido: claudicará su espíritu, eligiendo de dos alternativas, una sola: que la llamen cobarde, y no asesina. En Argos ésta parirá un retoño llamado a ser un rey.

Mas fuera largo explicar claramente estos detalles, pero de esta simiente vendrá al mundo un día, un héroe audaz, de arco famoso, llamado a liberarme de mis penas. Tal profecía revelóme un día Temis, mi madre, la Titania antigua. Los medios y la forma, eso, contarlo, exigiría largo tiempo, y nada irías tu a ganar con conocerlo.

## SÉNECA: TRAGEDIAS

### HÉRCULES LOCO (*HÉRCULES FURENS*)

*Mientras Hércules ha bajado a los infiernos, Lico se ha apoderado del trono de Tebas, matando a su rey Creonte. Éste acosa a la familia de Hércules. Cuando Hércules regresa da muerte a Lico. En un sacrificio a Zeus, Juno lo vuelve loco y en su locura mata a su esposa y a sus hijos. Ya en sí desea matarse por su asesinato, pero, disuadido de ello, marcha a Atenas a purificarse. La fuente principal de la obra es el Heracles de Eurípides. Éste episodio corresponde al asesinato por parte de Hércules de su mujer e hijos tras haber sido enloquecido por Juno.*

**Hércules.-** ¿Qué es esto? Los funestos Gigantes presentan batalla, escapa de las sombras Titio y con el pecho desgarrado y carcomido ¡qué cerca del cielo ha llegado!...

Pero ahí se esconde la prole del rey enemigo, la infame semilla de Lico. Esta mano derecha va a devolveros a vuestro odioso padre. Dispara velozmente las flechas la cuerda de mi arco; así hay que lanzar los dardos de Hércules.

*(Mata a uno de sus hijos; los otros huyen)*

**Anfitrión.-** ¿adónde ha ido a estrellarse su ciega locura? Dobló el enorme arco juntando sus extremos y abrió la aljaba. Silbó la saeta disparada con ímpetu...por en medio del cuello se le escapó la flecha, dejando atrás la herida.

**Hércules.-** Voy a registrar todos los escondrijos y a acabar con el resto de la prole... ¿Por qué me detengo? Aún me queda un combate más grande en Micenas hasta que caigan, derrumbadas por mis manos, todas sus piedras ciclópeas... Ya está inundado de luz todo el palacio; aquí veo escondido a un hijo de ese padre criminal.

*(Entra en el palacio)*

**Anfitrión.-** Mirad, tendiéndole sus tiernas manos a las rodillas le suplica con voz lastimera. Es un crimen infame, amargo y horrible de ver. Mientras le imploraba, lo ha agarrado con su mano derecha y, después de haberle hecho dar dos, tres vueltas en su arrebato de locura, lo ha lanzado. Su cabeza ha dado un chasquido y sus sesos salpicados chorrean por el tejado.

La desgraciada Mégara, protegiendo a un hijo en su regazo, sale huyendo como loca de su escondrijo.

*(Mégara entra en escena con el menor de sus hijos, seguida de Hércules)*

**Hércules.-** Aunque al huir te refugies en el seno del Tronador, te acosará por doquier esta mano derecha y te dará alcance.

**Anfitrión.-** ¿Adónde te obstinas en ir, desgraciada? ¿qué huida o escondite intentas encontrar? No hay lugar que te salve de la hostilidad de Hércules. Abrazate a él mejor y trata de apaciguarlo con ruegos cariñosos.

**Mégara.-** Basta ya, esposo, te lo ruego, reconoce a Mégara. Este hijo refleja tu semblante y tus rasgos. ¿Ves cómo te tiende las manos?

**Hércules.-** Tengo ante mí a la madrastra. Ahora tú, recibe el castigo que me debes y libera a Júpiter de la opresión de un yugo vergonzoso. Pero antes que la madre, que caiga este pequeño monstruo.

**Mégara.-** ¿Qué intentas, insensato? ¿Vas a derramar tu propia sangre?

**Anfitrión.-** Impresionado el niño por la mirada de fuego de su padre, ha muerto antes de ser herido; el susto le ha quitado la vida. Contra la esposa es ahora lanzada la pesada clava; le ha machacado los huesos, en el cuerpo mutilado ya no está la cabeza, ni se ve por ninguna parte.

**Hércules.-** Ya está. La casa de este infame rey ha sido exterminada. En ofrenda a tí, esposa del soberano Júpiter, he sacrificado este rebaño.

**Séneca, Hércules loco, 977-1037**

### LAS TROYANAS

*Sobre el transcurso de los lamentos de las mujeres de Troya tras la caída de la ciudad, se combinan en esta pieza las historias de la muerte de Polixena y de Astianacte. Dos obras de Eurípides. Las troyanas y Hécuba, aparecen aquí contaminadas por Séneca. En el fragmento seleccionado aparecen Hécuba y el coro llorando la muerte de Príamo y Héctor.*

<b>Hécuba.-</b>	Leales compañeras de mi desventura soltaos la melena, que por el cuello fluyan con pena los cabellos manchados de ceniza	85
	aún caliente de Troya, que prepare sus brazos al desnudo la turba; quitaos el vestido, atadlo bajo el pecho y quede al descubierto vuestro cuerpo hasta el vientre. ¿Para qué matrimonio vas a ocultar los pechos, pudor de cautiva?	90

	Que ciña el manto las túnicas bajadas y quede libre para los golpes de un duelo sin tregua vuestra furiosa mano. Me agrada vuestro porte, me agrada: reconozco a la turba de troyanas. Vuelvan de nuevo los antiguos lamentos, superad vuestra forma habitual de llanto; a Héctor lloramos.	95
<b>Coro.-</b>	Todas hemos soltado nuestro pelo mesado por tantos funerales. Nuestra melena cuelga libre de nudo y cubre nuestros rostros la ceniza caliente: llenad las manos, esto es lo que nos dejan traer de Troya. Cae de los hombros desnudos el vestido y, sujetado abajo, nos cubre la cintura; desnudos ya los pechos reclaman nuestras manos. Ahora, dolor, ahora, manifiesta tus fuerzas. . . . Batid el pecho con potentes golpes, no me basta el ruido de costumbre: a Héctor lloramos.	100           115
<b>Hécuba.-</b>	Por ti golpea los brazos nuestra diestra, por ti golpea los hombros hasta hacerlos sangrar, por ti nuestra derecha sacude la cabeza, por ti cuelgan los pechos desgarrados con manos maternas; fluya y mane la sangre abundante al abrirse todas las cicatrices que me hice antes en tus funerales. Tú, pilar de la patria, retraso de los hados, refugio de los frigios abatidos, tú eras el muro y encima de tus hombros resistió ella apoyada durante diez años; junta cayó contigo y el último día de Héctor fue también el de la patria. Cambiad el duelo: por Príamo verted ahora vuestros llantos; Héctor tiene bastante.	120           125           130
<b>Coro.-</b>	Acepta, rey de Frigia, nuestro duelo, acepta nuestro llanto, anciano por dos veces capturado.	

Séneca, Las troyanas,83-134

#### LAS FENICIAS

*Es una obra fragmentaria que presenta dos escenas de la saga de los Labdácidas. En el primer fragmento encontramos a Edipo, ya ciego, en el destierro, al que guía su hija Antígona y trata de disuadirlo de sus pretensiones de suicidio. El segundo fragmento se desarrolla en Tebas, en donde Yocasta trata de poner paz entre sus dos hijos. Posibles fuentes de esta obra son Sófocles, Edipo Rey y Edipo en Colono; Esquilo, Los Siete contra Tebas; y Eurípides, Las Fenicias. El fragmento seleccionado corresponde a la primera parte de la obra cuando Antígona trata de disuadir a su padre de su deseo de suicidarse.*

**Edipo.-** Guía de la ceguera de tu padre y único alivio de su fatiga, hija, a la que tanto me ha valido engendrar, incluso en esas circunstancias, abandona en su desdicha a tu padre... Deja que me extravíe; yo solo encontraré mejor el camino que busco, el camino que me saque de esta vida y alivie al cielo y a las tierras de la carga de tener que contemplar esta infame cabeza.

¡Qué poca cosa hice con esta mano! Yo ya no veo la luz del día, cómplice de mi delito, pero ella sí me ve... Devuélveme, Citerón, la muerte y restitúyeme el sitio que me ofreció hospitalidad, para expirar de viejo donde debí hacerlo de recién nacido. Acepta el cumplimento de mi antigua condena, tú, siempre sanguinario, despiadado, cruel, feroz, cuando matas y cuando perdonas; hace ya tiempo que es tuyo este cadáver. Cumple el mandato de mi padre y también de mi madre: mi alma arde en deseos de que se aplique el suplicio de antes.

¿Por qué me retienes, hija, encadenado por un amor funesto? ¿Por qué me retienes? Mi padre me llama. Ya voy, ya voy, no insistas...

**Antígona.-** No hay fuerza, padre, que logre desatar mi mano de tu cuerpo, nadie me arrancará nunca de tu compañía.

Que mis hermanos traten de alcanzar por las armas la ilustre casa de Lábdaco y sus opulentos reinos. Del reino de mi padre tengo ya la parte principal, mi padre mismo; no me la va a quitar mi hermano...; no me la va a quitar el otro...

Tú puedes prohibírmelo, padre; yo te guiaré, aunque te resistas, yo dirigiré tus pasos contra tu voluntad. ¿Te diriges a la llanura?, allí voy yo. ¿Te encaminas a lo escarpado?, yo no me opongo, sino que me adelanto. A donde quieras ir tendrás que servirme de mí como guía, cualquier camino que elijas será para los dos. Morir sin mí no puedes; conmigo sí.

Séneca, Las Fenicias,1-67

*Medea se ha refugiado con su esposo Jasón e hijos en Corinto. Jasón va a abandonarla y a casarse con Creusa, hija del rey Creonte. Medea decide vengarse: envía a Creusa como regalo un vestido mágico que la abrasa cuando se lo pone (su padre también muere intentando salvarla); luego mata a sus propios hijos, en presencia de su padre, y sale huyendo por los aires. Eurípides parece haber sido el modelo básico de Séneca, pero hay diferencias sustanciales entre uno y otro (¿contaminatio?). En el siguiente fragmento Medea achaca con ira a Jasón su abandono.*

**Medea.-** Huyo, Jasón, huyo; no es algo nuevo eso de cambiar de domicilio; lo nuevo es el motivo de la huida: por ti solía huir antes. Me alejo, me voy fuera... Cuantos caminos fui abriendo para ti, los fui cerrando para mí. ¿A dónde me mandas de vuelta? A una exiliada le impones el exilio y no le señalas el lugar. Hay que marcharse. Lo manda el yerno del rey. A nada me opongo.

Amontona sobre mí crueles suplicios: merecidos los tengo. Que con cruentos castigos abrume a esta concubina la cólera real; que de cadenas cargue sus manos; que la entierre, dejándola encerrada en la eterna noche de una caverna: sufriré menos de lo que tengo merecido.

Hombre desagradecido, haz volver a tu mente el aliento de fuego de aquel toro y... los dardos lanzados por ese enemigo imprevisto, cuando, a una orden mía, esos soldados nacidos de la tierra cayeron matándose unos a otros.

Añade los codiciados despojos del carnero de Frixo y el monstruo insomne al que forcé a entregar sus ojos a un sueño que nunca había experimentado. Añade a un hermano entregado a la muerte, crimen que suponía más que un crimen...

Buscando reinos para otros, abandoné los míos.

**Séneca, Medea, 447-477**

*En el siguiente fragmento vemos la preparación del vestido que resultará fatal a Creusa: Medea realiza sus sortilegios mágicos para emponzoñar el vestido. Este fragmento fue añadido por Séneca en relación a su fuente, Eurípides.*

**Nodriz.-** Toma las mortíferas hierbas y exprime la ponzoña de las serpientes y les mezcla también aves siniestras y el corazón de un lúgubre búho y vísceras de ronca lechuga extraídas aún viva.

Todas estas cosas la urdidora de crímenes las va poniendo cada una en su sitio: unas poseen la arrebatadora violencia de las llamas, otras la helada rigidez de un frío entorpecedor.

Añade a los venenos fórmulas no menos temibles que ellos.

Escuchad, se la oye con paso enloquecido y recitando fórmulas mágicas.

El universo se estremeció en cuanto empieza a hablar.

<b>Medea.-</b>	Yo os conjuro, tropel de sombras silenciosas,	740
	y también a vosotros, dioses funerarios,	
	y al ciego Caos y a la mansión oscura del tenebroso Dite:	
	las cuevas de la muerte espeluznante	
	cercadas por los límites del Tártaro;	
	descansad de suplicios, almas, y corred	745
	a una boda inaudita.	
	Deténgase la rueda que retuerce sus miembros	
	y toque Ixión el suelo;	
	que Tántalo a sus anchas pueda beber las aguas de Pirene;	
	que sólo para el suegro de mi esposo	750
	se mantenga y se agrave la condena:	
	que la resbaladiza piedra haga rodar	
	a Sísifo hacia atrás por los peñascos.	
	Y vosotras, Danaides, a quienes burla la frustrante tarea	
	de unas vasijas agujereadas,	755
	acudid todas juntas,	
	este día requiere vuestras manos.	
	Acude ya, invocada	
	por mis conjuros, astro de las noches,	760
	revestida del más terrible aspecto,	
	amenazando con tu múltiple frente.	

**Séneca, Medea, 732-762**

## FEDRA

*Fedra, esposa de Teseo, mientras éste se halla ausente en los Infiernos, trata de seducir a su hijastro Hipólito. El muchacho, que se mantiene virgen, rechaza tales pretensiones. Al regreso de Teseo, Fedra y la nodriza calumnian a Hipólito ante su padre. En su cólera invoca a Neptuno contra su hijo y éste es muerto. Fedra, ante sus restos, confiesa su crimen y se suicida. La obra está tomada sobre todo de Eurípides. En el siguiente episodio Fedra declara su amor a Hipólito que horrorizado huye.*

**Hipólito.-** Confía a mis oídos tus preocupaciones, madre mía.

**Fedra.-** Arrogante es el nombre de madre y demasiado fuerte; a mis sentimientos les cuadra mejor un nombre más humilde; llámame hermana, Hipólito, o llámame sirvienta; sirvienta, mejor. Estoy dispuesta a soportar todo tipo de esclavitud.

No me pesaría, aun cuando me ordenaras ir a través de la alta nieve, adentrarme en las heladas cumbres del Pindo. Si me mandarás caminar por en medio del fuego y de las filas de un ejército enemigo, no vacilaría en ofrecer mi pecho a las espadas amenazadoras.

Acepta el cetro que yo tengo encomendado y a mí tómate como servidora; es a ti quien corresponde administrar el mando; a mí, cumplir la órdenes. No es cosa de mujeres mantener la autoridad real en las ciudades. Tú que tienes el vigor de la primera flor de tu juventud, gobierna firmemente a los ciudadanos con la autoridad de tu padre; a ésta que te suplica y se ofrece como esclava protégela acogiéndola en tu seno. Ten compasión de una viuda.

**Hipólito.-** ¡Que el dios supremo aparte este presagio! Llegará sano y salvo en seguida mi padre.

**Fedra.-** El dueño del inflexible reino y de la callada Estige no ha permitido nunca el regreso a los de arriba, una vez que se les ha abandonado. ¿Va él a soltar al raptor de su tálamo conyugal?...

**Hipólito.-** A él, al menos, los dioses del cielo, en su equidad, nos lo devolverán... Y en cuanto a ti me comportaré de forma que no te considere viuda y ocuparé para ti yo mismo el puesto de mi padre.

**Fedra.-** *(Aparte)* ¡Oh, crédula esperanza de los amantes! ¡Oh falaz amor! ¿He hablado ya bastante? Actuaré asediándolo con mis ruegos. *(A Hipólito)* ¡piedad! Escucha los ruegos de mi alma callada. Quiero hablar y no me atrevo.

**Hipólito.-** ¿Qué tipo de mal es ese?

**Fedra.-** Un tipo de mal que difícilmente creerías que encaja en una madrastra.

**Hipólito.-** Palabras ambiguas dejas caer en tu enrevesada forma de hablar. ¡Habla abiertamente!

**Fedra.-** Mi pecho enloquecido lo abrasa la llama ardiente del amor. Con fiero furor destroza lo más hondo de mi médula y recorre por mis venas un fuego sumergido en mis entrañas y escondido en mis venas, como la llama que ágilmente recorre las altas vigas de una casa.

**Hipólito.-** ¿Es, entonces, tu casto amor por Teseo lo que te hace enloquecer?

**Fedra.-** Así es, Hipólito. Estoy enamorada del rostro de Teseo, aquél de antes, el que tenía hace tiempo, de muchacho, cuando apuntando la barba le sombreaba las puras mejillas y conoció la casa sin salidas del monstruo de Cnosos y fue recogiendo el largo hilo a través del intrincado camino. ¿Cómo resplandecía él entonces! Prendían sus cabellos las cintas rituales y un rosado pudor teñía su tierno rostro; había músculos fuertes en sus delicados brazos. Era el rostro de tu Febe o de mi Febo; mejor aún, el tuyo. Así fíjate bien, así era cuando gustó al enemigo, así llevaba erguida la cabeza.

En ti resplandece aún más una belleza desaliñada: todo tu padre está en ti, pero además un cierto aire de severidad de tu madre entra a partes iguales a formar tu hermosura. En tu rostro de griego aparece la rudeza de un escita. Si al lado de tu padre hubieses entrado en el mar de Creta, para ti más bien habría hilado mi hermana sus hilos.

A ti, a ti, hermana, en cualquier parte que brilles del cielo estrellado, te invoco en apoyo de una causa semejante a la tuya; una misma familia nos ha seducido a las dos hermanas: a ti, el padre; a mí, el hijo,

*(A Hipólito)* ¡Aquí me tienes! Suplicante yace postrada a tus rodillas la descendencia de una casa real. Sin haber sido salpicada por ninguna mancha, intacta, inocente, sólo cambio por ti. Bien decidida, me he rebajado hasta la súplica; fin pondrá a mi dolor o a mi vida este día. Ten piedad de una enamorada.

**Hipólito.-** Gran rey de los dioses, ¿con tanta paciencia oyes los crímenes? ¿Con tanta paciencia los ves? Y ¿cuándo lanzas el rayo con tu mano terrible, si ahora está el tiempo despejado? Que todo el cielo a tu impulso se despeñe y sepulte al día entre negras nubes, que los astros volviéndose hacia atrás recorran al revés sus inclinadas órbitas. Y tú, cabeza de los astros, radiante Titán, ¿estás contemplando tú la impiedad de tu stirpe? Sumerge tu luz y huye a las tinieblas.

¿Por qué, señor de los dioses y hombres, tu diestra permanece ociosa y no incendia el mundo con la antorcha de tres puntas? Truena contra mí, atraviésame, que tu rápido fuego me abraza de parte a parte. Soy culpable, tengo merecida la muerte: he enamorado a mi madrastra.

¿Te he parecido yo digno de esta indecencia? Solamente yo te he parecido materia fácil para un crimen tan grande? ¿Esto es el merecido de mi ruda austeridad?

¡Oh, tú que vences en perversión a todo el género femenino, tú, que te has atrevido a una infamia mayor que la de tu madre que concibió un monstruo! ¡Peor eres que la que te engendró! Ella sólo se manchó con la bestialidad; y su crimen, silenciado durante largo tiempo, lo puso al descubierto un parto marcado por su doble forma y dio pruebas del delito de la madre el ambiguo recién nacido con su rostro feroz. ¡Ese vientre te llevó a ti! ¡Oh tres y cuatro veces agraciados por un hado favorable aquéllos a quienes el odio y la perfidia devoraron, destruyeron y entregaron a la muerte!

Padre, siento envidia de ti. Esta criatura es una calamidad más grande, más grande que la madrastra de la Cólquide...

**Hipólito.-** Aparta lejos de mi casto cuerpo tu contacto impúdico. Pero, ¿qué es esto? ¿Incluso a abrazarme se lanza? Hay que empuñar la espada; que cumpla el castigo que merece.

¡Mira! Con mi mano izquierda he doblado hacia atrás su impúdica cabeza, retorciéndole el cabello. Nunca más justamente se ha ofrecido una sangre a tus altares, ¡oh diosa portadora del arco!

**Séneca, Fedra, 608-710**

**Teseo.-** ¿Qué delirio te empuja a ese arrebató de dolor? ¿Qué significan esa espada, qué los gritos y el duelo sobre un cuerpo odioso?

**Fedra.-** A mí, a mí, cruel soberano de las profundas aguas, atácame a mí y lanza contra mí los monstruos del azulado mar, cuantos en sus confines más remotos lleva Tetis en lo más escondido de su seno, cuantos el Océano, rodeándolos con sus aguas errantes, tiene cubiertos con la más alejada de las olas.

¡Oh, Teseo, siempre cruel!, que nunca has vuelto con los tuyos sin causarles daño. Tu hijo y el que te engendró han expiado con la muerte tus regresos. Trastornas tu hogar, causándole mal siempre con el amor o con el odio a tus esposas.

Hipólito, ¿así veo tu rostro y así lo he puesto yo?... ¡Ay de mí!, ¿a dónde ha huido tu belleza y los ojos que eran mi estrella? ¿Yaces sin vida? Ven un momento y escucha mis palabras. No voy a decir nada impúdico: con esta mano voy a pagarte el castigo y voy a hundir el hierro en mi pecho infame, voy a dejar a Fedra sin vida y a la vez sin culpa, y a ti por las olas y los lagos del Tártaro, por la Estige, por los ríos de fuego voy a seguirte enloquecida...

No fue lícito unir nuestras almas, pero sí que es lícito dejar unidos nuestros destinos...

Escúchame, Atenas, y tú, padre, que eres peor que una funesta madrastra. Falso en lo que conté, y la impiedad, que yo misma en mi delirio había concebido dentro de mi enloquecido pecho, la deformé con mentiras. Tú has castigado algo que no ha existido, padre, y yace víctima de una acusación impura un joven puro, pudoroso, sin tacha...

Un pecho impío se abre al puñal justiciero y una sangre derramada cumple el sacrificio debido a los manes de un varón virtuoso.

**Séneca, Fedra, 1157-1198**

## EDIPO

*Edipo, rey de Tebas, lamenta con Yocasta la peste que asila el país. El oráculo de Delfos indica que hay que castigar al asesino del antiguo rey. Edipo descubre que él es el asesino de su padre y que se ha casado con su madre, teniendo descendencia; se arranca los ojos como castigo y se destierra de Tebas. Esta obra está basada en el Edipo rey de Sófocles, aunque bastante alterado. En este episodio un mensajero relata cómo Edipo se arranca los ojos.*

**Mensajero.-** Después que Edipo descubrió los hados que le habían sido predichos y la infamia de su linaje y, convicto de su crimen, se condenó a sí mismo, dirigiéndose hostil hacia el palacio, penetró con paso apresurado bajo aquellos odiosos techos...

Cruel consigo mismo maquina algo enorme en su interior, equiparable a sus hados "¿Por qué retraso el castigo?", dice, "Que alguien arremeta contra este pecho infame con un hierro o que lo someta a las ardientes llamas o a las piedras. ¿Qué tigre o ave cruel se lanzará contra mis entrañas? Tú mismo, que das acogida a los crímenes, execrable Citerón, lanza desde los bosques tus fieras contra mí, o lanza tus rabiosos perros..."

Habiendo dicho esto, pone su impía mano sobre la empuñadura de la espada y la desenvaina.

"¿Así? ¿Vas a pagar tan grandes crímenes con un breve castigo y a compensarlos todos con un solo golpe Tú mueres... Que innove ella también en lo que toca a mi suplicio. Que se me permita vivir y morir una y otra vez, renacer continuamente para pagar cada vez con nuevos suplicios... Hay que elegir una muerte prolongada. Hay que buscar el camino por el que puedas andar errante sin mezclarte con los sepultados, quedando, no obstante, marginado de los vivos. Muere, pero sin llegar hasta tu padre..."

He aquí que de repente una lluvia se agolpa en sus ojos y se desborda regándole de llanto las mejillas. "¿Y es bastante llorar? ¿Sólo van a llegar mis ojos a derramar este escaso riego? Que, arrancados de su órbita sigan a las lágrimas; hay que sacar en seguida estos ojos de marido"...

Dio un gemido y bramando horriblemente retorció las manos contra su rostro. Pero a su vez los ojos se clavaron amenazadores y fijos cada uno en su mano la siguen por propio impulso; salen al encuentro del golpe que van a recibir. Tantea ansioso los ojos con las manos encorvadas, desde su más honda raíz arranca de un golpe los dos globos. Se adhieren las manos a los huecos y, fijas allí, desgarran por completo, con las uñas, el fondo de las cavidades que albergaban a los ojos, la órbitas vacías. Se ensaña en vano y su delirio sobrepasa todos los límites: tanto le importa el riesgo de ver.

Levanta la cabeza y, recorriendo con sus órbitas vacías las regiones del cielo, comprueba su noche...

Riega su rostro una repugnante lluvia y su cabeza desgarrada vomita, por las venas que se ha arrancado, ríos de sangre.

**Séneca, Edipo, 915-979**

## AGAMENÓN

*Agamenón vuelve de Troya victorioso. A su llegada Clitemnestra decide matarlo para ocultar su relación amorosa en su ausencia con Egisto. Así lo hacen. Electra, hija de Agamenón, salva al pequeño Orestes, el cual será el que en un futuro se vengará de su padre. La fuente de esta obra parece ser el Agamenón de Esquilo. En este episodio Casandra habla a Agamenón de su muerte, pero éste no escucha.*

**Agamenón.-** Al fin regreso sano y salvo a los Lares paternos. ¡Salve, oh tierra querida! Para ti tantas naciones bárbaras han producido botín, a ti la señora del Asia poderosa, próspera durante mucho tiempo, ha sometido sus manos.

¿Por qué esa profetisa, con el cuerpo desplomado y temblorosa, cae al suelo sin poder sostener la cabeza? Esclavos, levantada, reanimadla con agua helada. Ya vuelve a percibir el día en su marchita mirada. Despierta tus sentidos: aquel ansiado puerto para tus desdichas está aquí. Es día de fiesta.

**Casandra.-** También lo fue de fiesta para Troya.

**Agamenón.-** Honremos los altares.

**Cassandra.-** Al pie de los altares cayó mi padre...  
**Agamenón.-** Esto no es Troya.  
**Cassandra.-** Donde hay una Helena, yo lo considero Troya.  
**Agamenón.-** No tengas miedo de esclava a señora.  
**Cassandra.-** La libertad está ahí.  
**Agamenón.-** Vive segura.  
**Cassandra.-** Para mí la muerte es la seguridad.  
**Agamenón.-** No hay peligro ninguno para tu persona.  
**Cassandra.-** pero lo hay grande para ti.  
**Agamenón.-** Un vencedor, ¿qué puede temer?  
**Cassandra.-** El no sentir temor.  
**Agamenón.-** A ésta, leal tropa de esclavos, mientras logra librarse del dios que la posee, mantenédla sujeta, no sea que su delirio sin control cometa algún error.

**Séneca, Agamenón,782-802**

*En este episodio Cassandra "ve" poseída la muerte de Agamenón a manos de Clitemnestra y Egisto.*

**Cassandra.-** El afeminado le abre el costado con mano temblorosa; pero no penetró a fondo: en medio de su acometida se queda paralizado... La Tindárida, enloquecida, arma su diestra con el hacha de dos filos y, como al matarle ante el altar señala con los ojos el cuello de los toros antes de acometer contra ellos con el hierro, así balancea hacia acá y allá su mano impía.

Ya está, se acabó: queda colgando de un pequeño trozo la cabeza sin cortar del todo; de un lado fluye la sangre por el tronco, en el otro queda el rostro aún con estertores. Aún no se retiran: él acomete contra su cuerpo exánime y lo destroza; ella le ayuda a acuchillarlo. Ambos con tan gran crimen reflejan su familia: es él hijo de Tiestes; ella, hermana de Helena.

**Séneca, Agamenón,890-907**

## OCTAVIA

*Octavia, hija de Claudio y Mesalina y hermana de Británico, está casada con Nerón, el cual la odia y la repudia para casarse con Popena, de la que está enamorado. Ante la injusticia, el pueblo se subleva, pero la rebelión es ahogada en sangre. Octavia será llevada a Pandataria donde será ejecutada. Éste es el único ejemplar de tragedia praetexta que se ha conservado. Su autenticidad está más que discutida y podemos afirmar que no es de Séneca. En este episodio el coro lamenta la boda de Nerón con Popena y el rechazo de Octavia.*

**Coro.-** ¿Qué rumor ha llegado ahora mismo a mis oídos?  
 ¡Ojalá que sea falso y que, lanzado  
 en vano, tantas veces, pierda crédito! 275  
 Y que una nueva esposa no penetre en la alcoba  
 de nuestro *princeps* de modo que su esposa, la hija de Claudio,  
 mantenga unos Penates que son suyos.  
 Dé a luz ella en su parto garantías de una paz  
 en que se regocije el orbe en calma 280  
 y conserve su gloria Roma por los siglos.  
 La soberana Juno es dueña aún del lecho de su hermano  
 que en suerte le tocó; la hermana del Augusto,  
 que su lecho comparte, ¿por qué va a ser echada de un palacio  
 que es de su padre? ¿De qué le sirve a ella  
 su santo amor filial y el que su padre se halle entre los dioses  
 y su virginidad y su casto pudor?  
 También nosotros nos hemos olvidado de nosotros mismos,  
 después que murió el jefe a cuya descendencia  
 estamos traicionando con ese miedo que nos dan los años.  
 Verdadera virtud romana la de aquéllos  
 de antes y verdadera raza y sangre de Marte  
 en aquellos varones.

**Séneca, Octavia,273-293**

*En el siguiente episodio, Séneca, detectando los vicios de su época, alaba la sencillez de los primeros siglos y hace un recuerdo de las Edades.*

**Séneca.-** ¿Por qué a mí, poderosa Fortuna, halagándome con tu falaz semblante, contento como estaba con mi suerte, me has elevado tan alto? ¿Para que fuese más dura mi caída...? Mejor estaba yo oculto, lejos de los males de la envidia, retirado entre los escollos del mar de Córcega, donde mi espíritu, libre y dueño de sí mismo, siempre lo tenía dispuesto para el cultivo de mis aficiones...

Ahora ha llegado ya al mundo ese día último que ha de oprimir a la raza impía con el derrumbamiento del cielo, para que, volviendo a renacer mejorado, engendre una raza nueva como la que sustentó una vez en su juventud, cuando Saturno dominaba los reinos del cielo.

Entonces, aquella virgen, diosa de gran poder, la Justicia, enviada desde el cielo junto con la santa Lealtad, gobernaba sobre las tierras apaciblemente al linaje humano. Los pueblos no conocían las guerras ni el atroz estruendo de la trompeta ni las armas; no acostumbraban a ceñir con murallas sus ciudades: abiertos estaban a todos los caminos; común era el disfrute de todas las cosas y la propia tierra, con alegría, abría espontáneamente su fecundo seno, como madre abundante y segura con unos hijos tan piadosos. Mas vino otra generación, evidentemente menos apacible; apareció una tercera raza, industriosa para nuevas artes, pero virtuosa no obstante; luego, una llena de inquietudes hasta osar seguir a la carrera a las terribles fieras, sacar a los peces de entre las olas que los cubrían mediante la pesada red o la ligera caña, engañar a las aves errabundas con la malla o atraparlas con el lazo bien ajustado, someter a los feroces toros al peso del yugo, surcar con el arado la tierra intacta hasta entonces, la cual, al verse herida, escondió sus frutos más

adentro, en lo profundo de su sagrado seno.

Pero hasta las entrañas de su madre penetró una generación aún peor: de allí arrancó el funesto hierro y el oro y al punto armó sus manos, que se hicieron crueles; hizo repartos separados por fronteras y constituyó los reinos; construyó ciudades, lo cual era algo nuevo; defendió con sus armas el propio techo o bien atacó el ajeno en busca de botín.

Desdeñada, huyó de las tierras y de las fieras costumbres de los hombres y de sus manos manchadas con sangrientas matanzas la virgen Astrea, honra de las estrellas.

Creció el ansia de guerra y el hambre de oro por todo el orbe; surgió el peor de todos los males, el lujo, esa peste seductora a la cual dieron fuerzas y resistencia al largo tiempo y la funesta ignorancia.

Todos los vicios acumulados durante largo tiempo a través de tantas generaciones se desbordan sobre nosotros. Somos presa de una funesta era en la que reina el crimen, se ensaña ña impiedad desenfrenada, domina poderosa la pasión de una vergonzosa sensualidad. El lujo, vencedor del orbe, le arranca desde hace tiempo inmensas riquezas con manos avarientas para luego dilapidarlas.

Séneca, Octavia, 377-435

## ARISTÓFANES: COMEDIAS

### LAS ASAMABLEÍSTAS

*Las mujeres se confabulan y adquieren aspecto de varones para asistir a la asamblea y, hablando en ella una sola, consigue que se les traspase a las mujeres el gobierno de la ciudad. En el siguiente fragmento Praxágora va recogiendo a las mujeres para asistir en la asamblea.*

**Mujer 1ª.**- Es hora de ir andando, que poco ha que el heraldo, según nosotras íbamos avanzando, por vez segunda su quiquiriquí ha cantado.

**Praxágora.**- Y yo, por esperaros, en vela la noche entera he estado. Mas esperad que llame aquí, para que salga afuera, a la vecina, raspando en su puerta con cuidado; pues es preciso que su marido no se entere.

**Mujer 2ª.**- Oí el raspado de tus dedos, ¿sabes?, cuando me estaba poniendo los zapatos, puesto que no estaba dormida; pues mi hombre, carísima, con el que yo convivo, como es de Salamina, la noche entera debajo de las mantas me estuvo sacudiendo con el remo, de modo que hace poco que le cogí el vestido que aquí ves.

**Praxágora.**- Veo que también Clinareta y Sóstrata se acercan ya aquí, y además Filénetá.

**Mujer 1ª.**- ¿Es que no vais a daros prisa? Que Glice ha jurado que la que llegue la última de nosotras ha de pagar tres congrios de vino y un quénice de garbanzos.

**Mujer 2ª.**- ¿No ves a Melística la de Esmicitión qué prisa se da metida en sus zapatillas?

**Mujer 1ª.**- También a mí me parece que es la única que a sus anchas salió de su casa, de junto al marido.

**Mujer 2ª.**- ¿No ves a Geusístrata, la del tabernero, llevando una antorcha en la diestra?

**Mujer 1ª.**- También veo acercarse a la de Filodoretas y la de Querétadas y a otras muchísimas mujeres, cuanto hay de provecho en la ciudad.

**Coro.**- Y bien trabajoso que me resultó a mí, queridísima, abrirme camino en mi secreta huida; porque mi hombre estuvo tosiendo la noche entera a causa de un atracón de anchoas que se dio por la tarde.

**Praxágora.**- Sentaos, pues, para que pueda preguntaros, ya que os veo reunidas, esto, si habéis hecho todo lo que se decidió en los Esciros.

**Mujer 1ª.**- Yo, al menos, sí. En primer lugar tengo los sobacos más espesos que un bosque, según se había convenido. Luego, cada vez que mi hombre se iba al ágora, aceitándome el cuerpo entero, durante todo el día trataba de ponerme morena plantada cara al sol.

**Mujer 2ª.**- También yo, por lo que a mí respecta. Y la navaja de afeitar, lo primero que hice fue arrojarla fuera de casa, para ponerme toda vellosa y no parecerme ya nada a una mujer.

**Praxágora.**- ¿Tenéis las barbas que se os dijo a todas vosotras que tuvierais cuando nos reuniéramos?

**Mujer 1ª.**- Sí, por Hécate; y bonita es ésta que yo tengo.

**Mujer 2ª.**- También yo tengo una no poco más bonita que la de Epicrates.

**Praxágora.**- Y vosotras, ¿qué decís?

**Mujer 1ª.**- Dicen que sí; al menos, con la cabeza hacen señal afirmativa.

**Praxágora.**- También veo que habéis llevado a cabo lo demás. Pues tenéis los zapatos laconios y los bastones y los trajes de hombre,

justo como dijimos.

**Mujer 1ª.**- Yo personalmente, mira, me saqué aquí el bastón de Lamias a hurtadillas, mientras dormía .

**Mujer 2ª.**- ¿Es ese el bastón de aquel personaje que se pee?

**Praxágora.**- Sí, por Zeus salvador; capaz sería, envuelto en el pellejo del omnividente, de apacentar al verdugo como ningún otro. Mas, ea, hagamos lo que nos queda por hacer mientras aún hay estrellas por el cielo, pues la asamblea, a la que nosotras estamos dispuestas a acudir, tendrá lugar con el alba.

**Mujer 1ª.**- Por Zeus, sí. Como que es menester que tú tomes asiento al pie de la roca enfrente de los pritanos.

**Mujer 2ª.**- Estas cosas, ¿sabes?, yo me las traía para cardar en tanto que se llena la asamblea.

**Praxágora.**- ¿En tanto que se llena, desgraciada?

**Mujer 2ª.**- Sí, por Artemis, eso pensaba yo. Pues, ¿por qué voy a oír peor si cardo? Y mis niños están desnudos.

**Praxágora.**- ¡Mira tú que cardar! Tú que tendrías que procurar no dejar ver nada de tu cuerpo a los asistentes. Pues sí; bonita cosa nos ocurriría si la asamblea del pueblo viniera a estar llena, y luego una se alzase y arremangándose las faldas mostrase a Formisio. Por el contrario, si tomamos asiento las primeras, no se notará que nos hemos envuelto en los mantos; y en cuanto a la barba, cuando dejemos caer allí la que nos vamos a ajustar, ¿quién, al vernos, no nos tendría por varones? Agirrio, al menos, llevando la barba de Próno, ha pasado desapercibido; aunque antes era ése una mujer; en cambio, ahora mismo, ya ves, es persona muy importante en la ciudad. A causa de él, ¡voto al día que se acerca!, atrevámonos a tan atrevida empresa, por ver si somos capaces de tomar en relevo el gobierno del estado, de modo que procuremos algún beneficio a la ciudad; que, lo que es ahora, no corremos ni a vela ni a remo.

**Mujer 1ª.**- ¿Y cómo podrá hablar en público un femeníl ayuntamiento de mujeres?

**Praxágora.**- De la mejor de las maneras con mucho, si no me equivoco. Pues dicen que los jovencitos que más sacudidas reciben son los más hábiles oradores, y eso es por alguna ventura condición natural nuestra.

**Mujer 1ª.**- No sé yo; terrible cosa es la falta de experiencia.

**Praxágora.**- ¿Es que no nos hemos reunido aquí a propósito para que ejercitemos lo que allí hay que decir? ¿No sería posible que te dieras prisa en ajustarte la barba, y lo mismo todas las demás que han ejercitado la charla?

**Aristófanes, Las Asambleístas, 30-119**

*Blépiro ha de salir a hacer sus necesidades: su mujer no está en casa.*

**Blépiro.**- ¿Qué asunto es éste? ¿Adónde mi mujer se habrá marchado? Que ahora está ya al rayar el alba y ella no aparece. Y yo yazgo hace tiempo con ganas de cagar tratando de coger en la oscuridad las sandalias y el manto. Pero cuando al fin, tras haber andado a tientas, no fui capaz de encontrarlo y ya el excremental insistía en golpear la puerta, cojo ahora este chal doble de mi mujer y arrastro debajo de mis pies sus sandalias pérsicas. Pero ¿dónde, dónde acertaría uno a cagar en un espacio libre?. ¿o es que por la noche en cualquier sitio te parece bien? Pues ahora nadie me verá cagando. ¡Ay de mí, infeliz, que siendo viejo me dio por tomar mujer! ¡Qué de tortas merezco recibir! Pues seguro que nada sano ha salido a hacer; pero, como quiera que sea, hay que ir al excusado.

**Un hombre.**- ¿Quién es? ¿No es Blépiro mi vecino, según creo?

**Blépiro.**- Por Zeus, ese mismo, sin duda.

**Un hombre.**- Dime, ¿qué es eso rojo que tienes? ¿No será tal vez que Cinesias, de una forma o de otra, ha defecado sobre ti?

**Blépiro.**- No, es que para salir me he puesto el mantito de color de azafrán de mi mujer, con el que ella se viste.

**Hombre.**- Y tu manto, ¿dónde está?

**Blépiro.**- No puedo decirte; pues, aun buscándolo, no lo encontré entre las mantas.

**Hombre.**- Entonces, ¿ni siquiera ordenaste a tu mujer que te lo dijera?

**Blépiro.**- No, por Zeus. Es que resulta que no esta en casa, se me ha filtrado sin darme yo cuenta, y es lo que temo, no vaya a ser que haga alguna picia.

**Hombre.**- Por Posidón, te pasa, entonces, justamente lo mismo que a mí. Pues también aquella con la que vivo yo se largó con el manto que suelo llevar. Y no es eso lo que me apena, sino que también se llevó las sandalias; al menos, no pude dar con ellas en ningún sitio.

**Blépiro.**- Por Dioniso, ni yo tampoco con mis lacedemonias; antes bien, como me encontraba con ganas de cagar, metí los pies los coturnos y aquí he venido volando, para no echar la cagada en la colcha, que esta limpia. ¿Qué podrá ser esto, entonces? ¿No será que alguna mujer de entre sus amigas la ha invitado a comer?

**Hombre.**- En mi opinión, al menos, sí, pues de todos modos no es mala, que yo sepa. Pero tú estás ahí defecando un cable y a mí ya me es hora de marchar a la Asamblea, si es que puedo echar mano al manto, que era el único que tenía.

**Blépiro.**- También yo iré, en cuanto defeque. Por el momento una pera silvestre mantiene obstruidos los alimentos.

**Hombre.**- ¿No será la que Trasíbulo propuso contra los lacedemonios?

**Blépiro.**- Por Dioniso, en cualquier caso, bien fuerte que se me agarra. ¿Y qué he de hacer? Pues, además, ni siquiera es eso sólo lo que me aflige, sino el pensar adónde se me irá el excremento de ahora en adelante cuando coma. Pues lo que es en este momento, ha echado el cerrojo a la puerta ese hombre, el acradusio, quienquiera que sea. ¿Quién, pues, me irá a buscar un médico? ¿Y cuál? ¿Quién de entre los especialistas en ano es experto en su arte? ¿Sabe Aminon? Pero tal vez se negará. Llámese a Antístenes a cualquier precio. Pues ese hombre, a juzgar por sus gemidos, sabe lo que reclama un ano que tiene ganas de cagar. ¡Oh, soberana Ilitía, no me dejes reventar ni quedar obstruido por cerrojo, para que no me convierta en orinal de comedia!

**Cremes.**- Eh, tú, ¿qué haces? No estarás cagando.

**Aristófanes, Las Asambleístas, 311-372**

## LAS NUBES

*Estrepsiades, avaro y socarrón, no puede dormir pensando en las deudas de su hijo por los caballos. El padre ruega a su hijo que entre en la escuela de Sócrates, para así poder hacer frente a los pleitos que le presenten sus acreedores. Al negarse el hijo, entra él mismo. El hijo, cambiando de opinión, entra en la secta y es educado por Sócrates. Cuando llega el momento para defenderse de las deudas, el hijo, en lugar de aliviar a su padre, le golpea justificando su acción con las enseñanzas de Sócrates. El fragmento trata cuando Estrepsiades intenta entrar en el círculo de Sócrates y ser discípulo suyo.*

**El discípulo.**- Sólo está permitido decirlo a los discípulos.

**Estrepsiades.**- Dímelo sin temor, porque vengo a la escuela como discípulo.

**El discípulo.**- Te la diré, pero se deben considerar estas cosas como misterios. Sócrates preguntaba poco ha a Querefonte cuántas veces una pulga podía saltar una distancia igual a la longitud de sus patas. Porque una de ellas había mordido la ceja de Querefonte y se había lanzado luego a la cabeza de Sócrates.

**Estrepsiades.**- ¿Y cómo ha podido medirlo?

**El discípulo.**- Muy ingeniosamente. Ha hecho derretir un poco de cera; después, cogiendo la pulga, sumergió en ella sus patas. Luego, al enfriarse la cera, la pulga quedó calzada con borceguíes pérsicos. Sócrates se los quitó y midió con ellos la distancia. **Estrepsiades.**- ¡Oh Zeus soberano, qué agudeza de ingenio!

**El discípulo.**- ¿Y qué dirías si supieras otra concepción de Sócrates?

**Estrepsiades.**- ¿Cuál? Dímelo, te lo suplico.

**El discípulo.**- Querefonte, de Esfeto, le preguntó si su opinión era que los mosquitos zumban con la trompeta o con su trasero.

**Estrepsiades.**- ¿Y qué le dijo aquél acerca del mosquito?

**El discípulo.**- Dijo que el intestino del mosquito es estrecho y, siendo delgado, el aire va directamente con fuerza hasta el trasero. Después, al ser vacío y encontrarse en el fondo de esta estrechez, el trasero resuena por la violencia del aire.

**Estrepsiades.**- Así pues, el trasero de los mosquitos es una trompeta. ¡Oh, tres veces feliz él, por su capacidad de penetrar en las vísceras de la investigación! Ciertamente, si fuera acusado, con facilidad escaparía a una condena, aquel que conociera a fondo el intestino de un mosquito.

**El discípulo.**- Y últimamente fue privado de un gran pensamiento por causa de una lagartija.

**Estrepsiades.**- ¿De qué manera? Dímelo.

**El discípulo.**- Mientras estaba observando de noche el curso y las revoluciones de la luna, en el momento en que miraba hacia arriba con la boca abierta, desde el techo una lagartija le arrojó su excremento.

**Estrepsiades.**- ¡Me place! Una lagartija que hace sus necesidades en la boca de Sócrates.

**El discípulo.**- Ayer por la tarde no teníamos cena.

**Estrepsiades.**- Bien. ¿Y qué imaginó para el yantar?

**El discípulo.**- Sobre la mesa esparció una fina capa de ceniza, dobló un pequeño asador; después tomándolo como compás... hizo desaparecer el vestido de la palestra.

**Estrepsiades.**- ¿Y por qué admiramos al famoso Tales? Abre, abre rápidamente la escuela y muéstrame a Sócrates cuanto antes. Porque anhelo ser discípulo. Pero abre la puerta. ¡Oh Heracles!

*En el siguiente fragmento Estrepsiades habla con Sócrates.*

**Estrepsiades.**- ¿Qué dices? Pero, ¿quién hace llover? Explícame esto ante todo.

**Sócrates.**- (*Señalando las Nubes*) Éstas, sin duda. Y te lo voy a demostrar con poderosas pruebas. ¡Ea!, ¿cuándo has visto tú nunca que llueva sin nubes? Y ciertamente sería necesario que Zeus hiciera llover en un cielo sereno y después de haberlas disipado.

**Estrepsiades.**- Sí, por Apolo, aportas un buen argumento en la cuestión que nos ocupa. ¿Y yo que primero creía, en verdad, que Zeus orinaba a través de una criba? Pero, ¿quién produce el trueno, dime, este trueno que me hace temblar?

**Sócrates.**- Ellas son las que truenan al rodar.

**Estrepsiades.**- ¿De qué manera, oh tú que a todo te atreves?

**Sócrates.**- Cuando, estando muy llenas de agua, se ven obligadas a moverse, cuelgan hacia abajo necesariamente, cargadas como están de lluvia; después, chocando pesadamente unas con otras se desgarran y resuenan con estrépito.

**Estrepsiades.**- Pero, ¿quién les obliga, sino Zeus, a moverse?

**Sócrates.**- En manera alguna: es un torbellino etéreo.

**Estrepsiades.**- ¿Un torbellino? Esto me había pasado desapercibido: que Zeus no existe y en su lugar reina ahora el Torbellino. Pero nada me has enseñado todavía del ruido y del trueno.

**Sócrates.**- ¿No me has oído? Digo que las nubes llenas de agua caen unas sobre otras y producen este trueno a causa de su densidad.

**Estrepsiades.**- Veamos, ¿cómo he de creer esto?

**Sócrates.**- Te lo demostraré con tu propio ejemplo. ¿No te ha sucedido, en las Panateneas, cuando te llenas de sopa, que se te desarregla el vientre y al punto, por la agitación, se pone a crepitar?

**Estrepsiades.**- Sí, por Apolo; y en seguida me atormenta y se revuelve y el caldito ruge como un trueno, y produce un estrépito terrible. Primero hace un ruido suave, papax, papax; luego más vivamente, papapapax y cuando hago mis necesidades, truena con fragor,

papapapax, como aquéllas.

**Sócrates.**- Considera, pues, con un pequeño vientre, el ruido que haces. Y este Aire, que es infinito, ¿no es natural que truene fuertemente?

*Aquí prosigue el diálogo entre Estrepsíades y Sócrates.*

**Sócrates.**- Pero antes debes aprender otras. Entre los cuadrúpedos, ¿cuáles son propiamente los machos?

**Estrepsíades.**- Conozco los machos, si no estoy loco: el carnero, el cabrón, el toro, el perro, el ánade.

**Sócrates.**- ¿Ves lo que te ocurre? A la hembra la llamas ánade como al macho.

**Estrepsíades.**- ¿Cómo, pues, veamos?

**Sócrates.**- ¿Cómo? Ánade y ánade.

**Estrepsíades.**- Cierto, por Posidón, ¿y cómo debo decir?

**Sócrates.**- Pato y pata.

**Estrepsíades.**- ¿Pata? Bien, por el Aire. Solo por esta enseñanza te colmaré de harina tu duerno.

**Sócrates.**- He aquí de nuevo otra falta. Tu dices duerno, haciendo masculino una palabra femenina.

**Estrepsíades.**- ¿De qué manera hago masculino duerno?

**Sócrates.**- Vale lo mismo para ti duerno que Cleónimo.

**Estrepsíades.**- Pero, buen hombre, Cleónimo no tenía duerno, sino que amasaba en un mortero redondo. Pero, de ahora en adelante, ¿cómo debo decir?

**Sócrates.**- ¿Cómo? Duerna, como dice Sóstrata.

**Estrepsíades.**- ¿Duerna, femenino?

**Sócrates.**- En efecto, hablas correctamente.

**Estrepsíades.**- Y se tendrá que decir también Cleónima.

**Sócrates.**- Y todavía te es preciso aprender acerca de los nombres propios, cuáles son masculinos y cuáles femeninos.

**Estrepsíades.**- Sé perfectamente cuáles son los femeninos.

**Sócrates.**- Di, pues, algunos.

**Estrepsíades.**- Lisila, Filina, Clitágora, Demetria.

**Sócrates.**- ¿Y qué nombres son masculinos?

**Estrepsíades.**- Muchísimos: Filóxeno, Melesias, Aminias...

**Sócrates.**- Pero, desgraciado, éstos no son masculinos.

**Estrepsíades.**- ¿No son masculinos para vosotros?

**Sócrates.**- De ninguna manera. En efecto, si te encontraras con Aminia, ¿cómo le llamarías?

**Estrepsíades.**- ¿Cómo? Así: "¡Aquí, aquí, Aminia!"

**Sócrates.**- ¿Ves? Dices Aminia, como a una mujer.

## LAS RANAS

*En esta obra encontramos dos partes claramente diferenciadas: la primera, de una manera fantástica y burlesca, narra el viaje de Dioniso al Hades; la segunda nos hace asistir a una disputa de orden moral y literario entre Esquilo y Eurípides. Este fragmento pertenece a la primera parte y corresponde con el principio de la obra.*

**Jantias.**- ¿Diré, oh señor, uno de estos chistes acostumbrados que provocan siempre la risa de los espectadores?

**Dioniso.**- Por Zeus, di lo que quieras, excepto "Estoy abrumado". Evita esta expresión, porque monto en cólera al oírlo.

**Jantias.**- ¿Ni podré decir tampoco alguna otra bufonada?

**Dioniso.**- Sí, excepto: "Estoy hecho polvo"

**Jantias.**- ¿Que pues? ¿Voy a decir algo del todo chistoso?

**Dioniso.**- Sí, por Zeus, anímate. Ten cuidado de no decir sólo una cosa.

**Jantias.**- ¿Cuál?

**Dioniso.**- Al cambiar tu hato de hombro, no digas que tienes necesidad de ir de vientre.

**Jantias.**- Ni que cargado con tal fardo, si alguien no me lo quita, voy a echar un pedo.

**Dioniso.**- No por cierto, te lo suplico, a menos que quieras hacerme vomitar.

**Jantias.**- ¿Qué necesidad tengo yo entonces de llevar este equipaje, si nada puedo hacer de lo que acostumbran los mozos de cuerda en las comedias de Frínico, de Licis, de Amipsias?

**Dioniso.**- No hagas tal. Porque cuando asisto al teatro y veo semejantes invenciones, salgo envejecido en más de un año.

**Jantias.**- ¡Oh, tres veces desgraciada esta nuca mía, porque abrumada como está, no puede decir la palabra chistosa!

**Dioniso.**- ¡Veamos! ¿No es el colmo de la insolencia y de la molicie que yo, Dioniso, hijo del ánfora, voy a pie y me fatigo, mientras que facilito a ése una cabalgadura para que no sufra y no lleve peso?

**Jantias.**- ¿No llevo nada, yo?

**Dioniso.**- ¿Cómo llevas si eres llevado?

**Jantias.**- Sí, llevando esto.

**Dioniso.**- ¿De qué manera?

**Jantias.**- Muy penosamente.

**Dioniso.**- ¿Acaso este peso que sostienes no lo lleva el asno?

**Jantias.**- No, al menos el que tengo y llevo, por Zeus.

**Dioniso.**- ¿Cómo, pues, llevas tú, siendo llevado por otro?

**Jantias.**- No lo sé; pero mi hombro está oprimido.

**Dioniso.**- ¡Bien! Puesto que aseguras que el asno no te sirve de nada, cargándote a tu vez el asno, llévalo.

**Jantias.**- ¡Ah, desgraciado! ¿Por qué no tomé parte en el combate naval? Ya te hubiera mandado a paseo con tus gemidos.

**Dioniso.**- Apéate, farsante. Porque ya con mis pasos estoy alcanzando esta puerta, en donde debía hacer mi primera parada. ¡Muchacho pequeño, eh, muchacho!

*(Llama a la puerta de Heracles; éste va a abrir)*

**Heracles.**- ¿Quién ha golpeado la puerta? Como un centauro, quienquiera que sea, se ha lanzado. Dime, ¿de qué se trata?

**Dioniso.**- (A Jantias) El muchacho...

**Jantias.**- ¿Qué ocurre?

**Dioniso.**- ¿No has notado?

**Jantias.** - ¿Qué?  
**Dioniso.** - Cuánto miedo le he infundido.  
**Jantias.** - Sí, por Zeus; miedo de que no estés loco.  
**Heracles.** - No puedo, por Deméter, dejar de reír. Por más que me muerdo los labios, sin embargo río.  
**Dioniso.** - ¡Oh desgraciado! Acércate; necesito algo de ti.  
**Heracles.** - No me es posible dominar la risa al ver una piel de león sobre un vestido de azafrán. ¿Qué significa esto? ¿Por qué esta alianza del coturno y de la clava? ¿Hacia qué país te diriges?  
**Dioniso.** - Me embarqué al servicio de Clístenes.  
**Heracles.** - ¿Y participaste en un combate naval?  
**Dioniso.** - Ciertamente, y echamos a pique doce o trece naves enemigas.  
**Heracles.** - ¿Vosotros dos?  
**Dioniso.** - Sí, por Apolo.  
**Heracles.** - Y entonces yo me desperté.  
**Dioniso.** - Y como a bordo leía para mí la *Andrómeda*, de repente hirió mi corazón un deseo, como no tienes idea.  
**Heracles.** - ¿Un deseo? ¿De qué magnitud?  
**Dioniso.** - Pequeño, como Molón.  
**Heracles.** - ¿Por una mujer?  
**Dioniso.** - No, ciertamente.  
**Heracles.** - ¿Por un muchacho?  
**Dioniso.** - De ninguna manera.  
**Heracles.** - ¿Por un hombre, entonces?  
**Dioniso.** - ¡Apapai!  
**Heracles.** - ¿Estuviste con Clístenes?  
**Dioniso.** - No se te me burles, amigo; no, pues estoy mal; tal es la pasión que me consume.  
**Heracles.** - ¿Cuál es, hermanito?  
**Dioniso.** - No puedo explicarla. Sin embargo, te la diré por enigmas. ¿Tuviste alguna vez un deseo repentino de comer puré?  
**Heracles.** - ¿De puré? Babaiax, diez mil veces en la vida.  
**Dioniso.** - ¿He hablado claramente o me explico más?  
**Heracles.** - No, en verdad. al menos acerca de puré; lo entiendo perfectamente.  
**Dioniso.** - Pues bien, un deseo semejante por Eurípides me devora.  
**Heracles.** - ¿Por uno que está muerto?  
**Dioniso.** - Y ningún hombre me persuadirá de que yo no vaya a buscarlo.  
**Heracles.** - ¿A las profundidades del Hades?  
**Dioniso.** - Sí, por Zeus, y más abajo, si es preciso.  
**Heracles.** - ¿Y qué deseas?  
**Dioniso.** - Necesito un poeta hábil, pues unos ya no existen, y los otros son malos.  
**Heracles.** - ¿Qué? ¿No vive Jofón?  
**Dioniso.** - Éste es el único bueno que resta, y todavía, porque no sé exactamente lo que vale.  
**Heracles.** - ¿Y por qué no quieres llevarte a Sófocles antes que a Eurípides, si debes hacer subir alguien de allá abajo?  
**Dioniso.** - No, antes de que habiendo tomado a Jofón aparte compruebe lo que puede hacer sin Sófocles. Por otra parte, Eurípides, que es muy astuto, lo intentará todo para escapar conmigo; en cambio, el otro es tan complaciente allí como aquí.  
**Heracles.** - Y Agatón, ¿dónde está?  
**Dioniso.** - Me ha dejado y se ha ido. Un buen poeta que echan de menos sus amigos.  
**Heracles.** - ¿A qué país, el desgraciado?  
**Dioniso.** - Al banquete de los bienaventurados.  
**Heracles.** - ¿Y Jenocles?  
**Dioniso.** - ¡Ojalá perezca, por Zeus!  
**Heracles.** - ¿Y Pitángelo?  
**Jantias.** - (*Aparte*) Y de mí, ni una palabra, que tengo el hombro torturado.  
**Heracles.** - ¿Y no hay aquí otros mozalbetes, más de diez mil, que escriben tragedias y son un estadio más locuaces que Eurípides?  
**Dioniso.** - Esos son redrojos, charlatanes, garrulería de golondrinas, ruina del arte, que tan pronto como obtienen un coro y hacen sus primeros pinillos en la tragedia, caen sin más extenuados. Pero un poeta fecundo, capaz de decir una palabra notable, no lo encontrarás por más que lo busques.  
**Heracles.** - ¿Cómo fecundo?  
**Dioniso.** - Sí, fecundo, y que pronuncie algo atrevido como "Éter, casita de Zeus" o "el pie del tiempo" o "el corazón no quiere jurar por las víctimas, pero la lengua perjura aparte del corazón".  
**Heracles.** - ¿Y esas cosas te gustan?  
**Dioniso.** - Estoy más que chiflado por ellas.  
**Heracles.** - Pero tú mismo reconoces que son necedades.  
**Dioniso.** - No habites en mi espíritu; ya tienes tu casa.  
**Heracles.** - Pues bien, todo esto me parece sin arte y malísimo.  
**Dioniso.** - Enséñame a comer.  
**Jantias.** - ¡Y acerca de mí, ni una palabra!  
**Dioniso.** - Pero he venido con esta indumentaria, a imitación tuya. para que me indiques, por si tengo necesidad, a los huéspedes de que te serviste cuando fuiste a buscar al Cerbero. Dímelos, así como los puertos, panaderías, lupanares, paradores, posadas, fuentes, caminos, ciudades, residencias, hostales en donde haya menos chinchas.  
**Jantias.** - ¡Y acerca de mí ni una palabra!  
**Heracles.** - ¡Oh desgraciado! ¿Te atreverás a ir?  
**Dioniso.** - Sí, y tú ni una palabra en contra, sino explícame por qué camino más corto podríamos llegar al Hades, allí abajo. Y dime uno que no sea ni demasiado caliente ni demasiado frío.  
**Heracles.** - Veamos, ¿cuál te indicaré primero, cuál? Hay uno por medio de una cuerda y un taburete, y te cuelgas.

**Dioniso.**- Basta; hablas de uno asfixiante.  
**Heracles.**- Pero hay un sendero muy corto y trillado: el del mortero.  
**Dioniso.**- ¿Te refieres a la cicuta?  
**Heracles.**- Precisamente.  
**Dioniso.**- Es frío y glacial. Al punto se hielan las piernas.  
**Heracles.**- ¿Quieres que te indique uno rápido y en pendiente?  
**Dioniso.**- Sí, por Zeus. porque no soy andarín.  
**Heracles.**- Entonces, desciende al Cerámico.  
**Dioniso.**- ¿Y luego?  
**Heracles.**- Sube a la alta torre.  
**Dioniso.**- ¿Y qué hago?  
**Heracles.**- Vigila el momento del lanzamiento de la antorcha, y cuando los espectadores digan lanzadla, te arrojas tú mismo.  
**Dioniso.**- ¿Adónde?  
**Heracles.**- Abajo.  
**Dioniso.**- Pero me rompería la masa encefálica. No tomaré este camino.  
**Heracles.**- ¿Cuál pues?  
**Dioniso.**- Aquel por donde tu descendiste antaño.  
**Heracles.**- Pero la travesía es larga. Pues en seguida encontrarás un lago inmenso y muy profundo.  
**Dioniso.**- ¿Y cómo lo atravesaré?  
**Heracles.**- En un botecillo un viejo barquero te pasará mediante el pago de dos óbolos.  
**Dioniso.**- ¡Oh, qué gran poder tienen en todas partes los óbolos! ¿Cómo han llegado también allí?  
**Heracles.**- Teseo los llevó. Después verás serpientes y fieras terribles, a miles.  
**Dioniso.**- No trates de espantarme y atemorizarme; no me disuadirás.

#### PLUTO O LA RIQUEZA

*Esta obra pertenece a la Comedia Media, a la transición entre la Antigua y la Nueva. Crémilo pregunta a Apolo si su hijo ha de ser honrado como él o un bellaco; el dios responde que siga al primer mortal que vea. Esto hace resultando ser un ciego, que es en sí la Riqueza. Ya conociendo a su compañero, le promete curarle a cambio de dinero, llevándolo al dios Asclepio. Por el camino aparece la pobreza que les indica sus argumentos. Asclepio curó la ceguera a Pluto y éste empieza a enriquecer sólo a los justos: llegan las quejas de los demás. Aquí tenemos a una vieja que va a quejarse al dios Pluto por el cambio que ha dado su vida tras la curación de su ceguera.*

**La vieja.**- ¡Oh queridos ancianos! ¿Hemos llegado realmente a la casa de este nuevo dios o hemos equivocado el camino?  
**El coro.**- Sabe que has llegado a las mismas puertas, oh jovencita, que preguntas tan lindamente.  
**La vieja.**- Veamos, pues, llamaré a alguno de la casa.  
*(En aquel momento sale Crémilo)*  
**Crémilo.**- No es preciso, pues yo espontáneamente he salido. Pero sería menester que dijeras qué motivo te trae aquí.  
**La vieja.**- Estoy sufriendo cosas terribles e inicuas, oh querido. Porque desde que este dios empezó a ver me ha hecho la vida insoportable.  
**Crémilo.**- ¿Cómo es eso? ¿Acaso tú también eras un sicofanta entre las mujeres?  
**La vieja.**- No, por Zeus, no ciertamente.  
**Crémilo.**- Entonces, sin ser designada por la suerte, bebías en tu sección.  
**La vieja.**- Tu te burlas. Pero yo, desgraciada, tengo una gran comezón.  
**Crémilo.**- ¿Dirás finalmente cuál es ese desasosiego?  
**La vieja.**- Escucha, pues. Mi amor era un jovencito, pobre, es verdad, pero de una figura agradable, bello y honrado. Si yo tenía necesidad de algo, lo hacía todo por mí, correcta y graciosamente. Yo, por mi parte, le devolvía toda clase de servicios.  
**Crémilo.**- ¿Y qué era lo que te pedía principalmente cada vez?  
**La vieja.**- No mucho, porque era extraordinariamente vergonzoso conmigo. Así en cierta ocasión me pidió veinte dracmas de plata para un vestido; en otra, ocho para unos zapatos; para sus hermanas también me pidió que les comprara una túnica, y para su madre un vestidito; otra vez necesitó cuatro fanegas de trigo.  
**Crémilo.**- No es mucho, a la verdad, por Apolo, todo lo que dices. Evidentemente sentía vergüenza ante ti.  
**La vieja.**- Y además no me pedía estas cosas por codicia, solía decir, sino por amistad, a fin de que llevando mi vestido se acordara de mí.  
**Crémilo.**- Hablas de un hombre extraordinariamente enamorado.  
**La vieja.**- Pero el infame no tiene la misma disposición de ánimo, sino que ha cambiado por completo. Porque yo le había enviado este pastel y las otras golosinas que están en esta fuente, sugiriéndole que iría por la noche...  
**Crémilo.**- ¿Y qué hizo? Dímelo.  
**La vieja.**- Me los ha devuelto añadiendo este pastel de leche, con la condición de que no vaya nunca más por allí. Y además, al mandármelos ha dicho: "En otro tiempo eran valerosos los milesios".  
**Crémilo.**- Evidentemente que en cuanto al carácter no era un muchacho perverso. Después que es rico, ya no le gustan las lentejas; antes, a causa de la pobreza comía de todo.  
**La vieja.**- Antes, ciertamente, todos los días, por las dos diosas, venía siempre a mi puerta.  
**Crémilo.**- ¿Para el entierro?  
**La vieja.**- No, por Zeus. sino sólo por el deseo de escuchar mi voz.  
**Crémilo.**- *(Aparte)* Para recibir, sin duda.  
**La vieja.**- Y, por Zeus, si me veía triste, se llamaba tiernamente: "Mi patito, mi palomita".  
**Crémilo.**- *(Aparte)* Y después tal vez te pediría para unos zapatos.  
**La vieja.**- Una vez en los grandes Misterios, por Zeus, alguien me miró en el carro en que iba; a causa de esto, me estuvo pegando todo el día. ¡Tan celoso era el jovencito!  
**Crémilo.**- *(Aparte)*- Le gustaba, según parece, comer solo.  
**La vieja.**- Y decía que tenía unas manos hermosísimas...  
**Crémilo.**- *(Aparte)* Cuando le alargaban veinte dracmas.  
**La vieja.**- Y que era dulce el olor de mi piel.

**Crémilo.**- *(Aparte)* Si tú derramabas vino de Tasos, naturalmente, por Zeus.

**La vieja.**- Y que tenía la mirada dulce y bella.

**Crémilo.**- *(Aparte)* No era lerdo, el hombre; sabía devorar las provisiones de una vieja impúdica.

**La vieja.**- En esto, pues, el dios, oh querido, no obra rectamente, ya que pretende ayudar siempre a los que son víctimas de una injusticia.

**Crémilo.**- ¿Qué quieres, pues, que haga? Dilo y será cumplido.

**La vieja.**- Es justo, por Zeus, obligar al que de mí ha recibido tantos favores, a hacérmelos a su vez. ¿O es justo que yo no tenga el menor bien?

**Crémilo.**- ¿Acaso no te correspondía cada noche?

**La vieja.**- Pero afirmaba que no me abandonaría jamás mientras yo viviera.

**Crémilo.**- Perfectamente. Pero ahora cree que ya, no existes.

**La vieja.**- Porque estoy consumida de pena, queridísimo.

**Crémilo.**- *(Aparte)*- No, sino putrefacta, por lo que me parece.

**La vieja.**- Me podrías hacer pasar por un anillo.

**Crémilo.**- *(Aparte)* Si el anillo fuera el aro de una criba.

*(Por la derecha llega un joven, coronado y llevando una antorcha)*

**La vieja.**- Precisamente se acerca el jovencito, del que hace rato me estoy quejando. Parece que se dirige a un festín.

**Crémilo.**- Así parece; al menos viene con coronas y una antorcha.

**El joven.**- *(Dirigiéndose a la vieja)* Te saludo.

**La vieja.**- ¿Qué dice?

**El joven.**- Antigua amiga, has encanecido rápidamente, por el cielo.

**La vieja.**- ¡Desgraciada de mí, que soy ultrajada de tal suerte!

**Crémilo.**- Parece que te ve después de mucho tiempo.

**La vieja.**- ¿De qué tiempo, desgraciado, si ayer estuvo conmigo?

**Crémilo.**- Le ocurre, sin duda, lo contrario que a muchos: la embriaguez, según parece, le vuelve la vista más aguda.

**La vieja.**- No, sino que siempre se ha mostrado de carácter intemperante.

**El joven.**- ¡Oh, Posidón del mar y viejas divinidades, cuántas arrugas tiene en la cara! *(La mira acercando la antorcha)*

**La vieja.**- ¡Ah, ah! No me acerques le antorcha.

**Crémilo.**- *(Aparte)* Con todo, tiene razón. Porque si le alcanza una sola chispa, arderá como una vieja rama de olivo.

**El joven.**- ¿Quieres jugar un instante conmigo?

**La vieja.**- ¿En dónde, insolente?

**El joven.**- Aquí, con nueces.

**La vieja.**- ¿A qué juego?

**El joven.**- A acertar... cuántos dientes tienes.

**Crémilo.**- También yo tomaré parte en el juego. Tiene tal vez tres o cuatro.

**El joven.**- Paga, porque tiene sólo una muela.

**La vieja.**- ¡Oh, el más insolente de los hombres! Me parece que no estás en tu sano juicio, por sacarme los trapos a la colada delante de tanta gente.

**El joven.**- Saldrías ganando, con todo, si alguien te hiciera un buen lavado.

**Crémilo.**- No, ciertamente, puesto que ahora está adulterada; pero si se le quita este albayalde, verás con claridad las arrugas de su rostro.

**La vieja.**- Viejo como eres, me parece que no estás en tus cabales.

**El joven.**- Quizá intenta seducirte y te toca creyendo que no te veo.

**La vieja.**- No, por Afrodita, no a mí, al menos, ¡oh tú, desvergonzado!

**Crémilo.**- No, por Hécate, no ciertamente. Tendría que estar loco. Pero, oh jovencito, no permito que aborrezcas a esta muchacha.

**El joven.**- Pero yo la quiero muchísimo.

**Crémilo.**- Y sin embargo te acusa.

**El joven.**- ¿Y de qué me acusa?

**Crémilo.**- De ser un insolente y decirle: "En otro tiempo eran valerosos los milesios".

**El joven.**- Yo no quiero por ella luchar contigo.

**Crémilo.**- ¿Por qué?

**El joven.**- Por respeto a tu edad. Porque a otro nunca le hubiera permitido hacer esto. Pero ahora, márchate contento, tomando a la muchacha.

**Crémilo.**- Conozco, conozco tu pensamiento. No consideras digno, tal vez, estar con ella.

**La vieja.**- ¿Y quién le podrá aguantar?

**El joven.**- Yo no podría tratar con una mujer estrujada por esas *(señalando al público)* trece mil personas.

**Crémilo.**- Sin embargo, puesto que tuviste a bien beber el vino, te es preciso también apurar las heces. Entra dentro.

**El joven.**- Por cierto, quiero entrar para consagrar al dios estas coronas que llevo.

**La vieja.**- Y yo también quiero decirle algo.

**El joven.**- Pues yo no entro.

**Crémilo.**- Tranquilízate, no temas. Ella no empleará la violencia.

**El joven.**- Has hablado muy bien. Porque hace bastante tiempo que la he embadurnado con pez.

**La vieja.**- Anda. Yo entro detrás tuyo.

**Crémilo.**- ¡Cuán fuertemente, oh Zeus rey, la viejecita, como una lapa, se pega al jovenzuelo!

*(Danza del coro)*

## LAS AVISPAS

*Nos encontramos ante una comedia política, en donde ataca a Cleón. Aparece una oposición entre los jóvenes y los viejos, actuando éstos últimos como avispas en su papel de jueces. A ellos se opone el joven héroe, inteligente y moderado. Es el mundo al revés. En el siguiente fragmento el esclavo Jantias expone el mal que aqueja al viejo Filocleón.*

**Jantias.** - "Así delira: y aunque le dan consejos, cada vez juzga más". A éste es al que guardamos con cerrojos, después de atarlo, para que no se nos escape. Porque su hijo esta abrumado por su enfermedad. Primero le daba ánimos con sus palabras y quería convencerle de no llevar la capa corta, ni salir fuera: pero él no hacía caso. Después, le daba baños y le purgaba, pero que nada. Luego, quería iniciarlo en los coribantes, pero él salía disparado con el pandero y se ponía a juzgar, cayendo sobre el Nuevo Tribunal. Cuando no sacó nada de estas ceremonias, le embarcó para Egina y luego le cogió de noche y le acostó en el templo de Asclepio, pero al anochecer ya estaba junto a la puerta del Tribunal. Desde entonces, ya no le dejábamos salir, pero él se escapaba por los desagües y las claraboyas; y nosotros todos los agujeros los llenamos con trapos Y los tapamos; pero él como una corneja se ponía perchas en el muro y de allí saltaba fuera. Pero nosotros hemos cubierto todo el patio con una red y montamos la guardia alrededor. El nombre del viejo es Filocleón -Amante de Cleón- y el del hijo que está ahí, por Zeus, Bdelicleón -Odiador de Cleón-. Tiene un modo de ser relinchante altanero.

**Bdelicleón.** - Jantias y Sosias, ¿estáis dormidos?

**Jantias.** - ¡Ay de mí!

**Sosias.** - ¿Qué pasa?

**Jantias.** - Bdelicleón se levanta.

**Bdelicleón.** - ¿No va a venir aprisa uno de los dos? Mi padre ha entrado en la cocina y corretea como un ratón, la cabeza gacha. Mira no se escape por el agujero de la bañera. Y tú estate junto a la puerta.

**Sosias.** - Eso haremos, amo.

**Bdelicleón.** - Señor Posidón, ¿qué ruido hace la chimenea? Tú, ¿quién eres?

**Filocleón.** - (*En la chimenea*) Soy el humo que salgo.

**Bdelicleón.** - ¿El humo? Veamos, ¿de qué madera eres tú?

**Filocleón.** - De higuera.

**Bdelicleón.** - Por Zeus, el más acre de los humos. ¿No te irás al infierno? ¿Y la tapadera? Métete otra vez: voy a ponerte encima un palo, también. Busca ahora ahí otro truco.

*Referencia a los viejos como avispero.*

**Bdelicleón.** - Desdichado, la raza de los viejos, si uno la irrita, es semejante a un avispero. Tienen un agujijón muy afilado en la rabadilla: con él pican y entre gritos saltan y hieren, cómo chispas.

**Sosias.** - No te preocupes: si tengo piedras espantaré a todo el avispero de viejos.

*Bdelicleón intenta evitar que su padre escape. Amenazas de agujijones.*

**Jantias.** - ¡Heracles! ¡Tienen agujijones! ¡No lo ves, amo?

**Bdelicleón.** - Con ellos remataron en el juicio a Filipo hijo de Gorgias.

**Corifeo.** - Y con los mismos te remataremos a ti. Dad la vuelta todos hacia aquí, desenvainad el agujijón, lanzaos contra él, preparados, en formación correcta, llenos de ira y valor, para que sepa en adelante a que enjambre ha irritado.

**Jantias.** - Es en verdad terrible, por Zeus, si vamos a luchar, pues al mirarlos tengo miedo de sus agujijones.

**Coro.** - Suelta a ese hombre, que si no, te digo que envidiarás la concha a las tortugas.

**Filocleón.** - Ea, jueces compañeros míos, avispas de corazón violento, volad unos airados cayendo sobre el culo, picadle otros en torno de los ojos y los dedos.

**Bdelicleón.** - Midas y Frigio y Masintias, venid aquí en ayuda, agarradle, no se lo dejéis a nadie; si no, metidos en unas grandes trabas, no almorzaréis nada. He oído ya muchas veces el ruido de las hojas de la higuera y lo conozco.

**Corifeo.** - Pues si no lo sueltas una cosa va a clavásete en el cuerpo.

**Bdelicleón.** - Héroe Cécrope, Señor, por la parte de los pies Dragóntides, ¿no ves que me sujetan de este modo unos bárbaros que yo enseñe a llorar lágrimas de a cuatro el litro?

**Corifeo.** - ¿No es verdad que a la vejez se le unen muchísimas desgracias? Bien claro: así ahora estos dos a su viejo amo le sujetan a la fuerza, sin acordarse de las viejas pieles de cabra y túnicas que este compraba para ellos ni de los gorros de perro; y ayudaba a sus pies en el invierno para que no se helaran a cada paso; pero éstos no tienen ni en sus ojos pudor por las viejas sandalias.

**Filocleón.** - ¿No me soltarás ni ahora, bestia infame?

*Sobre la tiranía.*

**Coro.** - Jamás, mientras quede algo de mí, pues que pretendes ser nuestro tirano.

**Bdelicleón.** - Todo es para vosotros tiranía y conjurados, sea grande, sea pequeña la cosa que uno critica ¡y no he escuchado ni su nombre en estos cincuenta años! Pero ahora está mucho mas barata que el escabeche, de modo que su nombre rueda por el mercado. Si uno compra percas y no quiere boquerones, en seguida dice el que vende al lado los boquerones: "Este individuo me parece que compra pescado para implantar la tiranía". Y si pide al vendedor un ajo como condimento para las sardinas la verdulera hace un guiño con un ojo y le dice: "Explícame, pides un ajo: ¿es para la tiranía o piensas que Atenas debe darte condimentos?"

**Jantias.** - También a mí ayer la puta cuando entré en su casa a mediodía porque le pedí que me cabalgara, irritándose contra mí me preguntó si es que intentaba restablecer la tiranía de Hipias.

**Bdelicleón.** - Estas son las cosas que estos gustan de oír, si es que ahora yo porque quiero que mi padre se deje de esa vida miserable de madrugones, sicofantas y pleitos y viva una excelente como Mórico, soy acusado de que hago esto porque soy un conspirador y pienso en la tiranía.

**Filocleón.** - Y con razón, por Zeus; porque yo ni leche de pájaro preferiría en vez de esta vida que me quieres quitar; y no disfruto con las lizas ni las anguilas, sino que con mayor gusto me comería un pequeño proceso, bien asado en una fuente.

**Bdelicleón.** - Es que, por Zeus, has cogido hábito de disfrutar con esas cosas. Pero si tienes el valor de estar callado y te enteras de lo que estoy diciendo espero convencerte de que te equivocas en todo eso.

*Juicio del perro.*

**Filocleón.** - ¿Quién es el acusado?

**Bdelicleón.** - (*Señalando al perro Ladrón, el general Laques*) Éste.

**Filocleón.** - ¡Cómo va a ser condenado!

**Bdelicleón.** - Escuchad la denuncia: "Ha denunciado un perro de Cídateneo a Ladrón de Exiona como culpable de injusticia porque se ha comido él solo el queso de Sicilia. Pena: un collar de madera de higuera".

**Filocleón.** - Es una muerte de perro, si resulta convicto.

**Bdelicleón.** - Aquí está Ladrón, el acusado.

**Filocleón.**- ¡Maldito! ¡Que ojos de bandido tiene, cómo cree que va a engañarme enseñándome los dientes! ¿Y dónde está el acusador, el perro de Cidateneo?

**Perro.**- ¡Au, au!

**Bdelicleón.**- Aquí está.

**Filocleón.**- Y ese otro es Ladrón.

**Bdelicleón.**- Bueno para ladrar...

**Filocleón.**-... Y para lamer las marmitas.

**Bdelicleón.**- Calla, estate sentado. (*Al perro*) Y tú sube y acusa.

**Filocleón.**- Vamos, yo voy al tiempo a servirme esto y a sorberlo.

**Perro.**- Escuchásteis, jueces, la denuncia que presenté contra ese. Nos ha hecho las peores cosas a mí y al "ripapaí". Porque se ha escapado a un rincón y ha sicileado un gran queso y se ha hinchado de él en lo oscuro...

**Filocleón.**- Sí por Zeus, es cosa clara. Acaba de echarme un horrible eructo apestando a queso, el maldito.

**Perro.**-... Y no me dio mi parte aunque se la pedí. Y, sin embargo, ¿quién podrá haceros un favor si no me echa también algo a mí, al Perro?

**Filocleón.**- Tampoco dio nada al Estado, a mí. Ese hombre quema, no menos que el puré.

**Bdelicleón.**- Por los dioses, no le condenes, padre, antes de oír a los dos.

**Filocleón.**- Amigo, el asunto está claro: grita el sólo.

**Perro.**- Así pues, no le absolváis, porque es el hombre más solitario de todos a la hora de comer: ¡ha navegado alrededor del mortero y se ha comido la corteza de las ciudades!

**Filocleón.**- ¡Y yo no tengo ni para componer el jarro del agua!

**Perro.**- Por tanto, castigadle, pues no podría una mata mantener ella sola a dos ladrones, para que yo no ladre en vano; y si no, en adelante no ladraré más.

## LA PAZ

*El coro intenta atraer a la diosa Paz, símbolo de felicidad y riqueza. Aquí tenemos la primera escena en la que se habla del escarabajo y su subida al cielo.*

**Esclavo 1.**- Dame, dame rápido una torta para el escarabajo.

**Esclavo 2.**- Ahí tienes. Dásela a ese maldito; y ojalá que nunca coma una torta más rica.

**Esclavo 1.**- Dame otra torta, amasada con estiércol de burro.

**Esclavo 2.**- Ahí tienes otra vez. ¿Dónde está la que acabas de llevarte? ¿Ya se la comió.

**Esclavo 1.**- Por Zeus, me la arrebató y se la tragó entera después de hacerla rodar con las dos patas. Haz rápido muchas y bien apretadas.

**Esclavo 2.**- Basureros, ayudadnos, por los dioses, si no queréis dejarme que me asfixie.

**Esclavo 1.**- Otra, dame otra, de un muchachito prostituido. Dice que la quiere bien molida.

**Esclavo 2.**- Toma. De una cosa al menos, señores, me parece que quedo absuelto: nadie va a decir que como mientras amaso.

**Esclavo 1.**- Vamos, dame otra y otra y otra y haz más todavía.

**Esclavo 2.**- Yo no, por Apolo; ya no soy capaz de asomarme a la sentina.

**Esclavo 1.**- Entonces voy a coger la misma sentina y a meterla dentro.

**Esclavo 2.**- Sí, por Zeus, llévasela a los cuervos, y a ti mismo de paso. Si alguno de vosotros sabe dónde puedo comprar una nariz sin agujerear, que me lo diga. Pues resulta que no hay oficio más miserable que dar de comer a un escarabajo, amasándole la comida. Un cerdo, según uno caga, y lo mismo un perro, tranquilamente se lo traga; pero éste, en su petulancia, se hace el fino y no se digna comer si no le sirvo, después de machacarla todo el día, una torta bien amasada, como a una mujer. Pero voy a mirar si ha dejado de comer; entreabriré la puerta, para que no me vea. Devora, no dejes de comer hasta que reventes sin darte cuenta. ¡Cómo come el maldito con la cabeza gacha como un luchador, moviendo las muelas para los lados, haciendo girar así la cabeza y las dos manos igual que los que trenzan los cables gruesos para los barcos de carga! Es Un bicho asqueroso y maloliente y tragón y no sé de cuál de los dioses es este regalito. No me parece que sea de Afrodita ni de las Gracias.

**Esclavo 1.**- ¿Pues de quién es?

**Esclavo 2.**- No es posible que este monstruo no sea de Zeus Mierdeante.

**Esclavo 1.**- Seguro que ahora ya algún espectador estará diciendo, un jovencito que se cree listo: "¿Qué historia es ésta? ¿A qué el escarabajo?". Y un jonio sentado al lado va y le dice: "Me parece que esto apunta a Cleón, según la desvergüenza con que ese animal se come la caca." Pero voy a entrar y a dar de beber al escarabajo.

**Esclavo 2.**- Pues yo voy a contarles el asunto a los chicos y a los hombreritos y a los hombres y a los más eminentes hombres y a los superhombres esos todavía. Mi amo está loco con una locura nueva, no con la que vosotros, sino con otra completamente nueva. Todo el día está así mirando al cielo con la boca abierta e insulta a Zeus y dice: "Zeus, ¿qué te propones hacer? Deja la escoba; no vacíes a escobazos a Grecia." ¡Eh, eh! Callaos, me parece que oigo una voz.

**Trigeo.**- (*Desde dentro*) Oh Zeus, ¿qué quieres hacer a nuestro pueblo? Sin darte cuenta vas a desgranar nuestras ciudades.

**Esclavo 2.**- Ésta, ésta es la calamidad que yo decía: ya oísteis un ejemplo de sus locuras. Pero os vais a enterar de lo que dijo antes cuando le empezó la bilis: "¿Cómo podría yo llegar derechamente a Zeus?". Luego se puso a fabricar una escalerita muy endeble y en seguida intento hacerse para arriba, hacia el cielo, hasta que se cayó y se rompió la cabeza. Ayer, después de eso, se fue en mala hora no sé a dónde y se trajo un gigantesco escarabajo del Etna, y luego me forzó a hacerle de caballerizo y a almohazarlo como si fuera un potro. Dijo: "Oh Pegásico noble volátil, llévame en vuelo derecho a Zeus". Pero voy a ver qué hace, metiendo la cabeza por aquí. (*Mira por la puerta entornada*) ¡Desdichado de mí! Venid, venid, vecinos, que mi amo se levanta en el aire, a caballo sobre el escarabajo.

*(Aparece sobre el gran escarabajo. Una grúa eleva al escarabajo lentamente)*

**Trigeo.**- Despacio, despacio, jamelgo, no marches veloz en exceso ya ahora, fiado en tus fuerzas, antes de que sudés y aflojes, batiendo las alas, tus músculos. Ni echés mal aliento, te imploro. Pues si eso me haces, te quedas aquí en nuestra morada.

**Esclavo 2.**- Dueño y señor, ¡cómo deliras!

**Trigeo.**- Cállate, calla.

**Esclavo 2.**- ¿A dónde te elevas en vano?

**Trigeo.**- Por todos los griegos yo vuelo, he maquinado nueva audacia,

**Esclavo 2.** - ¿Por qué ese vuelo, esa locura?

**Trigeo.** - Sed reverentes, nada frívolo gruñáis, lanzad clamores faustos; decid a la gente que calle, que basureros y desagües los tapen con nuevos ladrillos y que los culos cierren.

**Esclavo 2.** - No hay forma de que me calle, que no me digas a dónde piensas volar.

**Trigeo.** - ¿A dónde si no en dirección a Zeus y al cielo?

**Esclavo 2.** - ¿Con qué intención?

**Trigeo.** - Para preguntarle qué es lo quiere hacer con todos los griegos.

## LAS AVES

*Sátira contra las complicaciones de la vida en una gran ciudad como Atenas. El tema es una fantasía poética: fundación de la nueva ciudad en los aires y sátira de los personajes interesados. Aquí Pistetero y Evelpides llaman a concentración a todas las aves.*

**Pistetero.** - ¡Oh Posidón! ¿No ves qué espantosa cantidad de aves?

**Evelpides.** - Señor Apolo, ¡qué nube! Tantos volando no dejan ver ni la entrada del teatro.

**Pistetero.** - Ésta es una perdiz.

**Evelpides.** - Y aquél, por Zeus, un francolín.

**Pistetero.** - Ésta es una cerceta.

**Evelpides.** - Y aquél, un alción.

**Pistetero.** - ¿Y el de detrás?

**Evelpides.** - ¿El de detrás? Un barbero.

**Pistetero.** - ¿El barbero es un pájaro?

**Evelpides.** - ¿No esta hecho uno bueno Espórgilo?

**Pistetero.** - Y esta es una lechuza.

**Evelpides.** - ¿Qué dices? ¿Quién llevó lechuzas a Atenas?

**Abubilla.** - Una urraca, una tórtola, una alondra, una curruca, un triguero, una paloma, un halcón, un azor, una zurita, un cuco, una torcaz, un reyezuelo, una polla sultana, un cernícalo, un somormujo, un pardillo, un quebrantahuesos, un pico carpintero...

**Pistetero.** - ¡Oh, Oh! ¡Qué de pájaros!

**Evelpides.** - ¡Oh, Oh! ¡Qué de mirlos!

**Pistetero.** - ¡Cómo pían y corren chillando!

**Evelpides.** - ¿Es que nos amenazan?

**Pistetero.** - Están con el pico abierto y nos miran a ti y a mí.

**Evelpides.** - Eso mismo me parece.

**Corifeo.** - ¿Dó, dó, dó, dó, dó, dónde está el que me llamó? ¿Dónde reside?

**Abubilla.** - Yo soy; hace rato que estoy aquí y no abandono a los amigos.

**Corifeo.** - ¿Qué, qué, qué, qué, qué, qué, qué palabras amistosas tienes para mí?

**Abubilla.** - De interés general, seguras, justas, agradables, útiles. Pues dos sutiles pensadores han venido a mí.

**Corifeo.** - ¿Dónde están? ¿Cómo dices?

**Abubilla.** - Os digo que de los hombres han llegado a mí dos ancianos; y traen los cimientos de un plan gigantesco.

**Corifeo.** - Nadie ha incurrido en mayor desatino desde que nació. ¿Qué es lo que me dices?

**Abubilla.** - No te asustes tan pronto.

**Corifeo.** - ¿Qué has hecho de nosotros?

**Abubilla.** - He recibido a dos hombres deseosos de nuestra compañía.

**Corifeo.** - ¿Y has hecho eso?

**Abubilla.** - Y me alegro de haberlo hecho.

**Corifeo.** - ¿Y están ya entre nosotros?

**Abubilla.** - Tan seguro como que estoy yo.

**Coro.** - ¡Ay, ay! Sufrimos traición, nos han hecho infamia. El que era un amigo y en los mismos prados buscaba alimento violó nuestras leyes antiguas, violó los juramentos de las aves. Me ha atraído a una trampa, me ha entregado a una raza impía, que desde siempre me ha sido enemiga.

**Corifeo.** - Pero más tarde arreglaremos nuestras cuentas con él; ahora me parece lo mejor que estos dos viejos sufran castigo y sean despedazados por nosotros.

*Entre quienes aparecen en la nueva ciudad, uno, Metón, quiere medirla y parcelarla.*

**Metón.** - Vengo a vuestra ciudad...

**Pistetero.** - ¡Otra calamidad! ¿A qué? ¿Qué te propones? ¿Cuál es la intención, cuál es el coturno... de tu viaje?

**Metón.** - Quiero parcelar el aire y dividirlo en yugadas.

**Pistetero.** - ¡Por los dioses! ¿Y quién eres tú?

**Metón.** - ¿Que quién soy? Metón, a quien conoce Grecia... ¡Y hasta Colono!

**Pistetero.** - Pero, dime, ¿qué es esto?

**Metón.** - Cordeles para medir el aire. El aire, sábelo bien, tiene la forma de un horno, más o menos. Pongo encima este cordel curvado, aplico el compás... ¿comprendes?

**Pistetero.** - No comprendo.

**Metón.** - Tomaré las medidas con un cordel puesto en línea recta, inscribiendo el círculo en un cuadrado; en medio estará la plaza, a la que llevarán vías directas y, como de una estrella, pues será circular, por todas partes saldrán de ella los rayos, espléndidas calles rectas.

**Pistetero.** - ¡Este hombre es un Tales! ¡Metón!

**Metón.** - ¿Qué?

**Pistetero.** - Estate seguro de que te estimo. Pues bien: hazme caso y apártate del camino.

**Metón.** - ¿Qué peligro amenaza?

**Pistetero.** - Como en Lacedemonia, algunos expulsan a los ciudadanos y están revueltos. Hay muchos golpes en la ciudad.

**Metón.** - ¿Estáis en discordia civil?

**Pistetero.**- No, por Zeus.  
**Metón.**- ¿Qué ocurre entonces?  
**Pistetero.**- Se ha decidido que la emprenderemos juntos a golpes con todos los charlatanes.  
**Metón.**- Entonces, voy a retirarme.  
**Pistetero.**- Por Zeus, no sé si tendrás tiempo de adelantarte, porque los golpes ya llegan.  
**Metón.**- ¡Ay de mí!  
**Pistetero.**- ¿No te lo decía hace rato? ¿No vas a medirte a ti mismo yéndote a otra parte?  
(*Metón huye*)

*Un mensajero cuenta a Pistetero cómo los pájaros han acabado las murallas de la nueva ciudad.*

**Mensajero.**- ¿Dó, dó está, dó dó dó está, dó dó dó dó está, dónde está Pistetero, nuestro jefe?  
**Pistetero.**- Aquí estoy.  
**Mensajero.**- Tienes la muralla acabada.  
**Pistetero.**- ¡Magnífico!  
**Mensajero.**- Bella obra y esplendorosa. Hasta el punto de que Proxenides el charlataniense y Teógenes yendo de frente con dos carros con caballos tan grandes como el de Troya podrían cruzarse.  
**Pistetero.**- ¡Heracles!  
**Mensajero.**- Y su altura, yo la he medido, es de cien brazas.  
**Pistetero.**- ¡Oh Posidón, qué altura! ¿Quiénes la han construido tan alta?  
**Mensajero.**- Los pájaros, nadie más; no estaba el egipcio portador de ladrillos, ni el cantero, ni el carpintero; ellos solos lo hicieron, tanto, que me quedé pasmado. De Africa vinieron unas treinta mil grullas que se habían tragado piedras para los cimientos; los rascones las tallaron con los picos. Diez mil cigüeñas fabricaban ladrillos y las avefrías y otras aves de río subían agua de abajo al aire.  
**Pistetero.**- ¿Y quiénes les llevaban barro?  
**Mensajero.**- Las garzas con cubos.  
**Pistetero.**- ¿Y cómo echaban el barro en los cubos?  
**Mensajero.**- Esto, querido, lo discurrieron muy ingeniosamente: las ocas, cogiéndolo como con palas, lo echaban a los cubos con las dos patas.  
**Pistetero.**- ¡Qué no podrían hacer las patas!  
**Mensajero.**- Y los patos, con mandiles, llevaban los ladrillos; y las golondrinas volaban llevando a la espalda la llana, como si fuera su cría, y el barro en el pico.  
**Pistetero.**- ¿Quién contratará ya obreros en adelante? Dime: y la parte de madera de la muralla, ¿quiénes la construyeron?  
**Mensajero.**- Había carpinteros muy enterados, los picos verdes, que tallaron las puertas con los picos, y el ruido que hacían era como en un astillero. Ahora todo aquello está provisto de puertas y tiene cerrojos y está guardado todo alrededor; se hacen rondas, se lleva la esquila, hay centinelas y señales de fuegos nocturnos en las torres. Pero yo voy a quitarme el polvo del camino; tú haz lo que queda.

*Los hombres-aves quieren también imponerse a los dioses.*

**Pistetero.**- ¿Por qué puerta entraste en la muralla, maldita?  
**Iris.**- No sé yo, por Zeus, por qué puerta.  
**Pistetero.**- ¿No oyes cómo se hace la ignorante? ¿Te has presentado a los jefes de los grajos? ¿No hablas? ¿Te han dado las cigüeñas algún pase autorizado con su sello?  
**Iris.**- ¿Que tonterías son esas?  
**Pistetero.**- ¿No te lo dieron?  
**Iris.**- ¿Estas bien de la cabeza?  
**Pistetero.**- ¿Y ningún jefe de pájaros te dio salvoconducto?  
**Iris.**- Por Zeus, nadie me ha dado nada, amigo.  
**Pistetero.**- Y entonces, ¿vuelas así sin hacer ruido por la ciudad ajena y por el espacio?  
**Iris.**- ¿Por qué otro sitio vamos a pasar los dioses?  
**Pistetero.**- No lo sé yo, por Zeus; pero por aquí no. Estás obrando contra la ley. ¿No sabes que habrías muerto más justamente que todas las Iris si te hubieran dado tu merecido?  
**Iris.**- Pero ¡si soy inmortal!  
**Pistetero.**- De todos modos habrías muerto. Pues sufriremos una indignidad, pienso yo, si mandamos sobre los demás, pero vosotros, los dioses, os indisciplináis y no os dais cuenta de que ahora os toca obedecernos a nosotros, que somos más fuertes. Pero, dime, ¿a qué puerto conduces tus alas?  
**Iris.**- ¿Yo? Vuelo hacia los hombres enviada por mi padre para decirles que hagan sacrificios a los dioses olímpicos, inmolen carneros y bueyes en las aras y llenen las calles del olor de la grasa de las víctimas.  
**Pistetero.**- ¿Qué dices? ¿A qué dioses?  
**Iris.**- ¿Que a qué dioses? A nosotros, los del cielo.  
**Pistetero.**- ¿Vosotros sois dioses?  
**Iris.**- ¿Pues qué otro es dios?  
**Pistetero.**- Las aves son ahora dioses para los hombres y a ellas han de sacrificar, pero, por Zeus, no a Zeus.  
**Iris.**- (*Declamando*) Loco, loco, no tienes de los dioses la ira fatal, no sea que, con el rayo de Zeus, Justicia tu linaje mate y que el humo tu cuerpo y que tu casa haga carbón con sus licimnios rayos.  
**Pistetero.**- Oye, tú; déjate de fanfaronadas; estate quieta. Ea, ¿crees que con decir eso me asustas con el coco como a un licio o a un cario? ¿No sabes que si Zeus sigue fastidiándome, su techo y la morada de Anfión he de quemar con aves incendiarias, y que enviaré porfiriones al cielo, pájaros vestidos con piel de pantera, más de seiscientos? En cierta ocasión un tal gigante Porfirión dio a los dioses que hacer él solo. Y tú, si sigues dándome la lata, voy a estirar las piernas y atravesar los muslos a la propia Iris; te quedarás asombrada de que, aunque viejo, todavía me pongo en erección como tres espolones.  
**Iris.**- ¿No reventarás, buen hombre, con tus disparates?  
**Pistetero.**- ¿No sales corriendo? ¡Deprisa! ¡Fuera, fuera!  
**Iris.**- Mi padre Zeus reprimirá tu insolencia.

## LISÍSTRATA

*Enfrentamiento entre hombres y mujeres, capitaneadas éstas por Lisístrata, que culmina en la reconciliación final entre los dos sexos. Las mujeres se quejan de que los hombres estén siempre guerreando descuidando de sus "obligaciones sexuales" como maridos. Aquí Lisístrata expone su plan: como los hombres siempre están guerreando, van a ser castigados con la abstinencia sexual.*

**Cleónica.**- Sí, querida, dime que es esa cosa importante que te traes.

**Lisístrata.**- Voy a decíroslo. Pero antes de decirlo, voy a preguntaros una cosita pequeña.

**Cleónica.**- Lo que tú quieras.

**Lisístrata.**- ¿NO echáis de menos a los padres de vuestros niños, que están lejos en campaña? Porque sé de sobra que todas tenéis lejos al marido.

**Cleónica.**- El mío hace cinco meses, mi pobre amiga, que está en Tracia vigilando a Eúcrates .

**Mirrina.**- Y el mío lleva siete meses enteros en Pilo.

**Lámpito.**- Y el mío, si viene alguna vez de su unidad, agarra el escudo y se marcha volando.

**Lisístrata.**- No queda ni una chispita ya de amante. Desde que nos han traicionado los milesios no he visto ni un consolador de ocho dedos que pudiera sernos un alivio de cuero. ¿Queréis entonces, si encuentro una artimaña, poner fin conmigo a la guerra?

**Cleónica.**- Por las dos diosas, yo bien querría, aunque tuviera que privarme de este vestido... y bebérmelo hoy mismo.

**Mirrina.**- Yo por mi parte, aunque me quedara como una platija, bien querría dar la mitad de mí misma, cortándome en dos.

**Lámpito.**- Yo hasta subiría arriba, al Taigeto, si es que voy a ver la paz.

**Lisístrata.**- Voy a hablar ya: porque el plan no debe quedar oculto. Nosotras, mujeres, si vamos a forzar a los hombres a hacer la paz, debemos abstenernos...

**Cleónica.**- ¿De qué? Dínoslo.

**Lisístrata.**- ¿Vais a hacerlo?

**Cleónica.**- Lo haremos, aunque tengamos que morirnos.

**Lisístrata.**- Pues bien, debemos abstenernos del cipote. ¿Por qué volvéis los ojos? ¿Dónde vais? Vosotras, ¿por qué chistáis y fruncís las cejas? ¿Por qué se os ha mudado el color? ¿Por qué os corren las lágrimas? ¿Lo vais a hacer o no lo vais a hacer? ¿Por qué calláis?

**Cleónica.**- No soy capaz de hacerlo: la guerra continúe.

**Mirrina.**- Ni yo, por Zeus, la guerra continúe.

**Lisístrata.**- ¿Eso dices, platija? Hace un momento aseguraste que ibas hasta a cortarte la mitad.

**Cleónica.**- Otra cosa, otra, la que quieras. Si es preciso, estoy dispuesta a marchar por medio del fuego. Esto antes que el cipote: no hay cosa como él, querida Lisístrata. **Lisístrata.**- ¿Y tú?

**Mirrina.**- Yo también prefiero a través del fuego.

**Lisístrata.**- ¡Oh requeteputa toda nuestra raza! No en vano hacen de nosotras las tragedias: no somos otra cosa que "Posidón y barcos". Pero, querida laconia, pues con que tú sola te pongas de mi parte, podemos salvar aún el asunto, vota conmigo.

**Lámpito.**- Difícil, por las dos diosas, es que las mujeres duerman solas sin un miembro descapullado. Pero a pesar de todo: pues la paz nos hace mucha falta.

**Lisístrata.**- Queridísima, eres de entre éstas la única mujer.

**Cleónica.**- Y si nos abstuviéramos lo más del mundo de eso que tú dices, ¡ojalá no sea así!, ¿por eso va a haber más paz?

**Lisístrata.**- Mucho más, por las dos diosas. Si nos quedáramos en casa bien pintadas y nos paseáramos desnudas en nuestras camisetas transparentes de Amorgos, con el triángulo depilado, y los hombres se pusieran calientes y quisieran acostarse con nosotras y no nos dejáramos sino que nos priváramos de ello, harían la paz en seguida, lo sé bien.

**Lámpito.**- Así Menelao cuando vio, pasando a su lado, las manzanas de Helena desnuda, tiró la espada, según dicen.

**Cleónica.**- ¿Y qué si los hombres nos abandonan, amiguita?

**Lisístrata.**- Lo de Ferecrates, "despellejar una perra ya despellejada".

**Cleónica.**- Son tontería esas imitaciones. ¿Y si nos cogen a la fuerza y nos meten a la fuerza en la alcoba?

**Lisístrata.**- Agárrate a la puerta.

**Cleónica.**- ¿Y si pegan?

**Lisístrata.**- Hay que dejarse malamente mal, porque no hay placer en las cosas a la fuerza. Y hay además que hacerles daño: descuida, pronto lo dejaran. Porque un hombre nunca tendrá placer si no va de acuerdo con la mujer.

**Cleónica.**- Pues si a vosotras dos os parece esto bien, también nosotras estamos de acuerdo.

*Juramento que hacen las mujeres.*

**Lisístrata.**- Poned todas vuestra mano en la copa, Lámpito; y que una diga en vuestro nombre lo que yo diga primero. Y todas juraréis esto y lo haréis firme: No hay amante ni marido...

**Cleónica.**-...No hay amante ni marido...

**Lisístrata.**-...que se me acerque en erección. Repite.

**Cleónica.**-...que se me acerque en erección. Ay, se me aflojan las rodillas, Lisístrata.

**Lisístrata.**- Y en casa, sin mi toro, viviré...

**Cleónica.**- Y en casa, sin mi toro, viviré...

**Lisístrata.**-...con mi vestido de azafrán y acicalada...

**Cleónica.**-...con mi vestido de azafrán y acicalada...

**Lisístrata.**-...para que mi marido se incendie más y más.

**Cleónica.**-...para que mi marido se incendie más y más.

**Lisístrata.**- Y jamás, de mi grado, daré gusto a mi marido.

**Cleónica.**- Y jamás, de mi grado, daré gusto a mi marido.

**Lisístrata.**- Pero si él por la fuerza me violenta, sin desearlo yo...

**Cleónica.**- Pero si él por la fuerza me violenta, sin desearlo yo...

**Lisístrata.**-...me dejaré malamente y no me moveré con él.

**Cleónica.**-...me dejaré malamente y no me moveré con él.

**Lisístrata.**- No levantaré mis zapatillas hasta el techo...

**Cleónica.**- No levantaré mis zapatillas hasta el techo...  
**Lisístrata.**-...ni me pondré, leona a cuatro patas, sobre el rallador del queso.  
**Cleónica.**-...ni me pondré, leona a cuatro patas, sobre el rallador del queso.  
**Lisístrata.**-Si cumplo esto, pueda beber de ahí...  
**Cleónica.**- Si cumplo esto, pueda beber de ahí...  
**Lisístrata.**-...Mas si perjuro, que la copa se llene de agua.  
**Cleónica.**-...mas si perjuro, que la copa se llene de agua.  
**Lisístrata.**- ¿Juráis esto también todas vosotras?  
**Todas.**- Sí, por Zeus.

*Las mujeres flaquean aisladas en la Acrópolis por el deseo de sus maridos.*

**Corifeo de las mujeres.**- ¿Por que sales sombría del palacio?  
**Lisístrata.**- Las acciones de mujeres malvadas, su cerebro de hembras hacen que, en mi desánimo, pasee arriba y abajo.  
**Corifeo de las mujeres.**- ¿Qué me dices? ¿Qué me dices?  
**Lisístrata.**- La verdad, la verdad.  
**Corifeo de las mujeres.**- ¿Qué cosa grave ocurre? Díselo a tus amigas.  
**Lisístrata.**- Vergonzoso es decirlo; callar, duro  
**Corifeo de las mujeres.**- No me ocultes la desgracia que sufrimos.  
**Lisístrata.**- Tenemos ganas de joder, para decirlo lo mas breve.  
**Corifeo de las mujeres.**- ¡Oh Zeus!  
**Lisístrata.**- ¿Por qué clamas a Zeus? Pero así son las cosas. Yo ya no soy capaz de apartarlas de los hombres: se me escapan. A una la cogí anteayer cuando ensanchaba el pasadizo donde está la cueva de Pan; a otra cuando se descolgaba con un cabrestante; a otra cuando se pasaba al enemigo; a otra que planeaba ya bajar volando a casa de Orsiloco montada en un gorrión, la agarré ayer por los pelos. Ponen toda clase de pretextos para volverse a casa. Aquí viene una. Tú, ¿dónde vas corriendo?  
**Mujer A.**- Quiero ir a casa. En casa tengo lana de Mileto que se me está echando a perder por las polillas.  
**Lisístrata.**- ¿Qué polillas? ¿No vas a volverte?  
**Mujer A.**- En seguida volveré, por las dos diosas, en cuanto extienda sobre la cama...  
**Lisístrata.**- No extiendas nada ni te vayas a ningún sitio.  
**Mujer A.**- ¿Y voy a dejar que se me estropee la lana?  
**Lisístrata.**- Sí, si es preciso.  
**Mujer B.**- Pobre de mí, pobre por mi lino de Amorgos, me lo he dejado en casa sin pelar.  
**Lisístrata.**- Aquí está otra que sale a por el lino sin pelar. Vuélvete aquí.  
**Mujer B.**- Por Luminosa, en cuanto quite la piel, vuelvo en seguida.  
**Lisístrata.**- No, no quites la piel, pues si empiezas tú a hacer eso, otra mujer querrá hacer lo mismo.  
**Mujer C.**- Señora Ilítia, detén el parto hasta que llegue a un lugar donde este permitido.  
**Lisístrata.**- ¿Qué tonterías son esas?  
**Mujer C.**- Voy a dar a luz en seguida.  
**Lisístrata.**- Pues ayer no estabas embarazada.  
**Mujer C.**- Pero hoy sí. Déjame ir en seguida a casa, con la partera.  
**Lisístrata.**- ¿Qué dices? ¿Qué es eso duro que tienes?  
**Mujer C.**- Un niño, un varón.  
**Lisístrata.**- No es eso, por Anodita, lo que parece que tienes es un objeto de bronce hueco. (*Le abre el manto y saca el casco de Atenea*) Voy a saberlo. Mamarracho, ¿tenías este casco sagrado y decías que estabas embarazada!  
**Mujer C.**- Y estoy embarazada, por Zeus.  
**Lisístrata.**- Entonces, ¿para qué tenías el casco?  
**Mujer C.**- Para que si el parto me sorprendía en la Acrópolis, diera a luz en el casco, poniéndome sobre él, como ponen los huevos las palomas.  
**Lisístrata.**- ¿Qué es lo que dices? Pones pretextos: el asunto es claro. ¿Es que vas a esperar aquí la fiesta del... casco?  
**Mujer C.**- Es que no puedo ni pegar ojo en la Acrópolis, desde que vi un día a la serpiente guardián.  
**Mujer D.**- Y a la pobre de mí la hacen polvo las lechuzas que cuando estoy desvelada hacen "kikkabaú" todo el rato.  
**Lisístrata.**- Tontas, dejao de necedades. Echáis de menos a los hombres, sin duda: ¿y no pensáis que también ellos nos echan de menos a nosotras? Sé muy bien que pasan malas noches. Aguantaos, amigas, y sufrid todavía un poco de tiempo; porque hay un oráculo de que venceremos si no nos peleamos. El oráculo es así.  
**Mujer C.**- Explicanos qué dice.  
**Lisístrata.**- Callaos pues: Cuando se refugien las golondrinas en un solo lugar, huyendo de las abubillas, y se abstengan del miembro, llegará el final de sus desdichas y lo de arriba pondrá debajo Zeus el que brama en alto...  
**Mujer C.**- ¿Que nosotras vamos a acostarnos encima?  
**Lisístrata.**- Mas si se pelean y levantan el vuelo con sus alas del templo sagrado las golondrinas, se pensará que ya no existe pájara más requeteputa.  
**Mujer C.**- Bien claro es el oráculo, por Zeus. ¡Oh dioses todos!

## MENANDRO: COMEDIAS

### EL MISÁNTROPO

*Un hombre insociable, Cnemón, se casa con una mujer que tenía un hijo, y tiene de ella una sola hija. Por su carácter pronto se ve abandonado, viviendo en el campo. Sóstrato se enamora de su hija y la pide en matrimonio, siendo rechazado. Cnemón cae a un pozo y Sóstrato le salva. Éste es recompensado con la mano de la muchacha. El fragmento siguiente trata de la caída al pozo de Cnemón.*

**Simice.**- (*Compungida*) El amo se ha caído al pozo

**Sicón.-** (*Con alegría*) ¿Cómo?

**Simice.-** ¿Cómo? Iba a bajar para sacar la azada y el cubo, pero resbaló desde arriba mismo y se fue abajo.

**Sicón.-** ¡Bien empleado le está al viejo cascarrabias ese, por Urano! Abuela querida, esta es tu ocasión.

**Simice.-** (*Sin comprender*) ¿Cómo...?

**Sicón.-** Coge un rodillo o una piedra o algo por el estilo y títaselo desde arriba.

**Simice.-** ¡Baja tú, querido!

**Sicón.-** ¡Posidón! ¿Para que me pase lo de la fábula, que luche con un perro en el pozo? ¡De ningún modo!

**Simice.-** ¡Gorgias! ¿Dónde te has metido?

**Gorgias.-** (*Sale de su casa*) ¿Dónde voy a estar...? ¿Qué pasa, Simice?

**Simice.-** ¿Qué? Otra vez lo repito: que el amo se ha caído al pozo.

**Gorgias.-** ¡Sóstrato, sal aquí! (*A Simice*) Guíanos, venga. Vamos adentro.

(*Entran Simice, Gorgias y Sóstrato en casa de Cnemón*)

**Sicón.-**(*Sólo*) ¡Son los dioses! ... No das ni un mal perol, por Dioniso, a los que vienen a sacrificar, sacrilego, sino que los echas con cajas destempladas... Bébetete ahora, ahí dentro, el pozo entero para que ya no tengas ni agua que dar a nadie. Las Ninfas se han vengado, y muy justamente. Nadie que haya cometido injusticia contra un cocinero escapó sin castigo. Porque nuestra arte es un arte sagrada. ¡Anda, atrévete a tratar de cualquier modo a un maestralesa! (*Se oyen gritos y lamentos que proceden de la casa de Cnemón*) ¡Calla! ¿Es que está muerto? ... Es una que llora y que le llama papáito querido... No, no pasa nada... Por esta vez ha tenido suerte el viejo... Claro que las debe de estar pasando muy malas allá abajo..., pero a fuerza de tirar acabarán por sacarle... ¿Os imagináis con qué cara saldrá?... ¡Chorreando y castañeteando...! ¡Será de risa, por los dioses!... ¡Con qué gusto le vería aparecer, amigos..., por este Apolo que sí! ¡Eh, mujeres! Haced libaciones por todo esto y pedid que se salve el viejo... (*Aparte*) pero que quede maltrecho..., cojo, por ejemplo, y así ya le tienes convertido en el vecino más inofensivo de este dios y de todos los que vengan a sacrificar. A mí esto me interesa mucho, por si alguien me contrata otra vez.

**Sóstrato.-** (*Sale de la casa de Cnemón*) Amigos..., por Deméter y por Asclepio..., por los dioses, que jamás en mi vida vi hombre que se pusiera a ahogarse en momento más oportuno... ¡Qué rato más agradable!... En cuanto llegamos allá, Gorgias bajó corriendo al pozo; y la muchacha y yo desde arriba. no hacíamos nada, porque ¿qué íbamos a hacer? Solo que ella se mesaba los cabellos y lloraba y se daba golpes en el pecho. Y yo (¡Qué suerte la mía!) de pie junto a ella, como su protector (¡de veras!), le rogaba y le suplicaba que no hiciera eso, clavando los ojos en aquella belleza incomparable. Del que abajo andaba maltrecho no me cuidaba gran cosa, la verdad, a no ser el fastidio que me daba tener que estar tirando de Gorgias. ¡Por poco le hago morir dentro, por Zeus! Porque con tanto mirar a la muchacha, se me escapó la cuerda lo menos tres veces... Pero este Gorgias es un Atlante de los pocos: aguantaba bien y, al fin, con no poco trabajo, le sacó fuera. En cuanto salió, me planté aquí, porque ya no podía contenerme y a poco más voy y beso a la chica... ¡Tan enamorado estoy!

## EL ARBITRAJE

*Habrótonon y Onésimo ponen en marcha un plan para averiguar si el niño es hijo de Pánfila, mujer de Carisio.*

**Onésimo.-** No te falta razón, en verdad. ¿Qué hacer, pues?

**Habrótonon.-** Mira a ver si te gusta mi plan, Onésimo... Voy a fingir que éste es asunto mío. Cojo el anillo, entro en casa y se lo enseño a Carisio.

**Onésimo.-** Sigue, sigue... Que me parece que ya sé por dónde vas.

**Habrótonon.-** En cuanto me vea con el anillo, me preguntará de dónde lo he cogido. Yo diré: "En las Tauropolias, cuando todavía era doncella." De ese modo haré mío todo cuanto a ella le sucedió... Yo sé mucho de esto...

**Onésimo.-** ¡Más que nadie!

**Habrótonon.-** Y si lo ocurrido es cosa suya, al momento querrá saber más, y, borracho como está, lo soltara todo precipitadamente y sin que nadie le pregunte... Y a todo lo que él diga, diré yo que sí, no sea que falle en algo por hablar antes de tiempo.

**Onésimo.-** ¡Estupendo, por el Sol!

**Habrótonon.-** ...Para no colarme, me limitaré a decir las tonterías de costumbre: "¡Qué desvergonzado eras!... ¡Y qué atrevido!"

**Onésimo.-** ¡Muy bien!

**Habrótonon.-** "...¡Cómo me derribaste...! ¡Y qué manto perdí, triste de mí!", diré. Pero antes voy a coger el niño, y me pondré a llorar ahí dentro, y a besarle, y preguntaré de dónde lo cogió la que lo tiene ahora.

**Onésimo.-** (*Con admiración*) ¡Heracles!

**Habrótonon.-** Y para remate, le diré: "Pues te ha nacido un niño", y le mostraré el que han encontrado.

**Onésimo.-** ¡Qué astuta y qué embaucadora, Habrótonon!

**Habrótonon.-** Y si se prueba que es así y se hace evidente que él es el padre del niño, entonces buscaremos tranquilamente a la muchacha.

**Onésimo.-** ¡Y lo que no dices...! Que tú consigues la libertad. Pues, creyendo que tú eres la madre del niño, te dará la libertad en seguida, claro.

**Habrótonon.-** No sé. Sí que me gustaría.

**Onésimo.-** ¿Que no lo sabes tú...? Bueno, y de todo esto, ¿no sacaré yo algún beneficio, Habrótonon?

**Habrótonon.-** Sí, por las dos diosas. En todo he de considerarte como autor de estos mis bienes.

**Onésimo.-** Y si luego ya no tienes tanta prisa por buscar a la muchacha, sino que me das de lado y te desentendes del asunto..., entonces, ¿qué?

**Habrótonon.-** ¿Es que tu crees que yo deseo hijos, infeliz?... Con llegar a ser libre me conformo... ¡Oh, dioses! ¡Que por este medio obtenga yo esa merced!

**Onésimo.-** ¡Ojalá sea así!

**Habrótonon.-** Entonces, ¿te parece bien?

**Onésimo.-** Me parece bien... según y cómo... Que si me engañas, entonces te haré la guerra. Medios no me faltarán... Pero ahora, de momento, veamos lo que pasa.

**Habrótonon.-** Entonces, ¿estás de acuerdo?

**Onésimo.** - Sí lo estoy.

## LA SAMIA

*Escena entre Nicérato y Démeas. Nicérato no sabe de quién es el niño que ha tenido su hija: quién es el padre.*

**Nicérato.** - Ha convencido a mi mujer y a mi hija para que nieguen en redondo. Se ha apoderado quieras que no del niño y dice que no lo soltará...; así que no te extrañe si la mato.

**Démeas.** - ¿Matarla?

**Nicérato.** - Sí; sabe demasiadas cosas.

**Démeas.** - No se te ocurra hacer eso, Nicérato.

**Nicérato.** - Yo ya te lo advierto.

**Démeas.** - Éste está de malas. Allá va otra vez hecho una furia. ¡Qué hacer en medio de estos males? Jamás me he visto metido en un lío como este, palabra. Lo mejor va a ser decir claramente lo que ha pasado... ¡Vaya!, otra vez esa puerta...

*(Se esconde. Sale Crisis con el niño en brazos)*

**Crisis.** - ¡Pobre de mí! ¿Qué haré, adónde iré? Me va a quitar el niño.

**Démeas.** - Crisis, ven acá.

**Crisis.** - ¿Quién me llama?

**Démeas.** - Pasa adentro, corre.

*(En ese momento aparece Nicérato)*

**Nicérato.** - ¡Eh!... ¿Adónde vas?

**Démeas.** - *(Aparte)* ¡Apolo! Hoy hay que combatir hombre a hombre, está visto. ¿Qué quieres? ¿A quién persigues?

**Nicérato.** - Démeas, apártate y déjame que me haga con el niño; a ver si así logro hacer hablar a las mujeres.

**Démeas.** - Está loco... Pero ¿es que tú me vas a pegar a mí?

**Nicérato.** - Sí, yo.

**Démeas.** - ¡Húndete en los infiernos de una vez! Que yo también... Huye, Crisis; que él tiene más fuerza que yo.

**Nicérato.** - Tú eres el que inicia el ataque, ¿eh? Que conste.

**Démeas.** - Y tú vienes aquí, armado con tu bastón, contra una mujer libre.

**Nicérato.** - Me estás calumniando.

**Démeas.** - Tú sí que calumnias.

**Nicérato.** - No me da el niño.

**Démeas.** - Claro, como que es mío.

**Nicérato.** - No, no es tuyo.

**Démeas.** - *(A los espectadores)* Esto es indignante, amigos.

**Nicérato.** - Tú grita; que yo voy a entrar, y a esa mujer la mataré. No me queda otro remedio.

**Démeas.** - *(Aparte)* Esto se pone muy feo. No puedo dejarle. *(A Nicérato)* ¿Adónde vas? Vamos, detente.

**Nicérato.** - No me pongas la mano encima.

**Démeas.** - Cálmate, hombre.

**Nicérato.** - Ofendes mi honor, Démeas, desde luego, porque tú sabes muy bien lo que pasa aquí...

**Démeas.** - Bueno, pues entonces pregúntame a mí, y no molestes más a esa mujer.

**Nicérato.** - ¿Acaso ha sido tu hijo el que me ha burlado?

**Démeas.** - ¡Qué tonterías! Se casará con la chica; no es tan grave la cosa. Vamos, ven acá y pasea un poquito conmigo.

**Nicérato.** - ¿Pasearé?

**Démeas.** - Y más ánimo. Dime, Nicérato, ¿no has oído tú nunca eso que cuentan los trágicos, cómo en cierta ocasión Zeus, trocado en lluvia de oro, se deslizó a través del techo y forzó a una doncella que estaba muy bien guardada?

**Nicérato.** - Bueno, y eso, ¿qué?

**Démeas.** - Pues que, sin duda, hay que esperararlo todo. Mira a ver tu techo: a lo mejor hace agua por algún sitio.

## LA MUCHACHA RAPADA

*Conversación entre Pateco y Glicera que termina en anagnórisis: reconocimiento entre padre e hija.*

**Glicera.** - ...¿También tú has venido aquí convencido de que las cosas son así, y de que yo soy una de esas?

**Pateco.** - ¡Ojalá no sea así! ¡Por Zeus venerado! ¡Ojalá me muestres que cuanto dices es cierto! Yo, dispuesto estoy a creerlo.

**Glicera.** - *(A punto de llorar)* ¡Vete, pues, sin más! ¡Y a él..., que en lo sucesivo ultraje a cualquier otra!

**Pateco.** - Él no quiso ultrajarte.

**Glicera.** - *(Entre lágrimas)* Me trató sin piedad. ¡Como no se trataría ni a una criada!

*(Laguna de unos 16 versos)*

*(En estos versos, Glicera debía de insistir en su condición de muchacha libre. Al reanudarse el texto, la joven está hablando de ciertos objetos que ha heredado de sus padres, y que desea que le sean traídos)*

**Glicera.** - ...Yo los recibí como recuerdos de mi padre y de mi madre, y tengo la costumbre de tenerlos siempre conmigo y de guardarlos...

**Pateco.** - ¿Qué es, pues, lo que deseas?

**Glicera.** - Que me los traigan.

**Pateco.** - ¡Entonces, decididamente abandonas a ese hombre? ¿Qué es lo que te propones, querida mía?

**Glicera.** - *(Suplicante)* ¡Hazme ese favor!

**Pateco.** - Se hará, aunque me parece una tontería. Pero, antes de nada, deberías ver...

**Glicera.** - Yo bien sé lo que me conviene.

**Pateco.** - ¿Estás segura? ...

**Glicera.** - Tráeme la túnica, Doris, la bordada, ya sabes; la que te di a guardar.

**Pateco.**- Un sentimiento sobremanera extraño me domina, por Zeus Salvador. En verdad que no hay nada inverosímil ni imposible. Ahora he venido yo...

(*Laguna de unos siete versos*)

**Pateco.**-... que también vi entonces y el que aparece junto a él, ¿no es un macho cabrío o buey o algún animal por el estilo?

**Glicera.**- Un ciervo es, querido, no un macho cabrío.

**Pateco.**- Bueno, sí, con cuernos; es todo lo que sé... Y este tercero es un caballo alado... Este vestido es de mi mujer..., ¡pobrecilla!

**Mosquión.**- (*Aparece sin ser visto*) No es cosa imposible, se me ocurre a mí al considerar todo esto que ante mis ojos acontece, que la madre que me dio el ser abandonara al mismo tiempo que a mí, a una hija que tuviera. Mas si esto es así y por tanto ella es mi hermana..., perdido estoy, ¡triste de mí!

**Pateco.**- ¡Oh, Zeus! ¿Qué otros vestigios existen de los míos?

**Glicera.**- Di lo que quieres saber y pregúntame lo que desees.

**Pateco.**- ¿Cómo han llegado a tu poder todas estas cosas? Vamos, habla.

**Glicera.**- En ellas fui hallada en otro tiempo, en mi más tierna infancia.

**Mosquión.**- (*Aparte*) ¡Levantemos el ánimo, que como a impulsos de fuerte ola heme aquí que llego a la crisis de mi familiar destino!

**Pateco.**- ¿Te dejaron allí sola? Explícamelo todo.

**Glicera.**- ¡Oh, no! Nos dejaron a mi hermano y a mí,

**Mosquión.**- (*Aparte*) Esa es una de las cosas que necesitaba yo saber.

**Pateco.**- ¿Y cómo fuisteis separados uno de otro?

**Glicera.**- Podría decírtelo todo porque me lo han contado..., pero pregúntame tan solo lo que a mí se refiere, pues lo demás le juré a ella que no lo diría.

**Mosquión.**- (*Aparte*) Y esto me da ya el indicio seguro: dio juramento a mi madre... ¿Dónde estoy...?

**Pateco.**- ¿Quién te cogió y te crió?

**Glicera.**- Una mujer me crió: la que me halló abandonada.

**Pateco.**- ¿Y te dio algún dato que permita reconocer el lugar?

**Glicera.**- Una fuente dijo, sí..., un lugar sombreado.

**Pateco.**- Lo mismo que me dijo el que los depositó.

**Glicera.**- ¿Y quién es ese? Si te es lícito, dímelo a mí también.

**Pateco.**- El que los depositó fue un esclavo..., mas yo fui quien renunció a criarlos...

**Glicera.**- ¿Tú los abandonaste? ¿Tú, el padre?... Y ¿por qué?

**Pateco.**- La Fortuna, hija mía, actúa muchas veces de manera increíble... Pues la que os dio el ser dejó la vida de repente, y justamente un día antes de su muerte, hija mía...

**Glicera.**- ¿Qué sucedió entonces?... ¿Cómo tiemblo ante lo desconocido!

**Pateco.**-... di en la pobreza, acostumbrado como estaba a tener hacienda...

**Glicera.**- ¿En un día? ¿Cómo...? ¡Cruel destino, oh dioses!

**Pateco.**- Supe que la nave que nos proporcionaba recursos para vivir, había sido abatida y devorada por una terrible tempestad en el Egeo.

**Glicera.**- ¡Suerte miserable la mía!

**Pateco.**- Viéndome, pues, reducido a la condición de un mendigo, parecióme dura carga criar hijos, conducta ciertamente de hombre muy desaconsejado. Pues más dulces que las riquezas todas son los hijos... ¿Qué mas cosas han quedado, hijita?

**Glicera.**- Todo se verá. Había también un collar y un dije pequeño labrado en relieve que habían sido colocados junto a los niños allí abandonados, como prendas de reconocimiento.

**Pateco.**- Veámoslo.

**Glicera.**- Ya no está.

**Pateco.**- ¿Cómo...?

**Glicera.**- Lo demás debió de tocarle en suerte a mi hermano, probablemente.

**Mosquión.**- (*Aparte*) Entonces... ¡este hombre es mi padre, por lo visto!

**Pateco.**- ¿Podrías decirme lo que había?

**Glicera.**- Había un cinturón de plata...

**Pateco.**- Sí, sí, eso es.

**Glicera.**-... con un coro de muchachas... y un manto resplandeciente... y una diadema de oro... Todo te lo he dicho ya, cosa por cosa.

**Pateco.**- Sí, ya no quiero seguir ocultándote la verdad por más tiempo, querida mía.

**Mosquión.**- (*Sale*) Aquí estoy yo, que he oído toda vuestra conversación.

**Pateco.**- ¡Oh, dioses! ¿Quién es este hombre?

**Mosquión.**- ¿Quién?... Tu hijo.

## PLAUTO: COMEDIAS

### AULULARIA

*Esta obra gira en torno al personaje Euclión, pobre anciano que ha encontrado una olla llena de oro enterrada por su abuelo y que se ve, de pronto, inquietado por el deseo de ocultarla para que no se la roben. La intriga es doble, presentándonos a Fedra, su hija, violada por Licónides. Estas dos historias terminan convergiendo provocando los típicos malos entendidos de una comedia de enredo. Aquí nos encontramos a Licónides confesando su crimen, la violación, a Euclión y a éste creyendo que le habla del robo de su olla llena de oro.*

#### ACTO IV ESCENA X

**Euclión.**- ¿Quién está hablando por aquí?

**Licónides.**- Soy yo, un desgraciado.

**Euclión.**- Yo sí lo soy, y terriblemente arruinado; yo, que ando abatido por tantos males y pesares.

**Licónides.**- Ten buen ánimo.

**Euclión.**- ¿Y cómo podría animarme?

**Licónides.**- De esto que te tiene tan preocupado, yo soy el culpable. Lo confieso.

**Euclión.** - ¿Qué oigo?

**Licónides.** - La verdad.

**Euclión.** - ¿Qué daño te causé yo, joven, para que obraras así y nos echaras a perder, a mí y a los míos?

**Licónides.** - Un dios me empujó a hacerlo. El me arrastró hacia ella.

**Euclión.** - ¿Cómo?

**Licónides.** - Reconozco que obré mal y sé que soy culpable. Por esto vengo a rogarte que, benigneamente, sepas concederme el perdón.

**Euclión.** - ¿Cómo has podido atreverte a tocar lo que no era tuyo?

**Licónides.** - ¿Qué se puede hacer? El mal ya está hecho. No es posible hacer nada más. Creo que así lo quisieron los dioses, puesto que sin su voluntad la cosa no hubiese sucedido; de eso estoy seguro.

**Euclión.** - Yo también estoy seguro de que los dioses quieren que te deje morir bien atado, en mi casa.

**Licónides.** - No hables así.

**Euclión.** - Pues, ¿por qué la tocabas sin permiso? Era mía.

**Licónides.** - Lo hice por culpa del amor y del vino.

**Euclión.** - ¡Ah, gran desvergonzado! ¿Con semejante discurso te has atrevido a venir, imprudente? Si esto es ley, y con esto pudieras excusarte, podríamos ir a robar las joyas de las señoras, en plena luz del sol. Después, si nos cogían, nos excusaríamos diciendo que lo hacíamos impulsados por la embriaguez o el amor. Demasiado baratos deben costar el vino y el amor, si el borracho y el amante pueden satisfacer, a su gusto, todos los caprichos.

**Licónides.** - Pero si he venido por propia voluntad a pedirte perdón por mi locura.

**Euclión.** - No me gustan los hombres que, cuando ya han hecho el mal, suelen venirte con excusas. Tú sabías muy bien que no era tuya. No debiste tocarla para nada.

**Licónides.** - Puesto que me he atrevido a tocarla, no te pido más que el poderla conservar, por encima de todo.

**Euclión.** - ¿Conservarla, a pesar mío y siendo mía?

**Licónides.** - No deseo obtenerla, en contra de tu voluntad, pero creo que ella me pertenece. Además, Euclión, al punto vas a convencerte de que conviene que ella sea mía.

**Euclión.** - ¡Sí, por Hércules! Yo te llevaré en seguida junto al pretor y le diré que te abra un proceso, si no me la devuelves.

**Licónides.** - ¿Yo? ¿Qué tengo que devolverte?

**Euclión.** - Lo mío que me has robado.

**Licónides.** - ¿Que yo he robado algo tuyo? ¿Dónde? ¿De qué se trata?

**Euclión.** - (*Irónicamente*) ¡Quiérame bien Júpiter, de modo que tú no lo sepas!

**Licónides.** - Si no me dices lo que pides...

**Euclión.** - Hablo de la olla de oro, esto es lo que pido; aquella olla que tú mismo has dicho que habías robado.

**Licónides.** - ¡Por Pólux, yo no he dicho ni hecho semejante cosa!

**Euclión.** - ¿Dices que no?

**Licónides.** - Ya lo creo. Digo que no, una y mil veces. Nada sé, ni he oído hablar tampoco del oro, ni de la olla que dices.

**Euclión.** - Veamos. Aquella que te has llevado del bosque de Silvano. Devuélvemela y estaría de acuerdo en dividirla contigo, mitad y mitad. Aunque seas un ladrón, no me disgustas. ¡Vamos, devuélvela!

**Licónides.** - Tú estás loco, tratándome de ladrón. Creía, Euclión, que estabas al corriente de otra cuestión que me con cierne a mí. Sobre ella, quiero hablarte con toda tranquilidad, si tienes tiempo.

**Euclión.** - Dime con toda sinceridad, ¿no has robado el oro?

**Licónides.** - No, con sinceridad lo digo.

**Euclión.** - ¿Y no sabes quién lo ha robado?

**Licónides.** - No, y también lo digo sinceramente.

**Euclión.** - Si supieses quién la ha robado, ¿me lo dirías?

**Licónides.** - Te lo diría.

**Euclión.** - ¿No aceptarías tampoco una parte del que la tiene, ni encubrirías al ladrón.

**Licónides.** - No, tampoco.

**Euclión.** - ¿Y si me engañas?

**Licónides.** - Entonces, que Júpiter haga conmigo lo que quiera.

**Euclión.** - Bueno, ya tengo bastante. Ahora, dime lo que querías decirme.

**Licónides.** - Por si no nos conoces, ni a mí ni a mi familia, aquí vive mi tío (*señalando la casa de Megadoro*). Mi padre era Antímaco y yo me llamo Licónides. Mi madre es Eunomía.

**Euclión.** - Ya conozco esta familia. Pero me gustaría saber qué quieres.

**Licónides.** - Tú tienes una hija.

**Euclión.** - Sé, está en casa.

**Licónides.** - La has prometido, según creo, a mi tío.

**Euclión.** - Veo que estás enterado.

**Licónides.** - Pues bien, me ha enviado a decirte que él renuncia a ella

**Euclión.** - ¡Renuncia, cuando ya todo está a punto y la ceremonia también está preparada! ¡Que todos los dioses y diosas inmortales le pierdan! Por su culpa, yo he perdido hoy todo aquel oro.

**Licónides.** - Tranquilízate y no digas esas palabrotas. Ahora, para que todo vaya a salir bien para ti y para tu hija, di: "¡Así lo quieran los dioses!"

**Euclión.** - ¡Así lo quieran los dioses!

**Licónides.** - Y así lo quieran los dioses también para mí! Pero escucha. No hay ningún hombre, por poco que valga, que no sienta vergüenza por una falta que haya cometido y no quiera justificarse. Por todo lo que más quieras, Euclión, si en mi locura hice algo malo contra tí o contra tu hija, perdónalo Y dámela por esposa, tal como manda la ley. Ya lo reconozco; abusé de tu hija en la víspera de la fiesta de Ceres: el vino, la fuerza de la juventud.

**Euclión.** - ¿Qué oigo? ¡Qué mala noticia!

**Licónides.** - ¿Por qué te quejas? Yo he hecho que seas abuelo en las bodas de tu hija. Porque tu hija ha dado a luz, al cabo de nueve meses. Haz cuentas. Por esto, mi tío ha renunciado a ella en mi favor. Entra y podrás ver si es verdad todo cuanto te digo.

**Euclión.** - ¡Estoy completamente perdido! ¡Tantas desgracias se vienen uniendo a mi desgracia! Entraré para ver qué hay de verdad en todo esto.

**Licónides.**- En seguida vengo. (*Solo*). La cosa parece que ha llegado ya a puerto seguro. Pero no sé dónde debe estar mi esclavo Estróbilos. Tendré que aguardar aquí un rato, después voy a ir adentro, con Euclión. Mientras tanto, él podrá informarse por boca de la vieja nodriza que sirve a la hija: ella lo sabe todo.

**Plauto, Aulularia, A.IV, E.X**

## ANFIFRUIO

*Única comedia plautina de tema mitológico, Anfifruio es una comedia que trata el tema del nacimiento de Hércules. Zeus, enamorado de Alcmena, se aprovecha de la ausencia de Anfitrión, su marido, para suplantarlo en una noche milagrosamente larga. Pero Alcmena, fecundada con anterioridad, da a luz a dos niños en un solo parto: Hércules, hijo de Zeus, e Ificles, hijo de Anfitrión. Aquí tenemos el principio de la obra.*

### ACTO I ESCENA 1

**Sosias.**- (*Vestido de viaje, entra por la izquierda con una linterna en la mano*) ¿Hay algún hombre más audaz o más temerario que yo, que, conociendo como conozco las costumbres de nuestra juventud, se atreva a pasear solo en plena noche?: ¿qué haría yo si los tresviros me metieran en la cárcel? Mañana, en seguida me sacarían de la despensa para azotarme. No me dejarían decir nada para defenderme; mi amo tampoco me serviría de ayuda y todos, sin excepción, creerían que lo tenía bien merecido. Mientras tanto, pobre de mi, ocho hombres forzudos golpearían mi espalda como si fuese un yunque. Éste sería el recibimiento público que tendría al regresar del extranjero. Y todo por culpa de la impaciencia de mi amo que me ha ordenado venir del puerto, en contra de mi voluntad, a altas horas de la noche. ¿No podía enviarme de día para hacer este recado? Servir al poderoso es muy pesado y el esclavo de un rico es muy digno de lástima; de noche y de día, continuamente, siempre hay algo por hacer o para decir, de modo que nunca se puede descansar. En cuanto a tu poderoso dueño, exento de trabajos y de fatigas, piensa que todo lo que a un hombre se le pasa por la cabeza es factible. Lo considera razonable y nunca se para a reflexionar sobre las fatigas que ocasiona, ni considera si es justo, o no, aquello que manda hacer. Por esto, el ser esclavo comporta el sufrir tantas injusticias. Siempre hay que llevar y aguantar esta carga con esfuerzo.

**Mercurio.**- Yo sí debería quejarme también, en contra de la esclavitud. Hoy todavía era libre y mi padre me ha reducido a ella. Éste, que es esclavo de nacimiento, es quien se queja.

**Sosias.**- Soy una porquería de esclavo. ¿Ni siquiera se me ha ocurrido dar gracias a los dioses, a mi regreso, e invocarles por todos los favores que me han concedido? ¡Por Pólux!, si quisieran recompensarme tal como merezco, me enviarían algún valentón para romperme la cara, cuando yo llegase, porque ni he sabido agradecer ni he tenido en cuenta el bien que me han hecho.

**Mercurio.**- (*Aparte*) Éste no es como los demás; sabe hacerse justicia.

**Sosias.**- Lo que ni yo, ni ninguno de mis conciudadanos hubiéramos creído nunca que ocurriría, ha ocurrido: que regresáramos nuevamente a casa, sanos y salvos. Nuestras legiones victoriosas regresan a su patria, una vez el enemigo ha sido vencido, después de haberse extinguido la mayor de las guerras, de haber sido aniquilado el mayor adversario. La ciudad que infligió al pueblo tantos sufrimientos prematuros gracias al valor y al coraje de nuestros soldados, ya la vemos vencida y conquistada y, en especial, gracias al mando y a los auspicios de mi dueño Anfitrión; él es quien ha enriquecido a sus compatriotas con el botín, con tierras y gloria y quien ha consolidado en su trono a Creonte, el rey de Tebas. Me ha hecho venir del puerto a su casa para que hiciese saber a su esposa cómo se ha esforzado al servicio del interés común, con su conducta, su mando y sus auspicios. Y ahora he de ver de qué modo voy a decírselo cuando llegue allí. Si le digo mentiras, obraré como de costumbre. Cuando todos estaban luchando con mayor empuje, con mayor empuje yo también huía. Pero haré como si hubiese estado en la batalla y le contaré lo que he oído decir. No obstante, me hace falta ver en qué términos he de expresarme durante la narración. Antes quiero ensayarlo un poco aquí, ante mí mismo. Comenzaré así:

Vencemos por la fuerza al orgulloso enemigo. Pero, a pesar de todo, ninguno de ellos huye ni retrocede sin luchar con bravura; se dejan arrebatar la vida antes que ceder un palmo de su terreno. Cada uno yace muerto en su puesto, manteniendo su fila. Viendo esto, Anfitrión, mi dueño, ordena que la caballería ataque por la derecha. Los caballeros obedecen rápidos y, por la derecha, se hunden entre los enemigos con enormes gritos y con gran ímpetu. Disuelven y aplastan las fuerzas del adversario, en justa venganza por las injurias sufridas.

**Mercurio.**- (*Aparte*) Hasta ahora, no ha dicho ninguna palabra al revés, porque yo estaba allí, con mi padre, durante el combate.

¡Atención! Éste va a venir hacia aquí y yo le saldré al encuentro. No permitiré que, durante el día de hoy, este hombre se acerque a la mansión. Como que tengo su aspecto, es seguro que voy a dejarle sin aliento; y, ya que he tomado su aspecto y su condición, conviene que también me porte como él y tenga el mismo carácter. Necesito, por tanto, ser malicioso, pillito, enormemente astuto, armarme con sus propias armas y, con malicia, alejarlo de la puerta. Pero, ¿qué ocurre? ¿Está contemplando el cielo? Iré a ver qué pasa.

**Sosias.**- ¡Sí, por Pólux! Si existe alguna cosa que yo crea o que conozca con certeza, me parece que anoche, Nocturno estaba ebrio cuando se fue a dormir; porque las siete estrellas de la Osa Menor no hacen movimiento alguno en el cielo, ni la luna se ha movido de allí de donde salió, ni Orión, ni el Véspero, ni las Pléyadas se ponen todavía. Las constelaciones están siempre fijas en un determinado lugar y, en ninguna parte, la noche deja su lugar al día.

**Mercurio.**- (*Aparte*) Continúa, por favor, Noche, tal como has empezado; sé favorable a mi padre. Haces del modo mejor para el mejor, el mejor de los servicios; te comportas estupidamente en tu trabajo.

**Sosias.**- Creo no haber visto otra noche más larga, salvo aquella en que, después de ser azotado, quedé colgado, de la noche a la mañana. Pero, ¡por Pólux!, ésta es aún mucho más larga que la otra. ¡Por Pólux!, estoy seguro de que el Sol se halla durmiendo todavía y que debe de haber bebido algo más de la cuenta. No me extrañaría que se hubiese regodeado más de la cuenta, durante la cena.

**Mercurio.**- (*Aparte*) ¡Ah, bellaco! ¡Crees que los dioses son como tú? ¡Por Pólux, te haré pagar todas tus insolencias y tus obras, granuja! Ven, solamente hasta aquí, si quieres; te juro que no te saldrá del todo bien.

**Sosias.** - ¿Dónde están estos libertinos que no les gusta dormir solos? He aquí una noche excelente para dar trabajo a esas bellezas que cuestan tan caro.

**Mercurio.** - (*Ídem*) Mi padre, tal como éste dice, hace bien estando acostado en los brazos de Alcmena, su amada, y satisfaciendo sus pasiones.

**Sosias.** - Bueno, voy a hacer saber a Alcmena lo que mi amo me ha encargado. Pero, ¿quién es este hombre que veo delante de la casa, a esas horas de la noche? No me hace ninguna gracia.

**Mercurio.** - (*Ídem*) No hay nadie más cobarde que él.

**Sosias.** - ¡Ya lo sé! Este hombre quiere hoy volverme a tejer la capa.

**Mercurio.** - (*Ídem*) ¡Uf!, tiene miedo. Voy a reírme de él.

**Sosias.** - ¡Estoy perdido, me pican los dientes! Seguro que, a mi llegada, me acogerá con un recibimiento pugilístico. Tiene buen corazón, por lo que veo; ya que mi amo me ha hecho velar toda la noche, él, con sus puños, hará que hoy pueda dormir. ¡Soy hombre-muerto! ¡Piedad! ¡Por Hércules, qué grande y qué forzudo es!

**Mercurio.** - (*Ídem*) Hablaré en voz alta, delante de él. Así podrá oír lo que yo digo y, de esta manera, sentirá mucho más terror. (*Hablando en voz alta*) ¡Preparaos, puños! Tiempo ha que no habéis dado pitanza a mi estómago. Parece como si hubiera transcurrido un siglo desde el día en que dejasteis dormidos a aquellos cuatro jóvenes, todos desnudos.

**Sosias.** - (*Aparte*) Me da un miedo terrible pensar que hoy voy a cambiar de nombre; dejar de ser Sosias para convertirme en Quinto. Dice haber puesto fuera de combate a cuatro hombres; me temo que voy a aumentar el número.

**Mercurio.** - ¡Bien! ¡Bien! ¡Así es como lo quiero!

**Sosias.** - (*Aparte*) Se ciñe la túnica. No hay duda, se está poniendo en forma.

**Mercurio.** - (*Aparte*) No saldrá de ésta sin haber cobrado.

**Sosias.** - (*Aparte*) ¿Quién?

**Mercurio.** - (*Aparte y dando gritos*) Al primero que venga por aquí, le haré tragar mis puños.

**Sosias.** - (*Aparte*) Muchas gracias. No me gusta comer tan tarde, por la noche; no hace mucho que he terminado de cenar. Vale más que esta cena la ofrezcas, si sabes, a los que están hambrientos.

**Mercurio.** - (*Aparte*) He aquí un puño que tiene un buen peso.

**Sosias.** - (*Aparte*) ¡Soy hombre muerto! Sopesa sus puños.

**Mercurio.** - (*Aparte*) ¿Cómo le resultaría si le diera una caricia para dormirle?

**Sosias.** - (*Aparte*) Me salvarías. Durante tres noches no he podido pegar ojo.

**Mercurio.** - (*Aparte*) Muy mal. No es así como debe hacerse. Mi mano no aprende del todo bien a golpear una mandíbula. Es necesario que cambie el rostro totalmente, una vez le haya rozado con el puño.

**Sosias.** - (*Aparte*) Este hombre va a dejarme nuevo y me volverá a modelar la cara.

**Mercurio.** - (*Aparte*) No ha de quedar un solo hueso en el rostro, si sabes golpear al hombre como es debido.

**Sosias.** - (*Aparte*) Parece que quiere deshuesarme como a una murena. ¡Salga de aquí este deshuesador de hombres! Si me llega a ver, muerto soy.

**Mercurio.** - (*Aparte*) ¡Algún hombre huele, por su desgracia!

**Sosias.** - (*Aparte*) Pero, ¿he dejado escapar algún olor?

**Mercurio.** - (*Aparte*) No debe estar muy lejos; aunque si viene de lejos.

**Sosias.** - (*Aparte*) Este hombre es un brujo.

**Mercurio.** - (*Aparte*) Los puños se me encolerizan.

**Sosias.** - (*Aparte*) Si quieres probarlos contra mí, te lo ruego, pruébalos antes contra la pared.

**Mercurio.** - (*Aparte*) Una voz ha volado hasta mis oídos.

**Sosias.**- (*Aparte*) ¡Cuán desgraciado he sido, al no cortarle las alas! Tengo una voz voladora.

**Mercurio.**- (*Aparte*) Este hombre viene hacia mí en su acémila, y busca su desgracia.

**Sosias.**- (*Aparte*) ¿Yo? No tengo ninguna acémila.

**Mercurio.**- (*Aparte*) Será necesario cargarle bien con los puños.

**Sosias.**- (*Aparte*) ¡Por Hércules!, aún me siento fatigado del viaje en la nave y me siento mareado. Si apenas puedo andar sin carga, no voy a creer que podré andar cargado.

**Mercurio.**- (*Aparte*) Ahora sí que es seguro; no sé quién habla por aquí.

**Sosias.**- (*Aparte*) Estoy salvado. No puede verme. Él dice que ha hablado "No sé quién", y mi nombre es, sin duda alguna, Sosias.

**Mercurio.**- (*Aparte*) Me parece que hay alguna voz, a mi derecha, que ha venido a darme en la oreja.

**Sosias.**- (*Aparte*) Tengo miedo de que éste no me atize a mí, hoy, en lugar de atizar a la voz que le ha dado.

**Mercurio.**- (*Aparte*) ¡Qué bien, ahora viene hacia aquí!

**Sosias.**- (*Aparte*) Tengo miedo y estoy cansado. ¡Por Pólux!, si alguien me lo preguntara, no sabría decirle en qué lugar del mundo estoy. ¡Pobre de mí! El miedo no me deja, ni siquiera, moverme. ¡Ya se acabó! Sosias se ha perdido, junto con los encargos de su amo... Pero, no, voy a hablarle plantándole cara, para dar la impresión que se trata de un valiente; quizá, de esta manera, no se atreva a tocarme.

**Mercurio.**- (*A Sosias*) ¿Adónde vas tú, que llevas a Vulcano encerrado en el cuerno?

**Sosias.**- ¿Por qué lo preguntas, tú que con los puños deshuesas la cara de los hombres?

**Plauto, Anfítruo, A.I.E.1**

## RUDENS

*Con su red, un pescador extrae del mar una maleta, en cuyo interior hay unos juguetes de la hija de su amo, que ha sido raptada antes de ir a parar a manos de un alcahuete. Salvada de un naufragio, esta joven, sin saberlo, se ve protegida por su padre. Una vez reconocida, es casada con su pretendiente. Pleusidipo. Aquí nos encontramos el episodio del encuentro con el alcahuete.*

### ACTO II ESCENA 4-5

**Escerpanión.**- ¿Quién es el que, con mano atrevida, maltrata nuestra puerta?

**Ampelisca.**- Soy yo.

**Escerpanión.**- ¡Vaya, estoy de suerte! ¡Por Pólux, qué mujer tan bonita!

**Ampelisca.**- Buenos días, joven.

**Escerpanión.**- ¡Para tí, los buenos días, jovencita!

**Ampelisca.**- Vengo a vuestra casa...

**Escerpanión.**- Te daré hospitalidad si vuelves luego, al atardecer, como alguien esperado con impaciencia; ahora es demasiado temprano para poder obsequiarte dignamente. Pero, dime, encantadora, alegre... (*Quiere abrazarla*)

**Ampelisca.**- (*Le rechaza*) ¡Eh, veo que me tratas con mucha franqueza!

**Escerpanión.**- ¡Dioses inmortales, es la misma figura de Venus! ¡Qué alegría en sus lindos ojitos! ¡Y qué cuerpo...! Negrito... ¡jay, quise decir moreno! Y los senos, ¡qué maravilla! Y esa boca que incita al beso...

**Ampelisca.**- (*De nuevo le rechaza*) Yo no estoy a disposición de hombres rústicos. ¿Quieres apartar las manos?

**Escerpanión.**- ¿Por qué, querida mía, ha de estar prohibido poder acariciarte así, dulce, gentilmente?

**Ampelisca.**- Cuando disponga de tiempo suficiente, ya me prestaré a tus juegos y a tus caricias. Ahora, de lo que he venido a buscar aquí, dime, por favor, sí o no.

**Escerpanión.**- Y, ¿qué quieres, pues?

**Ampelisca.**- (*Mostrando el cántaro*) A una persona que esté en su juicio, lo que yo llevo ya le dice bastante.

**Escerpanión.**- Lo que yo llevo también indica, claramente, lo que quiero, a una persona que esté en su sano juicio.

**Ampelisca.**- La sacerdotisa de Venus me ha dicho que viniera a vuestra casa a buscar agua.

**Escerpanión.**- Pues yo soy el soberano de la hacienda; si no me la pides tal como es debido, no te llevarás ni una sola gota de agua. Este pozo lo hemos abierto nosotros, a pesar del peligro, con nuestras propias herramientas. Si no me haces muchas caricias, no te podrás llevar ni una gota de agua.

**Ampelisca.**- ¿Por qué te haces rogar tanto por el agua? Esto no se niega ni a los enemigos.

**Escerpanión.**- Y tú, ¿por qué te haces rogar tanto por un favor que, entre compañeros, no puede negarse?

**Ampelisca.**- No temas, amor mío. Por tí, haré todo lo que tú quieras.

**Escerpanión.**- Pues, ¡jea!, ya podemos empezar. Esta mujer ya dice que soy su amor. Tendrás agua, no en vano has dicho que me querías. Acércame el cántaro.

**Ampelisca.**- Aquí lo tienes. Y no tardes mucho en devolvérmelo.

**Escerpanión.**- Guarda un momento. En seguida estaré de vuelta, amor mío.

(*Sale*)

**Ampelisca.**- ¿Cómo me excusaré delante de la sacerdotisa por haberme entretenido tanto rato aquí? (*Dirige la mirada hacia el mar*) ¡Oh, todavía me siento aterrorizada, cuando dirijo la mirada hacia el mar! (*Dando un enorme grito*) Pero, ¿a quién veo allí abajo, en la playa? ¡Pobre de mí! ¡Es mi amo, el lelo, y junto con él su huésped siciliano! Y yo que creía que los dos habrían muerto, ahogados. Nuestra desgracia es mayor de lo que pensábamos. No puedo quedarme aquí. Voy corriendo hacia el templo. Daré la noticia a Palestra; así nos podremos refugiar sobre el altar antes de que llegue el lelo criminal y pueda sorprendernos. ¡Huyamos de aquí; el asunto es muy

urgente!

(Sale corriendo hacia el templo)

**Escerpanión.**- ¡Dioses inmortales, nunca hubiese creído que el agua fuese algo tan agradable! ¡Con qué gusto la he sacado! El pozo me ha parecido mucho menos profundo que antes. No he tenido que hacer ningún esfuerzo para poder sacar el agua. No lo digo por vanagloriarme, pero creo que he sido muy listo al emprender hoy esta aventura amorosa. (Con el cántaro en la mano se dirige hacia donde estaba Ampelisca) Toma, aquí tienes el agua, cielito mío. Toma, quiero que la recibas de buen grado, tal como yo te la doy, si quieres hacerme feliz. (Mira a su alrededor) Pero, ¿dónde estás, cariño mío? Aquí tienes el agua, si la quieres. ¿Dónde estás? ¡Por Hércules, me parece que está muy enamorada de mí! ¡Debe de haberse escondido, la muy pícaro!... ¿Dónde estás? ¿No quieres coger el cántaro? Por favor, un poco de seriedad... Ahora te lo digo por última vez, ¿quieres coger el cántaro? Pero, ¿dónde te has metido?... No la veo por ninguna parte. Se está burlando de mí. Será peor; le dejaré el cántaro aquí, en medio del camino. Pero, ¿si alguien viniera y robase el cántaro sagrado de Venus? ¡En buen aprieto me pondría! ¡Por Hércules, tengo miedo de que esta mujer no me haya tendido una trampa, para que me encuentren con el cántaro sagrado de Venus. Si alguien me viese con él, podría el magistrado, con razón, condenarme a morir en la cárcel. Está escrito con todas las letras; él mismo indica claramente quién es su propietaria... A fe mía, voy a llamar a la sacerdotisa para que ella se encargue de este cántaro. Acerquémonos a la puerta... ¡He hecho un buen negocio: dar agua y, además, tener que repartirla a domicilio!

(Entra en el templo)

Plauto, *Rudens*, A.II, E.4-5

## TERENCIO: COMEDIAS

### HECIRA

*Pánfilo se casa con Filomena, a quién anteriormente él había violado de soltera, arrebatándole además una sortija, que regala a su amante Braquis. Sin haber tenido contacto con su esposa, se marcha de viaje. Por estar embarazada, su madre, para ocultarlo, se lleva consigo a su hija. Pánfilo vuelve y descubre el alumbramiento, por lo que no quiere volver con su esposa. Gracias a la sortija finalmente se reconoce a la mujer y Pánfilo acepta a su mujer e hijo. Aquí nos encontramos a los padres de Pánfilo echándose la culpa de que Filomena se vaya con sus padres a cuidar su enfermedad.*

**Laques.**- ¡Oh, asístanme los dioses y los hombres! ¿Qué ralea es ésta? ¿Qué conjuración hay aquí? ¿Cómo pueden tener todas las mujeres exactamente siempre los mismos gustos y las mismas manías? ¿Cómo no ha de haber ni una sola que discrepe un tanto de la mentalidad de las demás? Así, por ejemplo, todas las suegras detestan a sus nueras con la misma uniformidad. Al enfrentarse con sus maridos, todas ponen el mismo empeño, la misma terquedad, me parece que todas ellas han estudiado picardía en la misma escuela. Y en tal escuela, si es que existe, la maestra, estoy seguro, es mi mujer.

**Sóstrata.**- ¡Pobre de mí! Ni siquiera sé de qué se me acusa en este momento.

**Laques.**- ¿Como? ¿No lo sabes?

**Sóstrata.**- ¡No! ¡Ojalá tuviera yo tan segura la protección del cielo, querido Laques, y su beneplácito para dejarnos vivir juntos toda la vida...!

**Laques.**- ¡Líbrame los dioses de tal desventura!

**Sóstrata.**- Pronto verás qué poco fundamento has tenido para reñirme.

**Laques.**- Ya lo sé. ¿Reñirte a ti sin fundamento? ¿Se te puede acaso aplicar algún calificativo adecuado a tus hazañas? ¡Tú eres mi deshonra, y la tuya, y la de toda la familia! ¡Tú preparas a tu hijo días de lágrimas, y, de paso, conviertes en enemigos a muchos deudos y amigos que antes tuvieron a nuestro hijo por persona digna a quien podían confiar la propia hija! ¡Tú, únicamente tú, sales al paso a trastornar todo esto con tu poca vergüenza!

**Sóstrata.**- ¿Yo?

**Laques.**- Sí, tú, mujer, tú, que a mí me tomas exactamente por un monigote de piedra y no por un hombre. ¿Os figuráis tal vez que, por estarme habitualmente en el campo, no sé qué vida lleváis aquí cada una de vosotras? Sé mucho mejor lo que pasa aquí que lo que sucede allí donde estoy sin moverme; y la razón es que, según os portéis vosotras en casa, tal será mi reputación en la calle. Hace ya tiempo por cierto oí que Filomena te había cogido manía, y nada hay en ello de extraño; más extraño sería que no te la hubiera cogido. Pero no había creído que ella hubiera llegado hasta el extremo de aborrecerlo todo en nuestra casa; de haberlo sabido, la que seguiría aquí sería más bien ella, y tú la que hubieras botado. Pues mira con qué poco fundamento me das estos disgustos, Sóstrata; me fui a vivir al campo pensando en vosotras y en aras de vuestros intereses: me fui para que nuestra hacienda resistiera vuestros gastos y vuestra vida regalada, sin escatimar mi propio esfuerzo ni limitarme a lo que razonablemente podía exigir de mis años. ¡Y que en pago de todo ello no te hayas ni preocupado de ahorrarme disgustos!

**Sóstrata.**- No ha sido, ciertamente, ni por mi intervención ni por mi culpa.

**Laques.**- ¿Cómo? ¡Y con toda clase de agravantes! Tú sola estuviste aquí; en ti sola recae la culpa toda, Sóstrata. ¡Haberte preocupado de lo de aquí, ya que yo os eximí de cualquier otro cuidado! ¿No es vergonzoso que una vieja como tú se haya peleado con una niña? ¿Dirás que es suya la culpa de lo ocurrido?

**Sóstrata.**- No, por cierto, no lo digo, querido Laques.

**Laques.**- Me alegro, seanme los dioses testigos, me alegro por mi hijo; pues por lo que a ti toca, bien sé que una equivocación más o menos no tiene importancia.

**Sóstrata.**- ¿Cómo sabes, marido mío, que su propósito no ha sido el de fingir que me odiaba para prolongar la estancia en casa de su madre?

**Laques.**- ¿Qué dices? ¿No es bastante significativo que ayer, cuando fuiste a visitarla, no te hayan dejado entrar?

**Sóstrata.**- Decían que en aquel momento estaba muy cansada; por eso no se me dejó pasar.

**Laques.**- Me figuro que la hacen enfermar tus modales más que cualquier otra cosa; y es muy natural, pues no hay ninguna de vosotras que no quiera ver casado a su hijo, y cuando se os da satisfacción con un partido a vuestro gusto, lo mismo que habéis inducido a vuestros hijos a tomar esposa, los inducís a divorciarse de ella.

**Fidipo.**- (En la puerta de su casa y dirigiéndose a su hija) Aunque sé, Filomena, que puedo obligarte legalmente a cumplir lo que te ordeno, sin embargo, cediendo al cariño de padre, haré lo que tú quieras y no me opondré a tu capricho.

**Laques.**- (Aparte).- Pero he aquí a Fidipo: lo encuentro muy a punto; por él me voy a enterar de lo que pasa. (Alto) Fidipo, aunque reconozco mis prisas por dar gusto a todos los míos, no llegará mi indulgencia hasta el extremo de estropearles el carácter; y si tú

hicieras otro tanto, mejor irían las cosas para vosotros como para nosotros. Pero ya veo que estás a merced de esas mujeres.

**Fidipo.**- ¡Vaya! ¿De veras?

**Laques.**- Fui a verte ayer por lo de tu hija; me dejaste tan perplejo como llegué. Lo adecuado, si quieres que nuestra alianza sea duradera, no es disimular tu resentimiento; si por nuestra parte hubo algún error, dílo; ya sea impugnando tus razones, ya sea presentándote excusas, arreglaremos las cosas a tu gusto; pero si el motivo de retener a vuestra hija con vosotros es que está enferma, considero que me ofendes, Fidipo, si temes que en mi casa no se la vaya a cuidar con el debido esmero. Pues, te lo juro por los dioses, no admito que tú, aun siendo su padre, tengas más ganas que yo de verla con salud; y ello en atención a mi hijo que, me consta, la quiere como a la propia vida. Y ciertamente no puedo dejar de pensar cuánto le va a afectar todo esto, si llega a saberlo; por eso ansío que ella vuelva a casa antes que él.

**Fidipo.**- Laques, conozco vuestro afecto y bondad, y tengo por cierto que todo cuanto me dices es como tú lo dices; también quiero que me des a mí crédito en un punto: que procuro hacerla volver con vosotros, ¿si de algún modo pudiera conseguirlo!

**Laques.**- ¿Qué obstáculo te impide hacerlo? Dime, ¿tiene acaso algún motivo de queja contra su marido?

**Fidipo.**- En absoluto; pues cuando yo traté de insistir y pretendí forzarla a regresar, se puso a jurar solemnemente que, mientras siguiera ausente Pánfilo, ella no podría aguantar en vuestra casa. Sin duda, cada cual tiene sus debilidades; yo soy blando de carácter, no puedo contradecir a los míos .

**Laques.**- ¡Ah! ¿Sóstrata?

**Sóstrata.**- ¡Ay! ¡Pobre de mí!

**Laques.**- (A *Fidipo*) ¿Resuelto este asunto?

**Fidipo.**- De momento, sí, según parece. ¿Quieres algo más de mí? Pues ahora tengo que llegarme a la plaza.

**Laques.**- Voy a acompañarte.

**Sóstrata.**- Por Pólux, ¡qué injusticia sin igual el que todas igualmente padezcamos la antipatía de nuestros maridos por culpa de unas pocas, que consiguen hacernos parecer a todas dignas de sus malos tratos! Pues, lo juro por los dioses, yo no tengo la menor culpa de lo que mi marido me echa en cara. Pero no es fácil disculparse ante la creencia tan arraigada de que todas las suegras son malas; yo no lo soy, por Pólux; nunca traté a mi nuera sino como una verdadera hija; no sé cómo me dan estos disgustos; en todo caso, por Pólux, ahora tengo muchísimas ganas de ver volver a casa a mí hijo.

(*Se va*)

**Terencio, Hecira, A.II**

#### ADELFO

*Demea tenía dos hijos y no pudiendo mantenerlos, da uno, Esquino, como hijo adoptivo a su hermano Mición, pero se reserva el otro, Ctesifonte. A éste, enamorado de una guitarrista, lo encubre su hermano Esquino, afamado calavera, haciendo recaer todo sobre él. Acaba raptando a la guitarrista. Esquino viola a una ciudadana ateniense y se compromete a casarse con ella. Al descubrirse todo Esquino se casa con la muchacha violada y Ctesifonte consigue la guitarrista. Aquí conversan Demea y Siro, esclavo de Esquino.*

**Siro.** - (*Llega del mercado y continúa un monólogo sin ver a Demea*). - ...Ahora hemos contado al viejo todo el asunto, todo tal cual fue: nunca vi nada más divertido...

**Demea.** - (*Aparte*). - ¡Oh, Júpiter! ¡Qué necesidad, la de este hombre!

**Siro.** - Aplaudió a su hijo; y a mí por haberlo aconsejado, me dio las gracias...

**Demea.** - (*Aparte*). - ¡Reviento!

**Siro.** - Nos dio en el acto el dinero; y media mina más para gastos; se hizo el reparto a mi gusto...

**Demea.** - ¡Mira! Fíate de él, si quieres una administración correcta.

**Siro.** - ¡Oh, Demea! ¡No te había visto! ¿Qué pasa?

**Demea.** - ¿Qué ha de pasar? No puedo admirarme ante vuestra conducta.

**Siro.** - Por Hércules, es insensata y, a decir verdad, absurda. (*Vuelto de espaldas a Demea y dirigiéndose a los criados de la casa*) Limpia el otro pescado, Dromón; a ese congrio mayor déjalo nadar un poco en el agua; se deshuesará cuando yo esté de vuelta y no antes: no quiero.

**Demea.** - ¡Una conducta así!

**Siro.** - A mí no me gusta por cierto, y chilló muchas veces. (*Dirigiéndose nuevamente a la servidumbre*) Estefanión, cuida de estas salazones, ¡que se remojen bien!

**Demea.** - ¡Válgame los dioses! ¿Lo toma como un deporte o cree hacer méritos echando a mi hijo a perder? ¡Ah, pobre de mí! Ya creo ver llegado el día en que, por falta de recursos, ha de irse de aquí a alistarse en algún ejército.

**Siro.** - ¡Oh, Demea! Ahí está la prudencia: en no ver sólo lo que está a nuestros pies, sino en prever incluso los acontecimientos futuros.

**Demea.** - ¿Y qué? ¿Está ya en vuestro poder la guitarrista esa?

**Siro.** - Sí, ahí dentro.

**Demea.** - ¡Vaya! ¿La va tener en casa?

**Siro.** - Creo que sí: ¡está tan loco!

**Demea.** - ¿Son posibles estas cosas?

**Siro.** - ¡La insensata blandura y culpable facilidad de un padre!

**Demea.** - Desde luego, me avergüenza e indigna mi hermano.

**Siro.** - Entre vosotros, Demea, y no lo digo porque estás delante, hay mucha, muchísima diferencia: tú no eres más que sabiduría de pies a cabeza; él, ¡un soñador! De verdad, ¿permitirías tú hacer estas cosas a tu hijo?

**Demea.** - ¡Permitírselo! Habría yo dejado de oler con seis largos meses de antelación cualquier picardía que él planeara!

**Siro.** - ¡A mí me vas a hablar de tu vigilancia!

**Demea.** - Que se conserve simplemente como es ahora, es lo que pido.

**Siro.** - Cada cual tiene el hijo que quiere tener.

**Demea.** - ¿Y qué? ¿Lo has visto hoy?

**Siro.** - ¿A tu hijo? (*Aparte*) Ahora lo voy a echar de aquí al campo. (*Alto*) Hace tiempo anda con algo en el campo, me parece.

**Demea.** - ¿Sabes a ciencia cierta que está allí?

**Siro.** - ¡Oh, como que yo mismo lo acompañé...!

**Demea.** - Está muy bien; temí que merodeara por aquí.

**Siro.** - ...Y muy enfadado.

**Demea.** - Y eso, ¿por qué?

**Siro.**- Entabló pelea con su hermano en la plaza por causa de esa citarista.

**Demea.**- ¿Sí? ¿De veras?

**Siro.**- ¡Vaya! No se mordió la lengua. Pues, casualmente, cuando se estaba contando el dinero, llegó el hombrecito de improviso y se puso a chillarle: "¡Oh Esquino! ¡Tú has de cometer infamias como éstas! ¡Tú has de tolerar actividades indignas de nuestra sangre!"

**Demea.**- ¡Oh, Oh! ¡Lloro de alegría!

**Siro.**- "No es este dinero lo que echas a perder, sino tu propia vida."

**Demea.**- ¡LOS dioses me lo guarden! Es mi esperanza: se parece a sus mayores.

**Siro.**- ¡Huy!

**Demea.**- Siro, mi hijo está empapado de máximas como ésas.

**Siro.**- ¡Sí! ¡Buen maestro tuvo en casa!

**Demea.**- Se hace lo posible; no le paso una; le inculco las buenas costumbres; por último, le mando mirarse, como en un espejo, en las vidas de todos y tomar ejemplo de los demás para aprovechamiento propio: "Haz esto..."

**Siro.**- ¡Muy bien!

**Demea.**- "¡Evita esto!"

**Siro.**- ¡Acertado!

**Demea.**- "Esto es digno de encomio!"

**Siro.**- ¡Exactamente!

**Demea.**- "¡Esto debe censurarse!"

**Siro.**- ¡Muy bien!

**Demea.**- Además...

**Siro.**- Por. Hércules, no tengo ahora tiempo de escucharte; he encontrado un pescado a mi gusto; he de cuidar que no se me eche a perder; pues esto es para nosotros tanta deshonra, Demea, como para vosotros dejar de hacer lo que decías hace un instante; y, en cuanto puedo, doy a mis compañeros de esclavitud lecciones parecidas a las tuyas: "Esto está salado; esto otro, quemado; aquello, poco limpio; esto, bien; recuérdalo para otra vez". Pongo todo mi empeño en enseñarles lo que puedo, hasta donde llega mi saber; por último, Demea, les mando mirarse en los platos como en un espejo y les recuerdo lo que hay que hacer. Me doy cuenta que son tonterías lo que aquí hacemos; pero, ¿Que remedio te queda? Según sea la gente, has de acomodarte a sus gustos. ¿Mandas otra cosa?

**Demea.**- Que se os dé más sentido común.

**Siro.**- ¿Tú te vas de aquí al campo?

**Demea.**- Directamente.

**Siro.**- Claro, ¿qué has de hacer aquí, donde, si das un buen consejo, nadie te obedece? (*Se va*)

**Demea.**- Sí, me voy de aquí, ya que quien había motivado mi venida se ha ido al campo; sólo él me preocupa, él me interesa; ya que mi hermano lo quiere así, él se las haya con este otro. Pero, ¿quién es aquél que veo allá lejos? ¿No es Hegión, el de nuestra misma tribu? Si la vista no me engaña, por Hércules que es él. ¡Vaya un amigo, desde que éramos niños! (¡Oh bondad divina! Ciertamente andamos muy escasos de ciudadanos de esta clase) ¡Un hombre con la virtud y la lealtad de antaño! No es fácil que de él venga ningún daño a la ciudad. ¡Qué feliz soy cuando veo que aún quedan restos de esta raza! ¡Oh, aún da gusto vivir! Esperaré aquí a mi hombre, para saludarlo y hablarle.

**Terencio, Adelfos, A.III**